



DIPLOMARBEIT / DIPLOMA THESIS

Titel der Diplomarbeit / Title of the Diploma Thesis

„Un tal pueblo capitalino y su clase dirigente: La sátira política y picaresca social de Álvaro Salom Becerra“

verfasst von / submitted by

Sandy Milena Vera Zuluaga, BA

angestrebter akademischer Grad / in partial fulfilment of the requirements for the degree of
Magistra der Philosophie (Mag. phil.)

Wien, 2018 / Vienna, 2018

Studienkennzahl lt. Studienblatt /
degree programme code as it appears on
the student record sheet:

A 190 344 353

Studienrichtung lt. Studienblatt /
degree programme as it appears on
the student record sheet:

Lehramtsstudium UF Englisch UF Spanisch

Betreut von / Supervisor:

ao. Univ.-Prof. Mag. Dr. Friedrich Frosch

Mitbetreut von / Co-Supervisor:

Tabla de Contenido

Introducción	4
1. Capítulo 1: La que alguna vez fue Santafé de Bogotá: Contexto histórico, la política capitalina desde principios del siglo XX hasta 1978.....	6
2. Capítulo 2: El escritor, Álvaro Salom Becerra: Un acercamiento biográfico.....	25
3. Capítulo 3: La teoría: Concepto y características de la sátira y de la picaresca	34
3.1. La sátira y su compleja definición	34
3.1.1. El Humor y sus elementos básicos.....	36
3.1.2. La ironía y el “objeto” bajo ataque	37
3.1.3. La audiencia de la sátira.....	38
3.1.4. Las fases de la sátira y su categorización	39
3.1.5. La Sátira Menipea.....	41
3.1.6. La sátira menipea en Latinoamérica	44
3.2. De la picaresca y su rebeldía	45
3.2.1. Características de la picaresca	48
3.2.2. Tipos narrativos de la picaresca	49
3.2.3. La picaresca en Hispanoamérica.....	51
4. Capítulo 4: ¡A la sátira sí que le toca!: Sátira política en las novelas de Álvaro Salom Becerra	54
4.1. A usted querido lector: La audiencia prevista en las obras de Salom Becerra	54
4.1.1. Conocimiento del contexto político-social.....	55
4.1.2. Conocimiento cultural y literario	55
4.1.3. Conocimiento lingüístico de la Audiencia	57
4.1.4. La predisposición humorística de la audiencia.....	58

4.2.	Ahora si puede comenzar a leer que, a lo mejor, va a divertirse: La construcción satírica en las novelas de Salom Becerra	58
4.2.1.	Espacios y acontecimientos históricos integrados en la sátira de Salom Becerra.....	59
4.2.2.	¡Primero yo, segundo yo, tercero... también yo!: Corrupción estatal y administrativa como proceder antitético y moralmente incoherente	71
4.2.3.	Aquí: ¡jodido pero contento!: El lenguaje como medio de crítica política	77
5.	Capítulo 5: Don Álvaro Salom Becerra ha dejado... su huella en la picaresca: La crítica social de Álvaro Salom Becerra	81
5.1.	Érase una vez... una historia: El narrador.....	81
5.2.	Érase una vez... un pícaro: los personajes y sus peripecias	84
5.3.	Érase una vez... una sociedad pícara: La crítica social.....	94
5.4.	Érase una vez... el género femenino: el rol de las Mujeres	102
	Conclusión	107

Introducción

La sátira sociopolítica en Colombia tiene una amplia acogida nacional. Esta se ha convertido en un medio de protesta en contra de la corrupción, injusticia, los malos manejos gubernamentales y una forma crítico-cómica de mostrar la idiosincrasia nacional. Entre los escritores que humorísticamente critican los males dentro de las instituciones del estado y la deformación de los principios éticos y morales en la sociedad colombiana está Álvaro Salom Becerra. Sin embargo su popularidad, y por ende, reconocimiento literario, no ha sido muy extensa por tratarse de historias costumbristas que reflejan la cultura, tradiciones y contexto histórico de un limitado grupo regional y social. En consecuencia, hay escasas menciones en la crítica literaria de sus obras y aún menos análisis detallados de sus novelas. El objetivo del siguiente trabajo final de grado es, por un lado, analizar la construcción satírica en la narración de las novelas de Álvaro Salom Becerra, además de exponer la crítica mordaz al sistema sociopolítico de la ciudad de Bogotá desde principios del siglo XX hasta 1970 que subyace en sus relatos; y por el otro, identificar características propias de la picaresca en la obra de Salom Becerra, las cuales permitan vincular su estructura ficcional con el género picaresco.

Bogotá como centro político del país y principal escenario en todas las novelas de Salom Becerra es el foco del primer capítulo, el cual presentará un breve resumen de la historia de Bogotá desde principios del siglo XX hasta la década de los 70's que servirá como contexto histórico. Es importante tener en cuenta el desarrollo socio-político e histórico de Bogotá y algunos acontecimientos nacionales que afectaron a la capital colombiana en este periodo de tiempo, ya que las cuatro novelas escritas por Salom Becerra se sitúan precisamente durante este periodo. En este recuento histórico se hará hincapié en los principales acontecimientos históricos que los libros resaltan. Por tal motivo, sucesos como el bipartidismo en Colombia, “El Bogotazo”, el frente nacional, las protestas estudiantiles, entre otros serán más extensamente tratados. También se describirá brevemente las costumbres y aspectos idiosincráticos más relevantes de la población Bogotana de la clase media en esos años.

En el siguiente capítulo (Capítulo 2) se expondrá un acercamiento biográfico del autor. Hay muy pocos documentos que dan cuenta tanto de la vida como de las obras de Alvaro Salom Becerra. Sin embargo sus escritos fueron bastante leídos en Bogotá en la época en la que se publicaron (a lo largo de la década del 70). A pesar de lo escasamente conocido en el territorio nacional, su sátira mordaz e inteligente refleja el ambiente político y social capitalino durante gran parte del siglo XX. Su experiencia como funcionario público en diferentes instituciones gubernamentales le permitió ser testigo de muchos sucesos descritos en sus libros. Por esa razón es importante indagar sobre la vida de este autor y su actuación en el escenario político nacional. Debido a que las fuentes biográficas son bastante limitadas, este trabajo no se basará en un enfoque biográfico para analizar las obras del autor. No obstante, esta limitada biografía servirá como soporte complementario en algunos puntos del análisis de las obras.

El tercer capítulo introducirá el marco teórico que se aplicará posteriormente al análisis de las obras: Concepto teórico y características de sátira y la picaresca. Las obras de Alvaro Salom Becerra son de carácter político-satírico, en consecuencia, el concepto de sátira, sus funciones, tipos, efectos, etc. serán de una ayuda significativa para el análisis. Para que el contenido satírico de una obra pueda obtener el efecto deseado, depende no sólo del contexto sino del conocimiento del lector. Por tal motivo se incluirá un aparte donde se habló del rol de la audiencia prevista como principal receptor del contenido satírico. Sin embargo, las obras de Salom Becerra no solo evidencian una construcción sátira; estas también reflejan la picardía social en el sistema gubernamental y en la sociedad capitalina. De esta manera, las novelas podrían enmarcarse en formas de la picaresca más flexibles que, si bien recogen algunos componentes básicos del género picaresco en sus inicios, subvierten algunos de sus elementos característicos.

En los capítulos 4 y 5 se hará el análisis de las obras con base en la teoría presentada en el capítulo 3. Se tratará de aplicar los conceptos más importantes del marco teórico y con la ayuda tanto del contexto histórico resumido en el primer capítulo como de las alusiones e intertextualidades presentes en los textos, se ilustrará como se desarrolla la sátira política y se evidencia la picaresca social en las novelas.

1. Capítulo 1: La que alguna vez fue Santafé de Bogotá: Contexto histórico, la política capitalina desde principios del siglo XX hasta 1978

A inicios del siglo XX Bogotá no se caracterizaba por su avanzado desarrollo urbano. Comparada a otras capitales iberoamericanas, Bogotá sufría de un atraso tanto administrativo y urbanístico como social. La precaria infraestructura de la ciudad y su inaccesibilidad (situada en un altiplano a más de 2600m carente de carreteras o caminos idóneos que la comunicaran con el resto del país) no la hacían muy atractiva, además de la dificultad que esto significaba para albergar a un mayor número de habitantes¹. Bogotá era básicamente un poblado centralizado y clasista que recogía el comercio y sus principales actividades administrativas alrededor de la Plaza Mayor (actualmente Plaza de Bolívar) y a lo largo de la Carrera Séptima, y tenía una clara delimitación conforme al estrato social: los estratos más altos se ubicaban cerca de la administración pública y las actividades comerciales; los sectores populares, por su parte, se localizaban a las afueras de la ciudad. Más adelante, al irse expandiendo la ciudad, los estratos más altos se fueron desplazando hacia el norte (hoy en día Chapinero) en “casas espaciales y aisladas para los sectores más pudientes e hileras de “quintas” más pequeñas para la clase media comerciante” (Ramírez Tobón, 2001, p. 5). Las clases menos favorecidas compartían tierras y lotes de menor cuantía hacia el sur y occidente de la ciudad. Bogotá en su mayoría contaba con un gran número de artesanos quienes hasta mediados de los años veinte eran la única forma sindical conocida en el país. La industria de ese entonces era escasa y centralizada en pocos productos². Al estar alejada del sector exportador (sobre todo del Café) y de los principales puertos (como el de Cartagena), la gran industria capitalina se concentró en alimentos y bebidas. La industria cervecera Bavaria de Leon S. Kopp y otras casas cerveceras (como la “la Bogotana” que producía una cerveza popular llamada “Cabuya”), además de la chocolatería Chaves y Equitativa, eran las principales empresas de Bogotá. Por tal motivo, la industria a comienzos de siglo no representaba competencia para la pequeña y mediana industria y tampoco para el creciente artesanado.

Bogotá en sus comienzos es el vivo reflejo de la testarudez de los líderes colombianos por mantener el centro de gobierno en una ciudad casi incomunicada que no ofrecía las ventajas y comodidades que una capital de una creciente nación debería tener. A pesar de ello Bogotá era considerada entonces la “Atenas

¹ De hecho, según Alfredo Iriarte (1988), el precario desarrollo urbano en Bogotá a inicios del siglo XX se puede notar en el lento crecimiento poblacional: “En 1895, ya Buenos Aires albergaba 677.000 habitantes para saltar a 2 millones en 1930” (p. 169) en contraste con Bogotá que tenía “100.000 habitantes en 1905, apenas llegó a 330.312 en 1938” (p. 170).

² Con base a la investigación económica de Jesús A. Bejarano (1982), a comienzos de siglo se podían contar unas 12 fábricas en Bogotá (mucho menos que otras ciudades del país). Más tarde en 1905 el número había aumentado gracias al proteccionismo y los incentivos del gobierno pero aún continuaba siendo una industrialización pobre. Sólo hasta 1927 la industria alcanzó unas 200 fábricas en la capital. No obstante, no existía una amplia gama de productos en el mercado: “el desarrollo manufacturero seguiría concentrado en unos pocos productos de fácil elaboración y consumo inmediato” (p. 24)

Suramericana”, una afirmación que si bien había podido ser válida en el la época de la conquista gracias a la migración de españoles cultos a la capital y la inauguración de la primera sede de la Lengua Española en Latinoamérica en 1871, después se convertiría en un eufemismo a inicios del siglo XX³. Según Iriarte (1988) Bogotá ni siquiera estaba incluida en la agenda de las principales y más importantes compañías teatrales de la época. Inclusive “las gentes poseedoras de alguna sensibilidad y cultura se quejaban amargamente de que en estas “Atenas Suramericana” no hubiera con raras excepciones, espectáculos distintos de los toros y las riñas de gallos” (Iriarte, 1988, p. 172). En realidad junto con el rudimentario cinematógrafo, la tauromaquia era una de las principales fuentes de diversión para los capitalinos. Era tal su acogida entre el público que era uno de los espectáculos poli clasistas más estimados por los bogotanos. Las gradas se llenaban de gentes de todas las clases sociales que “concurrían con un entusiasmo delirante a cuanto espectáculo taurino se les podía ofrecer” (Ibidem, p. 171). Sin embargo, la elite Bogotana en su afán de distinguirse del populacho acogió otro tipo de espectáculo más acorde con su estatus: la hípica. Traída por los legionarios ingleses, las carreras de caballos se transformaron en una de las recreaciones más importantes y elitistas después que el Jockey Club⁴ las impulsara. Así la hípica fue el estandarte de la elite, la cual contrastaba grandemente con la salvaje y vulgar corrida de toros⁵.

Además de la tauromaquia, el Cine era otra actividad de ocio poli clasista bastante popular entre los capitalinos. Como se había señalado antes, las instalaciones cinematográficas de comienzos de siglo eran un tanto incipientes hasta que en los años veinte del siglo XX fue inaugurado el salón Olimpia. Esta primera sala verdaderamente fue técnicamente diseñada para cine por los Hermanos Di Doménico en colaboración de unos cuantos respetables criollos. El telón se situaba en el centro del recinto y tanto en su parte delantera como en su parte trasera se dispusieron sillas para el público asistente. Sin embargo la distribución en las respectivas localidades (delantera o trasera) reflejaban, al igual que en todos los aspectos de la vida en la capital, el ambiente clasista de la época. Las cómodas sillas delante del telón (y por tanto en el derecho de la imagen) estaban destinadas a las clases altas. Las sillas detrás del telón eran

³De acuerdo con Fabio Zambrano (2002) en su artículo "*De La Atenas Suramericana a La Bogotá Moderna. La Construcción De La Cultura Ciudadana en Bogotá.*" la creencia de Bogotá como la próxima “Atenas Suramericana” es tan antigua como la conquista misma, impresión que también fue recogida por Menéndez Pelayo en su Antología de la Poesía Latinoamericana. Según Zambrano la imagen culta de la capital fue dada por el lenguaje que la elite usaba para distinguirse de la gleba vulgar. De esta manera el uso de la lengua fue un claro distintivo de un grupo minoritario en Bogotá: “el impulso de lo culto por parte de un grupo de eruditos, privilegió la utilización de los medios escritos, las tertulias y el espacio público para establecer su proyecto de sociedad urbana, donde el ejercicio del manejo del idioma era la máxima expresión de civilización” (p. 1). Por tanto el lenguaje de unos pocos creo la idea de “alta cultura” bajo estándares europeos que en realidad no llego a desarrollarse en la mayoría de la población.

⁴ El Jockey club se funda en 1894 como un club exclusivo de clases altas, “lugar del juego de póquer y tresillo y de contactos políticos” (Zambrano, 1988, p. 4).

⁵ Cabe anotar que las corridas de toros a inicios de siglo en Bogotá no se podían comparar con las corridas españolas. La tauromaquia era entonces un espectáculo rudimentario que más se asemejaba a las polvorosas corralejas (populares hoy en día en la costa caribe de Colombia) con ejemplares no tan esplendidos.

las más duras y albergaban las clases más bajas o “guacherna” que debía sufrir con incomodidad la peripecia de ver la película al revés y leer los títulos en sentido contrario (Ibidem, p. 188). Para fortuna de muchos, la mayoría no sabían leer, ya que para ese entonces las órdenes religiosas, entre ellas los Salesianos y los Jesuitas, concentraban el monopolio de la educación. El analfabetismo reinaba sin obstáculo alguno y la mujer estaba vetada de las aulas. Con el cine llegó también la censura cinematográfica. Se creó una junta que vetara la presentación pública de cualquier película que pudiera resultar lesiva a las buenas costumbres y la moral cristiana. Esta popularización del cine, junto con la entrada triunfal de la radio, transformaron las influencias extranjeras en la capital. Pronto la cultura norteamericana empezó a desplazar la europea. Esto se ve más claramente en la arquitectura: “De la influencia arquitectónica francesa se pasa a la de la Escuela de Chicago y al Art Decó neoyorquino, y los arquitectos italianos y franceses son sustituidos por norteamericanos” (Zambrano, 2002, p. 3)

Otra fuente importante de diversión para los capitalinos eran las celebraciones religiosas y fiestas patrióticas. La única empresa encargada de la energía de Bogotá, la electrificadora de los Samper, alumbraba las calles sólo en estas fechas para la satisfacción de todos los Bogotanos. Al igual que en las actividades cotidianas, estas fiestas también reflejaban el estatus social de sus gentes. Por un lado, la “guacherna”⁶ celebraba en establecimientos poco higiénicos con bebidas igualmente insalubres, alcohólicas y explosivas como la chicha⁷. Por otro lado, las personas más prestantes y “decentes” de la ciudad se reunían en el parque de la independencia a admirar el “progreso” de la capital. Sin embargo la “decencia” de muchos caballeros (y quizás algunas damas) claudicaba en altas horas de la noche en las populares chicherías del centro de la ciudad.

Gracias a la falta de salubridad pública (no había aún alcantarillado) y pésimo servicio de acueducto, Bogotá presentó cruentas imágenes epidemiológicas en octubre de 1918 descritas de forma similar a las sufridas en las ciudades europeas muchos siglos atrás. La ciudad fue atacada por una epidemia de gripa que prontamente alcanzó cifras preocupantes el 22 de octubre de ese año. Se calculaban ya 40 mil enfermos y al cementerio central llegaron 200 muertos en una sola tarde: “los sepultureros no alcanzaron a cumplir la descomunal tarea que les cayó encima de un momento a otro. Muchos cadáveres quedaron a la intemperie hasta que las autoridades enviaron diez presos para que colaboraran con la inhumación de las víctimas. Las bóvedas y sepulturas disponibles se fueron agotando con tal severidad que, según los

⁶ Vocablo que se utiliza para señalar a las gentes vulgares y de clase baja.

⁷ Esta bebida muisca, a base de maíz fermentado, fue el néctar del pueblo por muchos años antes de que otras bebidas como el aguardiente y la cerveza se popularizaran. La propagación de los negocios de elaboración y expendio de Chicha, las chicherías, era tan alarmante que las autoridades a comienzos del siglo XX decidieron alejar las desaseadas chicherías del centro de la ciudad mediante un decreto que prohibió su funcionamiento en algunas calles céntricas pero la disposición solo alcanzó a ser efectiva en el papel (Iriarte, 1988, p.173). Más tarde en 1922 el cabildo municipal prohibió de nuevo su funcionamiento y en 1923 con el nuevo gravamen a la chicha se redujeron sustancialmente el número de expendios legales (Ibidem, p. 209).

cálculos, sólo alcanzarían para el resto del mes si el ritmo de la mortandad no disminuía” (Iriarte, 1988, p. 192). Entre el 20 y 30 de Octubre se reportaron 1.113 muertos (Ibidem, p. 194).

En materia política, como en muchos países de Latinoamérica, Colombia en toda su extensión territorial estaba dividida por el bipartidismo y Bogotá al ser la capital no era la excepción. El conservatismo (partido azul), unido a la iglesia católica, representaba la fracción defensora del orden tal como hasta ahora se venía llevando y el status quo. El gran terror de sus miembros eran los apremiantes cambios del modernismo que podían significar el fin de los valores cristianos y los privilegios de los terratenientes. El liberalismo (identificado con el color rojo) era la contraposición nefasta que llevaría el país al cadalso. Identificados sus miembros por algunos como ateos insurgentes, en realidad fue en sus inicios un grupo progresista que agrupaba la población inconforme e impulsaba “las doctrinas de libre comercio, abolición de la esclavitud, circulación de la propiedad territorial, secularización del Estado, etc.” (Tirado Mejía, 1996, p. 87-88). El país desde finales del siglo XIX estaba gobernado por la fracción conservadora después de ganar la guerra de los mil días que a su vez, como todo círculo vicioso, fue la respuesta liberal a su rendición en la guerra de 1895, es decir otra confrontación. Esta guerra llegó a su fin con la intervención del poderoso del norte (EEUU) por medio del tratado de Wisconsin en 1902. Un año más tarde el mismo coloso norteamericano abonaría el terreno para arrebatarle Panamá a Colombia. Con un conflicto interno arreglado a regañadientes pero aún vivo en los corazones de sus partidarios y la desastrosa pérdida de Panamá, el nuevo siglo saludaba a la capital colombiana y a un nuevo presidente conservador, el General Reyes. Desde 1880 hasta el inicio del gobierno de Reyes, el partido liberal no había tenido una notoria representación en el estado⁸. A pesar de su condición conservadora, el lema de Reyes en sus comienzos era el de la reconciliación nacional. Por ese motivo invito dos políticos liberales a que formaran parte de su gabinete presidencial para ocupar el Ministerio de Hacienda y Relaciones Exteriores. Este hecho fue condenado por algunos sectores recalcitrantes del conservatismo, los cuales rechazaban cualquier contacto político con los “rebeldes” liberales. Tal fue el desagrado al interior del conservatismo que la mano reconciliadora de Reyes se transformó en una de hierro. Con su autoritario carácter, persiguió a sus oponentes y silencio a la prensa opositora. La república pronto se convirtió en una dictadura. Estos hechos sumados a la firma del tratado Cortés-Root⁹ provocaron un levantamiento en Bogotá dirigido por las clases altas de la oposición pero efectuado naturalmente por estudiantes, profesionales, empleados y artesanos contra el régimen. El dictador ante el descontento general, abdica y abandona el país. Insatisfecho con el tratado Cortés-Root, el gobierno de Carlos E. Restrepo firma el tratado Urrutia-Thompson en 1914 en donde se estipulaba una indemnización monetaria, ratificación de

⁸“Entre 1880 y 1904, el partido liberal sólo logró elegir dos representantes a la Cámara, uno en cada período parlamentario y ni un solo senador” (Tirado Mejía, 1996, p. 106)

⁹ Tratado por el cual se indemniza a Colombia con una irrisoria compensación material ante la pérdida de Panamá, traducida en privilegios para utilizar el canal.

las prebendas obtenidas en el tratado Cortes-Root y finalmente una cláusula que reconociera su “sincero pesar” por las “inconveniencias” y “molestias” sufridas por Colombia a causa de la separación. Más adelante en 1921, en el gobierno de Fidel Suarez, cuando los intereses estadounidenses así lo dictaban¹⁰, el congreso de los Estados Unidos aprobó el tratado con una indemnización de 25 millones de dólares pero con la condición de abolir la cláusula de “sincero pesar”. Durante ese mismo gobierno ocurrió uno de los primeros genocidios civiles perpetrados por el gobierno en plena plaza pública. Para la celebración del primer centenario de la Batalla de Boyacá (guerra independentista) el gobierno quería gastar una cuantiosa suma en nuevos uniformes para sus militares. Estas nuevas galas iban a ser modeladas por todo el cuerpo militar en el desfile del 7 de Agosto. Por esa razón el presidente Suarez atesorando más la calidad extranjera a la nacional, firmó un decreto para encargar los nuevos uniformes a los EEUU. La respuesta de los sastres al decreto fue una protesta pacífica que termino en una baleada indiscriminada. Una grande comitiva marchó a palacio. El primer mandatario salió a declamar su discurso en donde anunciaba la derogatoria del decreto pero la lluvia y la inexistencia de megáfonos impidieron que los manifestantes pudieran oírlo. Los manifestantes se impacientaron y pedían que hablara más fuerte. Suarez encolerizó y se metió en su despacho. La multitud, entonces se dirigió a la Plaza de Bolívar donde la guardia presidencial abrió fuego contra los manifestantes. Hubo algunos muertos y varios heridos (ninguno de la guardia presidencial). Al día siguiente el ministro de gobierno anunció que los muertos y heridos habían resultado de “disparos de la tropa al aire” y los directores de la asamblea fueron acusados de ser anarquistas y bolcheviques militantes. Después del mandato del literato y gramático Suarez, los liberales decidieron presentar como candidato a Benjamín Herrera (uno de los próceres de la guerra de los mil días). Aunque el General obtuvo un número de votos bastante alto, el perverso bicho del fraude electoral se coló entre las urnas y hizo ganador al candidato conservador Pedro Nel Ospina. Herrera al ver que sus copartidarios pedían la cabeza de los conservadores, rechazó tajantemente la respuesta belicista y reconoció el triunfo de Ospina. Los liberales no tuvieron otra opción que acatar la petición del prócer y abstenerse de cualquier colaboración con el partido conservador.

Con la supuesta pérdida de las elecciones del General ante los conservadores, los conservadores siguieron administrando el poder público del país en los años veinte. Este periodo fue conocido por la intensidad de huelgas en las petroleras y bananeras, el recrudecimiento de los movimientos campesinos y de la resistencia indígena. Las agrupaciones sindicales antes de los años treinta eran escasas, ya que las leyes no apoyaban contundentemente los derechos de los trabajadores. El empleador podía con cierta facilidad despedir tanto a los participantes de las huelgas como a sus promotores y reemplazarlos con otra mano de obra. Excepción a ello eran los trabajadores calificados (que eran muy pocos) y por tanto difíciles de

¹⁰ Ricos yacimientos se habían encontrado en la Colombia y algunos ávidos gobernantes estadounidenses no tardaron en darse cuenta que los políticos nacionales serían fácilmente presionados para modificar la legislación petrolera a su favor si la indemnización del tratado se efectuaba rápidamente.

reemplazar. Por esa ventaja del empleador, los huelguistas terminaban recurriendo a la violencia en vista de que sus demandas no eran atendidas y el empleador, apoyado por la ineficiencia de las leyes, se salía con la suya. El estado, por su parte, veía siempre amenazada su autoridad por estas huelgas, a las cuales bautizo de movimientos bolcheviques. Por ese motivo, los gobiernos godos implantaron una legislación represiva¹¹ para refrenar estos movimientos populares: “En general, el gobierno reaccionaba fuertemente contra cualquier intento de violencia, y el movimiento era aplastado por el ejército, con el beneplácito de la prensa y toda la burguesía” (Urrutia, 1982, p. 227). Un claro ejemplo de la intransigencia del gobierno y su total parcialidad en favor de los grandes empleadores fue la huelga de United Fruit Company. Un genocidio devastador que aún hoy en día resuena en páginas de novelas y textos históricos como ejemplo de brutalidad estatal. La huelga en las bananeras estalló precisamente porque la incipiente legislación nacional no establecía claramente garantías al empleado y no forzaba al empleador a contratar los trabajadores de forma directa. La multinacional subcontractaba a todos sus trabajadores por medio de terceros (con excepción de los empleados de nacionalidad estadounidense) para evitar contraer obligaciones por contraprestaciones laborales, es decir, la compañía se desentendía de todo tipo de prestación diciendo que era el contratista (el tercero) quien tenía la obligación. Los trabajadores entraron en paro de actividades exigiendo que la empresa reconociera que ellos eran sus empleados y por tanto cumpliera con sus obligaciones ante la ley. La multinacional estadounidense no accedió a las demandas de los trabajadores, por cuanto contaba con el apoyo del estado. Efectivamente el gobierno coaccionó al gobernador del departamento, Dr. Núñez Roca, a terminar con la huelga. Éste decretó la dispersión inmediata de la huelga a la quinta semana de haberse iniciado. Para ese entonces, los trabajadores desesperados habían bloqueado las líneas férreas con mujeres y niños para que la cosecha no llegara a puerto. El ejército puesto por el estado llegó al sitio de la manifestación con la orden oficial de dar “estricto cumplimiento a ese decreto, disparando sobre la multitud si fuere el caso” (Urrutia, 1982, p.232). En la madrugada del 6 de diciembre de 1928 sobre una multitud de más de 1500 personas las órdenes de cumplimiento de este decreto no se hicieron esperar:

En efecto, al sonar la tercera corneta, los manifestantes se mantuvieron en pie de lucha en sus protestas y por ende no se dispersaron; instantes después sólo se escuchó la voz de un militar que decía "fuego" y con ello, segundos después, se sintió el rugir de las ametralladoras y las descargas de la fusilería disparadas en contra de los obreros que se encontraban en huelga [...] El espectáculo que ofreció la estación de Ciénaga fue realmente pavoroso. Los cadáveres, los heridos, los familiares de las víctimas originaron unas imágenes desconsoladoras. [...] según sobrevivientes y narraciones de la época la Matanza de las Bananeras sobrepasó los mil masacrados, hasta el punto que los vagones del tren iban llenos de cadáveres, a los cuales enterraban en fosas recónditas aún desconocidas” (Elias Caro, 2011, p.15-16)

¹¹ Miguel Urrutia (1982) expone dos proyectos que ejemplarizan la represión goda. En 1925 el gobierno conservador puso a consideración del parlamento la pena de muerte. Por suerte fue rechazada por la mayoría de liberales y otros grupos de izquierda considerando que esta pena era una retaliación directa en contra de los partidos de posición. Más tarde en 1928 el senado aprobó la “ley heroica” que prohibía la creación de cualquier organización popular opositora, es decir, movimientos bolcheviques según el gobierno en vigencia (p. 227).

El escándalo que provocó esta matanza acrecentó el descontento en la clase obrera y dio la oportunidad a líderes liberales como Jorge Eliecer Gaitán para alzar la voz en favor del proletariado.

La matanza de las bananeras no fue el único motivo que terminó por desprestigiar el estado conservador. La capital también fue testigo de actos de corrupción y beligerancia por parte del estado en los años veinte. En la época llamada “La prosperidad a debe” (quizás porque se pensaba que se tenía mucho pero se debía todo) o “danza de los millones”, gracias a la indemnización por la separación de Panamá, emergió en la clase dirigente una clara consciencia de la imperiosa necesidad de modernizar la capital en todos sus órdenes administrativos y urbanísticos. Para tal fin arribaron a Bogotá en 1923 empréstitos extranjeros, entre ellos banqueros norteamericanos, los cuales evaluarían la capacidad de endeudamiento de la ciudad y empezarían las obras. Casi finalizando ese año se adjudicaron millones de pesos destinados a ampliar servicios públicos aún sin terminar (como el acueducto, y las redes de tranvía), mejorar la higienización urbana, e iniciar otras cuantas obras públicas necesarias en la capital (Iriarte, 1988, p.214). La cantidad de dinero que estos proyectos manejaban no tardó en ser blanco de la peste del prevaricato y la corrupción. A causa de la más desvergonzada avaricia, se formó un pequeño grupo de ávidos funcionarios públicos y empresarios, llamado la “rosca”¹². Rápidamente este grupo se iba apoderando de la administración municipal ante los ojos atónitos de la ciudadanía. El alcalde en ese tiempo, Luis Augusto Cuervo, decidió tomar medidas estrictas en contra de los gerentes de la empresa de acueducto y tranvía de la capital quienes pertenecían a “la rosca” y manejaban las dependencias a su voluntad. La respuesta a la remoción de los intocables gerentes hecha por el alcalde fue su propia destitución. Esta injusticia colmó la paciencia de los moradores capitalinos, quienes indignados por la destitución del alcalde salieron a las calles a protestar. Pedían ante todo, la restitución del alcalde y la destitución del ministro de guerra, Ignacio Rengifo, y el general Carlos Cortés Vargas, “premiado” con la dirección de la policía después de participar en la masacre de la zona bananera. En un episodio similar al perpetrado años antes en contra de los sastres y como recuerdo de la reciente matanza en las bananeras, el general Cortés Vargas alzó las armas en contra de los desarmados manifestantes. El horror se apoderó de la multitud. Resultaron varios heridos y un muerto: el estudiante de Derecho, Gonzalo Bravo Pérez. La muerte de Gonzalo Bravo fue aprovechada por diferentes grupos opositores al gobierno. Por un lado, sirvió para presionar al regente de ese entonces, Miguel Abadía Méndez, quien no tuvo otra salida que prescindir de los servicios de sus dos ministros más allegados y el odiado director de la policía. Por otro lado, inició los movimientos

¹² “la “rosca” no tenía carácter partidista sino estrictamente personal. Sus codiciosos integrantes se repartían el botín presupuestal y burocrático sin el mínimo asombro de pudor o desvergüenza frente a la fiscalía de la opinión pública” (Iriarte, 1988, p. 218). Más adelante se verá como esta modalidad de robo de cuello blanco seguirá atacando el tesoro estatal en todos sus sentidos y en todas las épocas. Aún en la actualidad se registran transacciones que operan bajo esta índole como el proyecto de Agro Ingreso Seguro, el cual subsidiaría a miles de campesinos y cuyos recursos terminaron en manos de grandes empresarios y acaudaladas familias, o el reciente escándalo de Odebercht que salpica a muchos países suramericanos.

estudiantiles en la capital que, al conmemorar el asesinato del estudiante cada 8 de Junio, ofrecían la ocasión perfecta para discutir temas de política nacional.

Los años veinte del siglo XX, y por ende la hegemonía conservadora se despiden no solamente con las ya mencionadas acciones bélicas en contra de la población civil, sino también con un periodo recesivo en la economía. El descenso de los precios del café en 1927 y la creciente inflación marcarían el comienzo del desempleo y la poca inversión en la industria. La depresión del 29 cerró las exportaciones y la entrada de capital extranjero. En consecuencia, se debilitó el sector importador y financiero, lo que desaceleró las inversiones públicas. Sólo el sector agrícola y la capital salieron airoso transitoriamente: el uno por aceptar los desempleados obreros en los campos, y la otra por estar aislada física y en parte económicamente del resto del país. No es una sorpresa, entonces, que los años treinta dieran la bienvenida a un nuevo régimen: el liberal. Los liberales no solo aprovecharon el descrédito del antiguo régimen sino la división del partido conservador en torno a dos candidatos: Guillermo Valencia y Alfredo Vásquez. Una fracción del liberalismo, dirigida por Alfonso López Pumarejo, presentó la candidatura liberal de Enrique Olaya Herrera, irónicamente ministro ante Washington durante el periodo conservador. Con el lema “Acercamiento al pueblo” y una supuesta política de coalición, Olaya ganó las elecciones y el liberalismo llegó finalmente al poder después de 44 años. La agenda liberal tenía como proyectos primordiales el apoyo a sindicatos y la modernización y liberalización del estado. Desde el comienzo del periodo liberal, la CTC (Confederación de Trabajadores de Colombia) y otros grandes sindicatos enmarcados en ella fueron protegidos y avalados por el gobierno. Este movimiento era vital para el estado liberal que contaba con el voto de grandes grupos de trabajadores para mantenerse en el poder. En cuanto a la modernización, el nuevo gobierno tenía ambiciones altas. El gobierno busco popularizar la cultura, laicizar la educación e invertir en nuevos procesos industriales. A pesar de sus ideas modernas y de cambio, continuo con la política de segregación implantada con anterioridad por el régimen conservador. Esta vez los liberales vetaron en muchas ocasiones a los conservadores de los puestos públicos. Prueba de ello es el reemplazo de alcaldes en la mayoría de municipios y ciudades. Muchas veces esta beligerante acción iba en contra de la propia seguridad del alcalde¹³.

Bajo el gobierno liberal ocurren varios hechos importantes que cambian la cara de la ciudad. La creación del Parque Nacional en 1934 ofreció espacios públicos gratuitos para el ejercicio del deporte que antes era privilegio de los prestantes miembros de los exclusivos clubes en la ciudad. La construcción de la ciudad Universitaria en 1936 y la Escuela Normal Superior en 1937, además de los esfuerzos en vincular a la mujer en la educación secundaria y superior, y la implantación de leyes que designaban algunas

¹³ Ciudadanos liberales fueron designados alcaldes en municipios mayoritariamente conservadores. Esto “llevó a los alcaldes a organizar grupos de guardaespaldas para proteger su vida. Estos grupos se denominaron “policías cívicas”.[...] las policías cívicas pasaron a cumplir la labor de autodefensas” (Orozco, 2016, p. 87)

asociaciones científicas de geografía, medicina e ingeniería (incluso la nueva Academia de ciencias) como “cuerpos consultores” en el gobierno, mostró el interés del nuevo régimen en la democratización de la educación superior y en el papel de la ciencia como eje modernizador. Entre los sucesos importantes en el estado liberal se cuentan la Feria del libro y la inauguración en julio de 1938 de las modernas instalaciones de la biblioteca Nacional. La cantidad de visitantes a la biblioteca se incrementó considerablemente. Cuando funcionada en el antiguo claustro de los jesuitas (hoy en día museo colonial), dentro de una serie de incomodidades y limitaciones, recibía un promedio de 18000 lectores al año; la nueva biblioteca en su primer año de inauguración recibió 122000 lectores (Iriarte, 1988, p. 226)

Durante el primer periodo liberal, justo cuando Olaya llevaba la mitad de su mandato presidencial, el suceso tragicómico de la guerra con el Perú llegó al escenario nacional. Un grupo de fuerzas armadas peruanas se tomó la ciudad fronteriza de Leticia en la Amazonia, cuyos habitantes habían sentido desde siempre el olvido del gobierno y habían estado acostumbrados a la poca presencia de la política administrativa del estado. Bajo esas condiciones no les fue difícil a los soldados peruanos izar la bandera de Perú el 1 de septiembre de 1932 ante el disgusto de los ciudadanos que allí moraban. Al saberse de la toma de Leticia, todos los nacionales indignados, unidos en un sentimiento patriótico en favor de un territorio que nunca antes les había importado, clamaron por la defensa de la ciudad. Al principio los acercamientos con el estado peruano fueron pacifistas, pero las conversaciones solo evadían y daban largas al conflicto. El papel del estado liberal fue, entonces, duramente criticado por los conservadores y la prensa que promulgaba la consciencia nacional y la unión patriótica. “Paz, paz, paz en lo interior. Guerra, guerra, guerra en la frontera contra el enemigo felón” (Acuña, 2016, p. 37) era una de las arengas. Así se creó una imaginaria identidad nacional (producto también de intereses políticos¹⁴) que reemplazo transitoriamente el conflicto bipartidista por una guerra internacional. Los colombianos no solo apoyaron con su voz la guerra. Los que tenían más donaron y regalaron joyas, alhajas, dinero, comida, armas, vestido, etc.; los que tenían menos se ofrecieron voluntariamente a defender el territorio. Eventualmente, la mayoría de las donaciones no llegaron a la selva (se perdieron en el camino a manos de picaros), pero los soldados si que llegaron:

La situación que vivieron los soldados fue muy difícil, tanto por el clima, la vida en la selva, la dificultad para transportarse; tampoco las provisiones llegaban a su destino, tal vez por la dificultad de transportarlas por entre la selva, o porque no había suficientes medios de transporte, o porque simplemente los destinos eran cruzados para responder a otros intereses.” (Acuña, 2016, p. 33)

La prensa en la capital y otras ciudades presentó la estrategia militar heroicamente pero ciertamente ni los colombianos estaban preparados para enfrentar a la experimentada milicia peruana, ni los enfrentamientos fueron tan valerosos y numerosos como se pintaban. Las dificultades de la selva fueron el peor enemigo

¹⁴ Con la dura crítica de la actuación del gobierno liberal, los conservadores buscaban desacreditar el gobierno de Olaya.

de los combatientes colombianos. El 24 de Mayo de 1933 se dio por terminado el conflicto con el tratado de Ginebra. Finalmente, los más perjudicados con esta medio-guerra fueron los propios soldados, nadie les reconoció su labor¹⁵: “a los soldados enfermos, discapacitados o con debilitamiento por el combate, no se les ofreció ningún tipo de tratamiento; tampoco se dio ningún tipo de indemnización a los familiares de los soldados que perecieron en la guerra” (Acuña, 2016, p. 40). Terminado el conflicto, el imaginario nacional se disolvió y los partidos resumieron a seguir ultrajándose mutuamente.

Después del periodo de transición de Olaya Herrera, el liberalismo volvió a ganar las elecciones con Alfonso López Pumarejo (el mismo que impulsó la candidatura de Olaya). Su lema de campaña “Revolución en marcha” pretendía llevar a cabo reformas revolucionarias basadas en el mejor funcionamiento del capital y las cuales apoyaban el movimiento campesino y el sector obrero. Incluso integro en su gabinete dirigentes estudiantiles para impulsar la autonomía universitaria y la educación laica. Por este motivo, durante el primer periodo de López existieron pocas marchas antigubernamentales. Las que hubo, como la marcha estudiantil de 1938 (evidentemente impulsada por el conservatismo), terminó en diálogos conciliadores. Sin embargo, su revolución cayó como balde de agua fría en las cabezas de los terratenientes, industriales y banqueros, por cuanto apoyaba al proletariado. Su resistencia consistió en agremiarse para frenar los programas de López. Sumados a ellos, muchos parlamentarios liberales ponían trabas a los proyectos reformistas del mandatario, quien cansado de los continuos obstáculos a sus proyectos presentó su renuncia a la presidencia. El senado rechazó la renuncia y sentenció al mandatario a una continua lucha para aprobar sus proyectos hasta el término de su periodo.

El tercer periodo liberal se inició con el director y dueño del diario más influyente de la nación (*El Tiempo*), el Dr. Eduardo Santos en 1938, quien ganó avasalladoramente las elecciones por ser el único candidato a la presidencia. Los conservadores no presentaron candidato y se abstuvieron de votar. No obstante, los gritos apocalípticos de los conservadores que resonaban ya desde el inicio de la hegemonía liberal, radicalizaron a la población conservadora y cargaron el clima de una atmosfera violenta. Más aun cuando en vísperas de las elecciones parlamentarias de 1939 ocurrió la matanza en Gachetá, un pueblo cercano a la capital. Esta región mayoritariamente conservadora organizó una manifestación en la plaza principal. En plena manifestación se escucharon unos tiros de un origen aún desconocido¹⁶ y la policía entró a impartir orden con algunos balazos. La jornada dejó ocho muertos y dieciocho heridos. Los líderes conservadores no tardaron en repudiar el hecho y atacar el gobierno por todos los flancos. El directorio

¹⁵ El mayor Alberto Lara cuenta que las medallas para condecorar a los soldados “permanecen aún entre el cajón en que fueron enviadas de la fábrica y están ocultas en el más oscuro rincón de la dependencia, que los militares reconocen como “material de guerra”.” (en Acuña, 2016, p. 40)

¹⁶ Ninguno de los presentes pudo establecer con certeza de donde salieron los disparos

conservador le pidió a sus copartidarios que se armaran como pudieran contra el régimen opresor generando así más hostilidad entre miembros de un partido y otro.

Si bien los años treinta se terminaron con un incremento general de la violencia bipartidista que continuó durante los años venideros, la ciudad capital ofrecía otro panorama que servía como disyuntiva al conflicto político. Al inicio de la década del cuarenta, se fundó la radio Nacional en Bogotá, la cual llevó a muchos hogares programas culturales. Su célebre radio teatro fue el deleite tanto de intelectuales como de la gente del común quienes escuchaban cada semana “en versiones impecables, lo más perdurable y selecto del teatro universal de todos los tiempos” (Iriarte, 1988, p. 239). El cine norteamericano tuvo también su auge en los cuarentas, especialmente en tiempos de guerra cuando la oferta europea era escasa. Igualmente el cine Mejicano encontró un buen mercado entre las clases populares que se divertían con sus historias cursis, siniestras y dramáticas.

En 1942 llega de nuevo Alfonso López Pumarejo a la presidencia, esta vez con ambiciones menos reformistas que en su primer mandato. Sus más cercanos colaboradores sufrieron una metamorfosis radical. Pasaron de ser jóvenes intelectuales con ideas revolucionarias a consumados sólidos banqueros y financieros con vasto entendimiento de cifras económicas. La influencia de estos colaboradores se refleja en la actitud opuesta de López en contra de los que en su primer mandato apoyó fervientemente. Los sindicatos, en especial la CTC, fueron totalmente ignorados por el regente. Estas masas que en muchas ocasiones habían organizado manifestaciones en favor del gobierno, ahora se encontraban sin aliado ni mediador en el estado. El ministro de gobierno, Alberto Lleras Camargo, se distanció de las organizaciones gremiales hasta llevarlas a un enfrentamiento con la rama ejecutiva¹⁷. Los movimientos estudiantiles también probaron de la nueva hiel gubernamental. Por escándalos de corrupción, los estudiantes de colegios y universidades aliadas al conservatismo se unían en protesta para pedir la deposición del presidente. Los líderes del conservatismo no dejaban pasar oportunidad para incitar al estudiantado de instituciones religiosas a alzar sus voces en contra de la presunta intrusión del comunismo en la educación apoyada por el gobierno, como fue el caso de la entrada del socialista Gerardo Molina en la rectoría de la Universidad Nacional. Las protestas y manifestaciones fueron afianzándose hasta que el 24 de Mayo resultaron muertos el estudiante Eduardo Gonzales y el obrero Alfredo Borda. Los conservadores usaron esta tragedia para desprestigiar el gobierno y pedir furiosamente justicia para los mártires, como en los años veinte lo habían hecho los liberales con Gonzalo Bravo (Jaramillo, 2000, p. 177). Las agitaciones populares y estudiantiles terminaron por socavar la poca credibilidad del mandatario y del régimen liberal. Presionado por la crisis política nacional y sin haber terminado su periodo, López se retiró de la

¹⁷ Este fue el caso de la empresa de textiles Monserrate. Sus obreros entraron en huelga que se prolongó por dos meses sin que el estado interviniera. En solidaridad con los trabajadores de la textilera, la CTC se fue a paro. El gobierno liberal que antes avalaba los sindicatos, respondió con el enfrentamiento.

presidencia. Cabe aquí recordar que durante el mandato lopista Colombia también tuvo su parte en la segunda guerra mundial. Después de que dos submarinos alemanes hundieran las goletas colombianas “resolute” y “ruby” en aguas de San Andres, el gobierno resolvió romper relaciones con Alemania y declarar estado de beligerancia contra las potencias del Eje. Poco antes de terminar la guerra, los capitalinos celebraban en las calles el hundimiento de un submarino alemán en aguas colombianas por el destroyer “Caldas”. Ya en 1945 con la rendición de las potencias del Eje, los bogotanos salieron de nuevo a las calles para celebrar la derrota del fascismo en un alborozo colectivo, tanto así que el día de la capitulación nazi fue declarado día cívico en la ciudad (Iriarte, 1988, p. 236).

Para las siguientes elecciones, el lema “divide y reinaras” se aplicó esta vez a los liberales en favor de los conservadores. Los liberales se dividieron entre los candidatos Jorge Eliecer Gaitán (amado por las masas) y Gabriel Turbay. De la misma manera que la desunión antes había dictaminado el final de hegemonía conservadora en 1930, la hegemonía liberal llegó a su fin en 1946 con la elección del conservador Mariano Ospina Pérez. Con la llegada al poder del gran industrial y cafetero antioqueño, llegó también la revancha. Aunque el gobierno de Ospina continuó con la tarea ardua de modernización del país y tenía participación liberal en el gobierno, impulsó la represión social y política en contra de los liberales. Las manifestaciones autónomas populares fueron vetadas. La CTC que ya estaba debilitada por el enfrentamiento entre liberales y comunistas en su interior fue puesta en jaque por el nuevo gobierno al crear una nueva central sindical bajo el auspicio conservador. Sumado a ello la población dividida entre los dos partidos era cada vez más agreste. Mientras los conservadores en el poder abonaban el terreno para la violencia sistemática, Jorge Eliecer Gaitán dentro del partido liberal se iba convirtiendo en la voz del pueblo. Gaitán había siempre estado en la escena política en defensa de las clases populares. En 1933 fundó un partido independiente, la UNIR (Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria) junto a un grupo de intelectuales pero se disolvió en poco tiempo después de que Gaitán aceptara una curul liberal en el parlamento. Desde allí empezó su carrera política en el partido liberal. Fue alcalde de Bogotá, ministro de educación y ministro de trabajo durante la hegemonía liberal. Su carácter populista y socialista se podía apreciar en los slogans de su primera campaña presidencial: “contra las oligarquías” y “por la restauración moral de la República”. Su voz estremecía a la audiencia y encarnaba, para muchos, la reivindicación de los líderes con su pueblo. Al ganar las elecciones Ospina Pérez, Gaitán pasó a ser el jefe del partido liberal. Su primera acción contundente fue suprimir la participación liberal en el gobierno, en vista de la beligerancia del estado en contra de los ciudadanos liberales. Esta violencia estatal se agudizó en las elecciones parlamentarias de 1948 cuando se desató una violencia sistemática en contra de los liberales para evitar que sufragaran (tal como lo había hecho Olaya anteriormente). Ante este amargo escenario, el caudillo liberal reunió el 7 de Febrero de 1948 a cien mil ciudadanos en la plaza Bolívar de Bogotá en la “Marcha del Silencio”. Los ciudadanos en medio de un silencio sepulcral acompañaban a Gaitán a

protestar por la indignante matanza de sus copartidarios. El silencio solo se interrumpió por el célebre discurso de Galán:

Señor Presidente: no estamos aquí para presentar peticiones económicas o políticas. Todo lo que pedimos es que en nuestro país se desista de una línea de conducta que nos avergüenza a nuestros propios ojos y a los ojos de los extranjeros. Pedimos esto en nombre de la misericordia y de la civilización... Pedimos que termine esta persecución por parte de las autoridades... Ponga fin, señor Presidente, a la violencia. Todo lo que pedimos es la garantía de la vida humana, que es lo menos que una nación puede pedir" (Gaitán en Tirado, 1996, p. 135)

Dos meses después el orador de la "Marcha del silencio" yacería en una acera del centro de Bogotá con unos tiros de la cabeza provocando el suceso de violencia más estremecedor que la capital haya sufrido. El fatídico 9 de Abril de 1948, al salir de un almuerzo con sus colaboradores, Gaitán fue asesinado con dos tiros en la cabeza. Ningún eminente médico pudo salvarlo, el caudillo había muerto. Una turba enardecida (motivada en parte por los avisos radiales) se arrojó fieramente a las calles capitalinas y arrasó con todo símbolo que a sus ojos significara opresión o que al menos les permitiera desfogar la inmensa frustración y tristeza que los embriagaba:

...edificios de periódicos; los ministerios de gobierno, justicia y educación; el palacio de la nunciatura, las iglesias y los colegios católicos. La casa presidencial fue el único edificio librado de la empresa de saqueo gracias a la acción empecinada del ejército; pero igual cayeron bajo su paso arrasador los establecimientos del comercio y el centro de la ciudad, en ese entonces lugar de habitación de sectores pudientes de la capital. El pueblo libró ese día su propia batalla, quebrando el sagrado pacto partidario que dividía agónicamente a liberales y conservadores." (Perea, 1998, p. 34)

La masa popular llegó a puertas de palacio exigiendo la deposición de Ospina. Los otros líderes liberales intentaron mediar la situación. El mandatario no claudicó, sin embargo por su gallarda intervención, les concedió a los líderes liberales una generosa participación en algunos ministerios de su gobierno (entre ellos el ministerio de gobierno). La bárbara jornada dejó el centro de la capital semi-destruido, un acuerdo cobarde y miles de muertos y heridos¹⁸. El horror de la violencia no paro esa tarde en Bogotá. Se extendió a lo largo del país. El desenfreno del 9 de Abril dio pie al gobierno conservador para justificar su represión total y su continua hostilidad oficial. El país fue pronto puesto bajo estado de sitio y Ospina cerró el parlamento en 1949. La fuerza militar actuaba en favor del gobierno conservador y en contra del campesinado liberal. Pronto el desconsuelo se apoderó del campo y sus habitantes desamparados por la negligencia de ambos partidos optaron por dos caminos: el bandidaje o la migración rural a las ciudades. De ahí en adelante los campesinos permanecieron al margen de la política y economía del estado. A muchos se les quitaron las tierras en favor de ávidos terratenientes.

Mientras tanto la población en la capital aumentaba. Para finales de 1948 la capital albergaba alrededor de 500.000 ciudadanos e iba en aumento. Además la población rural empezó a migrar a Bogotá para escapar de la violencia bipartidista que se agudizó en los cincuentas. El incremento demográfico aumentó el

¹⁸ "En Bogotá hubo, según Oquist, 2.585 muertos; un testigo de la Cruz Roja afirmó que eran sólo mil muertos y 2.500 heridos, Ortiz Márquez elevó la cifra a 4.000 personas" (Henderson en Molano, 2011, p. 17).

arriendo y subarriendo, partió las casas unifamiliares en acomodamientos más pequeños, dividió los apartamentos en dos pisos y ayudó a la proliferación de inquilinatos y arriendo de piezas en barrios populares como San Victorino, La Perseverancia, Las Cruces, Santa Bárbara, Egipto, Las Nieves y San Diego (Cardeño Mejía, 2007, p. 52)

En 1950, después del asesinato de Gaitán y la muerte de Vicente Echandía, promotor de la reforma de López en su primer gobierno y hermano de Darío Echandía, quien además de encabezar la mediación el 9 de Abril y obtener el ministerio de Gobierno, retiró su candidatura liberal a la presidencia, los liberales se abstuvieron de votar. La misma situación que le dio a Eduardo Santos la victoria en 1938, ahora se la daba al jefe del partido conservador Laureano Gómez, quien se coronó presidente en 1950 sin contendiente alguno. Gómez continuó reforzando y alimentando el aparato de segregación y violencia que había heredado del gobierno anterior: “La cédula de ciudadanía se convirtió, después de las elecciones del 50, en un pasaporte de muerte: quien no tuviera el sello de haber votado era liberal y, por tanto, ateo, comunista, incendiario.”(Molano, 2011). El movimiento sindical se había desarticulado para beneplácito del régimen de Gómez. La policía y el ejército fueron sacando de sus filas a los servidores liberales y perseguían a los opositores con la misma furia que lo hacían otros conservadores radicales. Las críticas y protestas al régimen casi dictatorial de Gómez aparecían con más fuerza detrás de las líneas liberales. La enemistad entre los dos partidos escaló de tal forma que el 6 de Septiembre de 1952 grupos civiles conservadores ayudados por la policía incendiaron los periódicos de traza liberal “El Tiempo” y “El Espectador” y las residencias de influyentes dirigentes liberales, Carlos Lleras Restrepo y Alfonso López Pumarejo (anterior presidente de la república). La nación estaba envuelta en un agresivo todos contra todos y el mandatario miraba el espectáculo. Por problemas de salud Laureano Gómez se ausentó de la silla presidencial y dejó encargado a Roberto Urdaneta Arbeláez, en cuyo mandato escaló aún más el conflicto bipartidista. Era necesario, entonces acabar con el régimen que aún fuera de palacio era conducido por Gómez. Las esperanzas de un cambio se parecieron esfumar cuando Gómez se opuso a la candidatura de su copartidario Ospina Pérez, quien era el único dirigente conservador que podía llegar a una conciliación con el partido liberal y producir un verdadero cambio en la cruenta situación del momento¹⁹. La idea de acudir al ejército como solución final al conflicto se comenzó a fraguar en un sector conservador y en las cabezas de los líderes liberales. Ospina, con apoyo del liberal Gilberto Álzate, buscó en las filas conservadoras militares que pudieran tomar el mando del país bajo la dirección de los líderes aliados. La idea se materializó el 13 de Junio de 1953 con el golpe de estado del General Gustavo Rojas Pinilla alentado por los seguidores de Ospina, Álzate y demás liberales. Álzate había corrido contra el tiempo para ensalzar desde el periódico que dirigía, “Diario de Colombia”, la ilustre figura del general. La frase

¹⁹ “El dirigente político tenía la convicción de que sólo a través de una amnistía completa era posible alcanzar el final de la violencia en el país. A ello debía seguir el levantamiento del estado de sitio, la eliminación de la censura y los esfuerzos de ambos partidos por elaborar un sistema de garantías electorales.” (Atehortúa, 2010, p. 35)

célebre de Álzate “General, ¡salve usted la patria!” se propago a lo largo de la capital y resonó en los oídos de la ciudadanía. No era de sorprenderse que en la capital la dictadura fuera vista como la salvación y los bogotanos trinaran con vivas para el nuevo regente. La maquinación política en contra de Gómez había funcionado pero el nuevo poder militar no estaba listo para ejercer la presidencia. Los militares de un momento a otro se vieron sentados (o mejor fueron sentados) en el poder ejecutivo sin haberse preparado para ello. A pesar de tener un gabinete 100% conservador, Rojas anunció un plan de reconciliación nacional muy parecido (casi igual) al de Ospina cuando se había lanzado a la candidatura en contra de los deseos de Gómez. Se ofrecía indulto y amnistía para los grupos insurgentes de campesinos que se habían formado por causa de la violencia²⁰; se auguraba más libertad de prensa, dialogo conciliador entre partidos y restablecimiento de garantías para unas votaciones electorales sin violencia ni sectarismo. El primer punto conciliador se cumplió parcialmente. Algunos grupos cesaron las hostilidades y dialogaron con el gobierno. El segundo punto nunca llegó, por lo menos para la prensa. La censura continuó²¹.

Durante su gobierno Rojas tuvo que enfrentar una lluvia (más parecida a una tormenta) de problemas y crisis que se venían acumulando desde antiguas administraciones: la guerra bipartidista que aún no cesaba, la emergente economía moderna que marginaba a muchos sectores tradicionales, el desarrollo de las comunicaciones que hacía más difícil la censura, el incremento del analfabetismo y el desprestigio de su gobierno ante las reacciones violentas en contra de manifestaciones populares. En este último caso hay que anotar que dos sucesos en especial estremecieron la ciudad de Bogotá: la masacre de estudiantes en 1954 y la intervención en la Macarena. Así como en el gobierno de Suarez en 1919 y Abadía Méndez en 1928, la manifestación del 8 y 9 de Junio de 1954 termino en genocidio. Para conmemorar la muerte de Gonzalo Bravo, los estudiantes hacían todos los años desde 1928 una marcha al cementerio central donde yacía la tumba del estudiante mártir. Ese año al llegar al cementerio, los estudiantes se toparon con un cordón militar que les impedía el acceso. Las arengas en contra de los militares no se hicieron esperar, sólo cesaron cuando la orden de Rojas permitió a los estudiantes entrar al campo santo. Ese mismo día la policía intentaba entrar a la fuerza en el campus universitario a pesar del descontento y abucheo de los estudiantes. Un estudiante, Uriel Gutiérrez Restrepo, fue asesinado por un tiro de bala de la policía militar

²⁰ Al estallar la violencia bipartidista, los territorios más afectados fueron los rurales, donde ninguno de los dos partidos ofrecía garantías a sus copartidarios. Integrantes de ambos partidos se enfrentaban entre sí y la policía del régimen de turno hacia el uso de la fuerza en contra del partido opositor. Muchos campesinos y ciudadanos rurales formaron grupos para defenderse, no dejarse arrebatar las tierras y pelear en contra del sistema de gobierno que los había abandonado

²¹ Esta determinación no es sorpresa, ya que el mismo Rojas durante el gobierno de Gómez había entrado al periódico “El siglo”, respaldado por Gómez, a exigirle al gerente que sacara de circulación los comentarios en contra de las fuerzas armadas: “Les prohíbo que vuelvan a hablar de las Fuerzas Armadas o les cierro el periódico”. “¿Le cierra el periódico al doctor Laureano Gómez?”, y le respondió: “Sí, le cierro el periódico”. Al día siguiente mandé un oficial con tropa: “Revise la edición, si hay algo contra las Fuerzas Armadas, decomísela” (General Rojas en Atehortúa, 2010, p. 37)

esa misma tarde. La indignación y enfado de los estudiantes fue mucho mayor, así que se organizó una multitudinaria marcha el 9 de Junio hacia el palacio presidencial. En la calle 13 con carrera 7, los manifestantes se encontraron con un grupo de soldados pertenecientes al batallón Colombia, quienes acababan de combatir en la guerra de Corea. Un disparo de origen desconocido (como el los sucesos de Gacheta) dio la excusa perfecta a los soldados para disparar a la multitud: “Lo que había comenzado como una protesta pacífica hacia el palacio presidencial en contra de la muerte de Uriel Gutiérrez terminó por convertirse en un baño de sangre.” (Navarrete Cardona, 2014). Como es usual, el gobierno afirmó que la tropa fue agredida primero y solo se defendía, además de que en la manifestación estaban infiltrados opositores del gobierno. Rojas prometió abrir una investigación y castigar a los culpables quienes, según reportes imaginarios, fueron enemigos comunistas. Hoy en día en la Universidad Nacional se conservan placas conmemorativas tanto de Gonzalo Bravo Pérez como de Uriel Gutiérrez. En esta ocasión la prensa liberal no intervino a favor del estudiantado como lo había hecho en asesinato de Gonzalo Bravo²². No obstante este hecho animó a los estudiantes a crear la Federación de Estudiantes Colombianos y a proclamar el 8 de Junio como día nacional del estudiante que actualmente se continúa celebrando.

El otro hecho reprochable en contra de la sociedad civil fue el perpetrado en la plaza de toros “la Macarena” en la capital. Según testigos, cuando la hija del General Rojas entro a la plaza para asistir a una corrida de toros fue abucheada por el público cansado del régimen de Rojas. Rojas enfurecido les reclamó a los agentes de policía presentes por su incapacidad de acción ante el ataque a su hija. De acuerdo a los periodistas Alberto Donadío y Silvia Galvis el General puso un plan de acción para la siguiente corrida de toros en forma de escarmiento: “fue en Palacio, en los días siguientes a la silbatina, donde se acordó que se comprarían 7.000 boletas para la corrida siguiente del 5 de febrero. Las entradas se repartieron entre los agentes del SIC”, el Servicio de Inteligencia Colombiana, “con la orden de asistir a la corrida vestidos de paisano” (en Gómez Dugand, 2012). Los agentes encubiertos pedían a la multitud en una actitud amenazante que gritaran arengas en favor del gobierno Pinillista. Aquel que se reusara o reclamara era rodeado, agredido oral y físicamente y finalmente entregado a la policía uniformada quienes continuaban con el mismo tratamiento. “Los cuerpos ya inanimados de las víctimas eran arrojados, graderías abajo, y luego tirados abajo al callejón” (Carlos Villar Borda en Gómez Dugand, 2012). Los muertos anónimos fueron enterrados en fosas comunes sin registro en la prensa o conteo oficial de víctimas.

Claramente ni los partidos ni la prensa se pronunciaban en contra de Rojas pero los industriales, banqueros y comerciantes si lo harían. La reforma tributaria y los impuestos para las sociedades anónimas en 1954 prendieron las alarmas en el sector financiero. El Ministro de hacienda intervino para calmar los ánimos.

²² “*El Tiempo*”, periódico liberal, dijo con respecto a la masacre estudiantil: “Comprendemos que de esta situación, profundamente deplorable, no puede culparse jamás al gobierno que tantas pruebas ha dado de su voluntad de concordia y que ha hecho de la paz, de la libertad y de la justicia, emblema de sus actos...” (Atehortúa, 2010, p. 40)

Logró moderar las medidas tributarias pero el general Rojas no pudo crear relaciones efectivas con el sector financiero y comercial. Después vendrían el descenso del precio del café que afectó las exportaciones y economía interna, el aumento de la inflación, la devaluación del peso y el declive de reserva de divisas. Esto acabó por socavar las relaciones de Rojas con el sector económico. En resumen, el gobierno de Rojas tenía la enemistad de los financieros e industriales, el disgusto de la población civil por su comportamiento represivo y la desilusión de las clases populares que se sumaban en la marginalidad. El mandatario trató de dar solución sin contar con los líderes de los partidos tradicionales, lo que terminó por acelerar su caída. Los líderes conservadores y liberales que al inicio empujaron a Rojas a la presidencia se daban cuenta que el remedio había sido peor que la enfermedad y resolvieron sacarlo de la presidencia. Nuevamente los líderes liberales y conservadores se unieron para maquinarse la caída de Rojas y asegurar su futuro en el poder. Lleras Camargo viajó a España a reunirse con el expresidente Laureano Gómez, exiliado en España por el régimen de Rojas. Los dos dirigentes planearon una coalición conjunta que determinó el futuro político de los siguientes 16 años: “El Frente Nacional”. No les fue difícil a los dirigentes encontrar aliados en la dirección de los partidos tradicionales, los gremios y la iglesia. Aunque Rojas contaba con el apoyo de un sector conservador, la Dirección Nacional Liberal Popular y algunos sindicatos (incluyendo la CTC) no pudo en contra de los magnates políticos. El 10 de mayo de 1957 el general dio paso a una Junta militar que él mismo escogió. La junta se disolvió poco después para respaldar el retorno de los partidos coalicionados al poder. El primer presidente del Frente Nacional fue uno de sus creadores, Alberto Lleras Camargo, quien en su discurso de 21 de Abril de 1958 alabó esta maniobra política: “Creo que podría ser la solución para Colombia. Creo más: creo que es la única solución que tiene Colombia” (Palacios, 1971, p. 66). De esta manera durante los siguientes 16 años, 4 presidentes se intercalaron el poder: Alberto Lleras Camargo, Guillermo León Valencia, Carlos Lleras Restrepo y Misael Pastrana Arango. Lleras sentó las bases para las futuras administraciones bajo el Frente Nacional y continuó después asesorando a presidentes y administraciones gubernamentales. Empezó un proyecto para el acercamiento y desmovilización de grupos armados que en un inicio parecía estar cumpliendo sus objetivos, ya que muchos campesinos volvieron a la labranza de la tierra y otras labores.

Guillermo León Valencia impulsó la economía, aumentó las exportaciones de café pero fue un arduo contrincante de los grupos insurgentes. En tiempos de la guerra fría y con el triunfo de Fidel Castro en Cuba, cualquier desavenencia en contra del gobierno era considerada comunista. El ejército irrumpía en territorios rurales con todo su armamento para implantar el orden. Ejemplo de ello es el ataque a Marquetalia en 1964 donde el ejército intentó acabar con un grupo insurgente pero lo único que provocó fue un fortalecimiento del grupo armado campesino que renacería como la guerrilla de Las FARC. En el siguiente periodo, Carlos Lleras Restrepo fue el gran reformador de la constitución. Introdujo una serie de cambios que fortalecían el poder ejecutivo y parlamentario, además recuperaría el control de las

instituciones educativas por parte del estado. Y el último del Frente Nacional, Misael Pastrana Arango ganó las elecciones envuelto en un escándalo de fraude electoral. Al estar los partidos coalicionados, los candidatos contendientes debían pertenecer a sectores opositores dentro del mismo partido o a otros partidos políticos. En las elecciones de 1970 el partido contendor en oposición al frente nacional fue la ANAPO²³ dirigido por el General Rojas. La emisión de las elecciones fue interrumpida por órdenes del gobierno cuando se vislumbraba a Rojas como ganador. La emisión se reanudó el día siguiente anunciando la victoria de Misael Pastrana. Los anapistas clamaron que había sido un fraude electoral y no reconocieron el triunfo del candidato liberal. Hubo disturbios y daños materiales en distintas regiones del país, lo cual forzó al mandatario en curso a declarar toque de queda, ley seca y estado de sitio, además de detener los dirigentes de la ANAPO que habían publicado un comunicado rechazando la elección de Pastrana. Un sector más radical de la ANAPO, conformado por estudiantes y jóvenes intelectuales, decidió tomar vías más extremas y formaron el M-19²⁴.

Cuando los 16 años del frente Nacional llegaron a su fin, la batalla electoral en 1974 estuvo a cargo de los hijos de los expresidentes: Alfonso López Michelsen, liberal hijo de Alfonso López Pumarejo (presidente por dos periodos); Álvaro Gómez Hurtado, conservador hijo de Laureano Gómez; y Maria Eugenia Rojas, anapista hija del General Rojas. López Michelsen se llevó la corona presidencial y con él llegó un aura progresista. La bonanza cafetera lo acompañó en su gobierno y el rol predominante en el tratado Carter-Torrijos, el cual abogaba por la transferencia del canal de Panamá al gobierno panameño, fue uno de los mayores logros en su administración. En su presidencia se esforzó por ampliar la política internacional, es decir, entrar en nuevas relaciones con otros países diferentes a EE.UU. Por ese motivo, las relaciones que se habían roto con Cuba a causa de la revolución, se volvieron a reestablecer. López Michelsen consideraba que las relaciones exteriores abrirían nuevos caminos económicos. No obstante, el programa económico de ayuda de los Estados Unidos para Latinoamérica “Alianza para el Progreso”²⁵ que había entrado en Colombia en los 60’s aún permanecía en los 70’s haciendo imposible (hasta utópica) una cierta independencia de EE.UU. El propio presidente Turbay Ayala, quien estaría a la cabeza del estado después de López Michelsen, afirmó que: “es una verdad indiscutible que nos movemos en la órbita en la que los

²³ La ANAPO se fue convirtiendo rápidamente en el partido popular, ya que los partidos tradicionales habían fallado en sus políticas gubernamentales para impulsar el desarrollo rural, aminorar el conflicto armado y acabar la marginalidad en el campo y la ciudad.

²⁴ Movimiento del 19 de Abril, día en que las elecciones en las que ganó Pastrana. Este grupo actuó como un grupo insurgente o guerrilla. Más tarde sería responsable de la toma y el incendio del palacio de justicia en 1985

²⁵ “La Alianza para el Progreso fue un programa de ayuda externa propuesto por Estados Unidos para América Latina con el fin de crear condiciones para el desarrollo y la estabilidad política en el continente durante los años sesenta. Con este programa Estados Unidos inaugura un tipo de intervención sistemática, a largo plazo y a escala regional, con miras a orientar el cambio social en América Latina e impedir el avance del comunismo en el marco de la guerra fría” (Rojas, 2010, 92)

Estados Unidos, la primera superpotencia mundial de Occidente, ejerce su mayor influencia” (Turbay en Gonzales Arana, 266)

Entre tanto en los años 60 y 70, la ciudad de Bogotá se vio impregnada por el espíritu libre de las generaciones más jóvenes quienes con su conducta y modo de vestir protestaban contra el sistema, no sólo político sino también social: “Más que un movimiento libertario su conducta fue de protesta contra una sociedad sumamente pacata [...] Colombia se desparroquializó a partir de esos años” (Iriarte en Bautista, 2014). No es por tanto extraño que el nadaísmo se volviera popular entre los intelectuales y que el arte moderno se promulgara con la creación de un museo donde se exhibieran obras con nuevas corrientes artísticas. El rock también invadió la capital. Ya en los 70’s los parques se fueron convirtiendo en escenarios de este estilo musical con festivales como el Festival de la Vida en el Parque Nacional. A pesar de las intenciones de modernización en Bogotá, los pobres continuaron más pobres y el sur, donde estos habitaban, se expandía hacia los cerros. La brecha con los más adinerados se hizo más notoria cuando estos se alejaban más hacia el norte. A finales de los setenta Bogotá continuaba con los mismos problemas sociales y enfrentaba un desmesurado crecimiento demográfico producto de las migraciones por cuenta de la violencia en el campo. Era una urbe con toques modernos pero aún con los más esenciales problemas a resolver.

2. Capítulo 2: El escritor, Álvaro Salom Becerra: Un acercamiento biográfico

El nombre de Álvaro Salom Becerra en los oídos de la mayoría de los colombianos produce solamente un largo silencio y una cara de “no-tengo-la-menor idea” o “¿Quién-es-ese?”. Ciertamente, al igual que los aciagos personajes de sus libros, este escritor es un total desconocido para las nuevas generaciones y en general para los lectores nacionales. Este empleado público que descubrió su vocación literaria en la madurez se dedicó a retratar con mordaz sarcasmo su amada Bogotá, a sus gentes y su indigente sistema político. Tal vez es precisamente esa necesidad de enfocarse en la capital y los capitalinos la razón que lo mantuvo y mantiene en el anonimato: su público es bastante limitado. No obstante, las sucesivas ediciones de sus libros (algunos hasta la edición 42) muestra que para algunos jóvenes intelectuales, estudiantes y sobre todo asalariados de la clase media en los 70's y parte de los 80's (hoy en día ya en pensión) en la capital colombiana los escritos de Álvaro Salom Becerra fueron una bocanada de jocoso aire, una identificación colectiva en forma de sátira²⁶. Evidentemente hay muy poca información sobre la vida y obra del autor. La crítica literaria no lo nombra con excepción de unas cuantas reseñas referidas a su primera novela, dos o tres artículos en recuerdo de su memoria y otros cuantos cortos escritos de allegados y familiares. Por esa razón la mayor fuente de información para este capítulo será tomada de la entrevista a familiares e investigación biográfica hechas por Christian Camilo Villanueva Osorio (2014) en su MA tesis *La construcción del héroe de la clase media en las novelas de Álvaro Salom Becerra* además de unos cuantos artículos periodísticos y reseñas literarias.

Álvaro Salom Becerra nació el 22 de Diciembre de 1922 en el seno de una familia de clase media en el centro de Bogotá. Su padre murió cuando Álvaro aún era niño, por tanto los integrantes de la familia Becerra se redujeron a dos: su madre y él. En tiempos en que la mujer no trabajaba, su madre acudió a joyas y otros objetos para solventar los gastos diarios. En últimas, la venta de la casa heredada del padre de Álvaro sirvió para vivir unos años más. Estudió la primaria y el bachillerato en instituciones tradicionalmente católicas, lo cual le imprimió un espíritu devoto. Hay que recordar que en estos tiempos los bogotanos eran afiliados comúnmente a alguno de los dos partidos políticos existentes. Ya fuera por herencia o por relaciones, los capitalinos a muy temprana edad estaban inevitablemente ligados a alguno de estos bandos. Salom Becerra no era la excepción. La cercanía a la iglesia católica y la filiación conservadora de su padre lo hacían partidario de los conservadores. En la entrevista de Villanueva, la hija de Salom, Antonieta Salom, comenta:

²⁶ En el prefacio de su última novela *Al pueblo nunca le toca*, Álvaro Salom Becerra considera que “La circunstancia que mis libros se hayan reeditado 42 veces, hasta el momento, y la de que hayan sido leídos por millares de personas de todas las edades y condiciones, no demuestra, necesariamente que sea bueno. Pero sí prueba inequívocamente que he llegado al lama de la gente, que he interpretado sus sentimientos y sus pensamientos, que he referido verazmente sus tribulaciones y angustias, y denunciado sus problemas y necesidades...” (1990a, p. 12)

Mi papá siempre decía que aquí uno era liberal o conservador por herencia, pero que aquí nadie sabía cuáles eran los ideales del partido liberal o del conservador. Yo soy conservador o liberal porque mi papá es liberal o conservador. En mi casa, por ejemplo, mi papá era conservador y mi mamá liberal... Durmiendo con el enemigo. (en Villanueva, 2014, p. 138).

En una entrevista con la periodista Margarita Vidal, Salom Becerra se arrepiente de haber sido partidario de uno de los tradicionales partidos políticos del país y asegura que al igual que sus personajes ha caído en el escepticismo total. No obstante su filiación religiosa siempre fue profunda y sincera: “En Semana Santa única y exclusivamente se podía escuchar música clásica, música religiosa, toda música gregoriana y teníamos que leer La imitación de Cristo de Tomás de Kempis. Pero absolutamente sagrado y lo teníamos que leer.” (Antonieta Salom en Villanueva, 2014, p. 123).

Más adelante iniciaría los estudios de derecho en la Universidad Externado de Colombia gracias a la amistad que lo unía al hijo del director de dicha institución. Pronto el dinero remanente de la venta de la casa del padre de Salom se agotaba. La precaria situación económica en su casa y los altos costos educativos lo forzaron a interrumpir sus estudios y dejarlos de lado para vincularse a la carrera administrativa en el sistema judicial. Estuvo al servicio del sistema jurídico bogotano por 12 años en los cuales se desempeñó como oficial mayor de un juzgado superior de Bogotá, como auxiliar de una de las fiscalías en la capital y finalmente como secretario del Tribunal administrativo de Cundinamarca. Hernando Giraldo (1974), contetulio de Salom y autor del artículo *Don Simeón Torrente ha dejado de beber... pero su autor no*, escribe que durante esos años dentro de la rama judicial, Salom vio pasar el tiempo en vano mientras trataba de dilucidar “de qué extraño material era la venda con que aparece la mujer que representa a la “justicia” colombiana.”(Giraldo en Villanueva, 2014, p. 17). Estuvo vinculado con los tribunales de la capital, más exactamente como Jefe de personal en la Prefectura Nacional de Seguridad, hasta que terminó el gobierno del conservador Laureano Gómez. Al tomarse el poder el general Pinilla, Laureano Gómez salió para el exilio en España. El día en el que este partió del aeropuerto de Techo, Álvaro Salom acompañado de su hijo mayor estaba allí despidiendo al exmandatario. Con la entrada de Rojas Pinilla al poder, los cambios administrativos y gubernamentales a manos de los militares se empezaron a notar. Para ese entonces Álvaro Salom ya tenía 6 años de casado con Elvia Inés Beltrán Guzmán y cuatro hijos: Gabriel, María Antonieta, Alejandra y Rodrigo Salom. Poco después de la investidura de Rojas como Jefe de estado, Salom fue detenido por la policía en Cali por una supuesta toma de la base militar Marco Fidel Suarez de la cual él era partícipe. Esta delirante y absurda acusación fue enfrentada por Salom con el espíritu jocoso que lo caracterizaba: “Él, con su gran sentido del humor, cuando lo fueron a detener manifestó que sí, que probablemente se la iba a tomar pero que con la única arma que él tenía que era un cortaúñas.”(Antonieta Salom en Villanueva, 2014, p. 17). Mientras Salom era detenido en Cali, la policía allanó su casa en Bogotá. En la entrevista con Villanueva, su Esposa Elvira Beltrán narra lo sucedido:

...llegaron como a la una de la mañana, la policía llegó a investigar en la casa, a mirar qué tenía o quién sabe qué, llegó un teniente con unos detectives; claro como estaban con el cuento de tener a Rojas en las manos, felices, entonces vinieron aquí y se llevaron una cantidad de cosas, de escritos que Álvaro tenía, retratos y todo eso, lo que los trancó a los detectives fue el retrato con la dedicatoria de Ospina Pérez. (p. 17)

Fue precisamente el cuadro de Ospina Pérez, el expresidente conservador que colaboró en montar a Pinilla en el poder, la tabla de salvación para la familia. A Salom lo trasladaron a Bogotá. Allí lo mantuvieron unos días “prisionero” en uno de los casinos²⁷ de la policía y después lo trasladaron a su hogar al darle detención domiciliaria. Unos días después le dieron la libertad por falta de pruebas y la inexistencia de actividades delictivas que lo involucraran en el planeamiento y ejecución de la toma de la base militar. Después de esta bienvenida al régimen del General, Salom fue trasladado a otra área gubernamental completamente distinta a la rama en la que siempre había trabajado. Paso de los tribunales a las estadísticas. No teniendo experiencia alguna con cuadros y gráficas fue nombrado jefe de la división de estadísticas de justicia y salubridad en el DANE (Departamento Nacional de Estadística). Estuvo diez años en este cargo y paso a la Contraloría de Cundinamarca en calidad de jefe de la sección de publicaciones. Gracias a este cargo y su cercanía con el contralor José Anibal Cortéz su primera novela, *Don Simeón Torrente ha dejado de... deber*, pudo ser publicada. La principal motivación para escribir esta novela fue un concurso literario creado por la petrolera ESSO en donde habían participado Gabriel García Márquez y Álvaro Mutis. Salom Becerra envió el escrito al concurso que aunque no ganó (tenía la convicción que había sido un triunfo comprado²⁸) si encantó al contralor. Este puso la historia a máquina de este deudor compulsivo en manos de la imprenta departamental con la orden de publicarla. Así la primera edición de la novela salió del escritorio anónimo de un empleado público a las manos de otros cientos de empleados públicos anónimos.

En este punto de la vida de Salom es importante develar la situación de producción literaria en la capital. Antes de los años cincuenta, la literatura estaba dictada por el régimen de turno. Apenas hacia los años 60's aparecían editoriales de largo tiraje que permitieran una difusión literaria más extensa. Aún en los setentas las casas editoriales colombianas eran bastante escasas. Los autores en esos años tenían gran dificultad en publicar sus trabajos, ya fuera por la precaria situación de la industria editorial²⁹ o por el

²⁷ Este término se emplea aquí para referirse a un comedor o cafetería de alguna institución o empresa

²⁸ En el prólogo de *Al pueblo nunca le toca* Salom Becerra escribe: “Cometí el error de enviar los originales del primero de mis libros a uno de esos concursos literarios en los que se escoge a priori el nombre del ganador y no tengo la prueba legal pero sí la convicción moral de que ni siquiera fueron leídos” (1990a, p.10). En la entrevista con Villanueva, su hija también relata el incidente: “diez días antes de que saliera el fallo, el ganador ya se había proclamado: fue Alberto Duque López con su obra *Mateo el flautista*. Todavía no habían emitido el fallo, pero el señor dijo que él era quien se la había ganado; pues ahí es donde uno dice que aquí todos los concursos son absolutamente comprados.” (en Villanueva, 2014, p. 38)

²⁹ “...los escritores colombianos que emigraron durante los años setentas y ochentas lo hacen principalmente por la dificultad de publicar en un país con escasas oportunidades editoriales y una precaria organización del campo literario” (Suárez León en Guallaván, p. 5)

contenido de sus libros, opuesto a los regímenes de ese momento. Por esas décadas la editorial Oveja Negra fue una de las pocas editoriales independientes en el país que intentó agrupar en un proyecto literario las obras más destacadas de la literatura colombiana, independientemente de su época u origen, a un bajo costo. La principal motivación de la editorial era llevar la cultura literaria más representativa a la clase media a la cual tenían acceso limitado. Con este objetivo en mente la editorial presentó una colección de obras que, aunque criticada por algunos intelectuales, fue una selección incluyente. Este es precisamente el caso de las obras satíricas de Álvaro Salom Becerra (en especial *El Delfín* que desafía, critica y caricaturiza la clase dirigente) las cuales fueron publicadas en la colección al lado de los escritos de López Michelsen (expresidente, hijo de expresidente y representante de las oligarquías que tanto criticó Becerra). Este es uno de los escasos ejemplos de las editoriales dentro de la censura política y social que intentaban democratizar la cultura en cuanto al contenido de las colecciones y de la audiencia a la que se dirigía. Por esa inestabilidad y precariedad de la industria editorial no es difícil imaginarse los altos costos de una publicación, en especial para autores no conocidos quienes debían asumir el importe de las publicaciones. Antonieta Salom comenta que gracias al Fondo de publicaciones de la Contraloría, cuyo objetivo era regalar los libros impresos a los municipios y diferentes dependencias, la primera novela de Salom pudo ser conocida. Las subsecuentes ediciones fueron por cuenta de la Editorial Tercer Mundo editores.

Otro importante evento en esos años fue la explosión literaria del realismo mágico. A raíz del reconocimiento internacional y nacional de la narrativa de Gabriel García Márquez³⁰, la literatura colombiana (e incluso latinoamericana) se vio cobijada por la sombra de Macondo, la cual sin proponérselo marco posturas profundas en los autores de esa época. Unos la abrazaron y se sumergieron hondamente en el modelo³¹; los otros la rechazaron conscientemente y optaron por una narrativa realista y descarnada que mostraba crudamente la violencia y las inequidades de la compleja sociedad colombiana. Los cambios políticos también dieron pie a los intelectuales para ahondar en las tribulaciones de la población. El Frente Nacional trajo reflexiones profundas sobre la ambición de la clase dirigente, representada en la coalición de los dos partidos tradicionales, y las verdaderas necesidades del pueblo. Las principales carencias que venían acumuladas tras años de violencia y abandono salen a relucir con más fuerza. No es de sorprenderse que de ahí en adelante los autores asumieran un tono más realista y

³⁰ Salom Becerra no era adepto de García Márquez. Según su hija, él decía que “para leer a Gabriel García Márquez había que leerlo con un tanque de oxígeno, sobre todo en [el] Otoño del patriarca, donde no había ninguna puntuación” (En Villanueva, 125)

³¹ Para Salom Becerra su narrativa debía encaminarse a un estilo diferente al macondiano: “Él decía que en la época en que él empieza a escribir, todo el mundo estaba hablando de la costa, de Macondo... él trataba de rescatar, con sus libros, a Bogotá del olvido en que se encontraba por parte de los escritores. Pensaba que, a raíz del éxito de Gabriel García Márquez, todo el mundo se hallaba escribiendo algo parecido a lo que este hacía y que su idea era diferente” (Antonieta Salom en Villanueva, 2014, p. 144)

retrataran los avatares de la vida social en sus escritos. La historiadora Patricia Torres Londoño enumera algunos temas recurrentes en los autores de los años setenta y ochenta. La vida en la ciudad, en la familia, en los grupos sociales, entre los adolescentes, en las comunidades revolucionarias y en la resistencia política así como los temas históricos y las situaciones que reflejan la desigualdad e injusticia impregnan en esos años las páginas de los libros (en Villanueva, 2014, p. 32). Justamente en la revisión histórica y la denuncia nace la historia de Simeón. Salom Becerra era un ávido lector que se interesaba principalmente por la historia tanto nacional como universal. En este sentido Salom Becerra estaba dentro de la corriente narrativa de esa época:

Los narradores son también investigadores, periodistas, usan documentos, testimonios, recuerdos, alternan la ficción narrativa con la reconstrucción documental, recrean personajes y hechos, inventan, escudriñan, reflexionan y critican, todo por la fascinación de la historia y la aguda necesidad por entender un poco el presente. (Torres Londoño en Villanueva, 2014, p. 47)

Don Simeón Torrente ha dejado de deber fue muy bien recibida por el público y la crítica capitalinas que veían como la vida insignificante de un deudor se debatía entre el drama de pagar sus deudas y la comicidad de evadirlas. Inclusive algunos fragmentos de las desventuras de Don Simeón están aún en la viva voz de su autor en el archivo de la Radiodifusora Nacional dentro de la series *De Viva Voz*. El éxito de la primera novela de Salom Becerra se podía medir por la publicidad que sus lectores le hacían al libro y por el hecho que los ejemplares se agotaban rápidamente:

Ni se pagó un aviso, ni se hizo propaganda. Simplemente la gente iba preguntarlo: “¿ya leíste este libro?” “No, ¿dónde se consigue?” “No se consigue”. Fue cuando lo llamaron de la editorial [Tercer Mundo] para que hiciera las publicaciones allá. Después de la primera edición a mi papá ya no le cobraban. A partir de la segunda edición que hizo Tercer Mundo (y tercera del libro) ya mi papá no tenía que pagar un sólo peso por las ediciones, por la impresión y le daban un porcentaje de las ventas, los derechos de autor [...] pues a partir de la segunda edición, tan pronto salía cada edición, tenía mi papá que permanecer 3 o 4 días firmando autógrafos, porque se agotaban las ediciones” (Antonieta Salom en Villanueva, 2014, p. 34)

Entre tanto, la crítica resaltó la brillantez y pertinencia de su sátira. Rodríguez Garavito (1969) en su reseña sobre este libro en el Boletín Cultural y Bibliográfico³² afirma que este escrito es “uno de los más impresionantes documentos humanos de que tenemos noticia en la bibliografía colombiana” (p. 59) y después añade:

Salom Becerra ha descubierto un mundo de oprobio. Porque no solamente va despellejando, minuto a minuto, a su personaje, sino que su libro resulta un tratado de moral [...] este libro en el cual el humorismo y el dolor se unen para entregarnos un cuadro macilento, lívido, que deben conocer todos los colombianos, ya que en cierta forma es nuestra atmósfera humana (p. 60).

El poeta colombiano Oscar Echeverri Mejía en *La vida en solfa. Un héroe con sentido del deber*, artículo publicado en la revista Cromos de 1970, escribe: “Reír, sonreír, recordar, añorar y a veces hasta ocultar

³² “El Boletín Cultural y Bibliográfico es la publicación oficial de la Biblioteca Luis Ángel Arango. Es de carácter monográfico, con periodicidad semestral, y busca divulgar investigación académica sobre temas colombianos”. (Tomado de: <http://www.banrepcultural.org/boletin-cultural/acerca>)

una lágrima, todo esto lo consigue Salom Becerra con las páginas –castizamente escritas– de la autobiográfica biografía de Simeón” (en Villanueva, 2014, p. 37). Incluso Hernando Giraldo³³, quien más adelante lo criticaría fieramente y le reclamaría por su segunda novela, también cayó en la tentación de leer esta primera entrega. El hijo menor de Salom Becerra comenta que el comediante mejicano “Cantinflas” estuvo interesado en hacer una película de la vida de don Simeon pero los problemas empezaron a surgir por la adaptación: “pues resulta que Don Simeón es absolutamente local como todas las novelas de mi papá. Evidentemente costumbristas y centradas en Santafé de Bogotá.” (Ibidem, p. 130)

Después de su primera novela paso algún tiempo sin escribir. Trabajó tres años en la contraloría, tiempo después del cual lo trasladaron a la división de certificaciones de la Oficina de Registro de Instrumentos Públicos y Privados. Según Hernando Giraldo, quien comenta en forma satírica e irónica, Alvaro Salom Becerra, “...luego de un año de hablar por teléfono, de tomar tinto y de leer periódicos, alcanzó la gracia suprema de la jubilación, gloriosa felicidad a que tienen derecho todos los funcionarios públicos, luego de veinte dichosos años de leer prensa, de hablar por teléfono y de tomar tinto.”(en Villanueva, 2014, p. 19).

Desde el momento de su jubilación hasta 1982, año en el que fue nombrado secretario de la embajada de Colombia en España, se dedicó de lleno a escribir. Esa pasión por la literatura que lo había acompañado desde la niñez y había dado un pequeño fruto en la historia de Simeón, pasó a ocupar buena parte de su tiempo. Así fue que cuatro años después de su primera novela publicó en la misma casa editora, Tercer mundo, su segunda novela *El Delfín*. Su público se mantuvo fiel (esta novela también tuvo varias ediciones) pero la crítica cayó su juicio y lo ignoró completamente. Nada quedó de las alabanzas que le hacían anteriormente. Sin embargo, los comentarios negativos de algunos intelectuales no demoraron en aparecer. Hernando Giraldo comentó desdeñosamente de esta novela³⁴:

¿Por qué entonces se le ocurre escribir un libro tan sin pies ni cabeza, como es “El Delfín”, que dizque ya anda por la segunda edición, pese a que la primera salió hace apenas dos meses? O a Salom se le subieron los humos a la cabeza, con la fama que le dio “Don Simeón Torrente ha dejado de deber”, o tenía represados incontables resentimientos a los cuales tenía que dar cauce en un libro tan amargado y tan aburrido como “El Delfín”. No sirve como panfleto contra las clases dirigentes, a las cuales cree castigar Salom, porque como es tan exagerado e hiperbólico, a las veinte páginas el más tonto se da cuenta de que el autor perdió el tiempo. Y tampoco es caricatura que sirve para colocar en picota de escarnio a esas clases dirigentes, porque la verdadera caricatura ha de herir con ironía. Y la ironía es desprecio, pero mezclado con humor.” (en Villanueva, 2014, p. 39-40)

³³ En ese tiempo Giraldo era uno de los columnistas más destacados en el País. Su columna en el diario “El Espectador” era bastante leída a nivel nacional. Durante la época de oro del diario “Uno de los principales protagonistas de este periodismo aguerrido y justiciero, donde los hechos se denunciaban con absoluta precisión y alto profesionalismo, fue Hernando Giraldo, considerado por muchos el mejor periodista de opinión pública.” (Tomado de: <https://www.elspectador.com/opinion/carta-de-hernando-giraldo>).

³⁴ Este comentario no es sorpresa. Ya Giraldo había dejado ver su poco afecto por Salom Becerra cuando salió su primera novela: “Te conocía de lectura y de vista. Había leído algunos artículos tuyos en “El Siglo”, por lo que me parecías un godo aburrido. Y te había visto algunas veces en la calle con ese caminado de pavo real que te gastás, no sé yo si porque te sentías pobre pero decente, y eso aumentaba cierto desdén que experimentaba ante tu engreimiento y tu godarria.” (en Villanueva, 2014, p. 34)

Salom Becerra en su defensa arguyó que el silencio de la crítica y los malos comentarios se debían al personaje caricaturizado en esta novela. En la anterior Simeon representaba el pobre peón en la escala más baja de la sociedad, un sin nadie de quien es permitido burlarse; en cambio Julián Arzayúz es el prototipo de los poderosos, de los intocables. El autor admite que es hiperbólico en algunos pasajes pero siente que esa es precisamente la idea de la caricatura. Finalmente dice: “En el país existe una gran farsa social y política, en virtud de la cual se nos presentan como "genios" a personajillos que a duras penas saben leer y escribir, y como hombres de acrisoladas virtudes, a individuos para quienes ni la ley ni la moral tienen vigencia.” (en Villanueva, 2014, p. 40)

A pesar de la dura crítica de Giraldo y el silencio de los demás críticos, el público continuo leyendo sus dos novelas. Las ediciones se acababan rápidamente y aparecían otras. Fue en 1975 cuando escribió su tercera novela, la cual alcanzo el mismo sino más éxito que la del hombre más perseguido por los acreedores, Don Simeón. Si bien su primera novela tiene toques biográficos, *Un tal Bernabé Bernal* es la viva encarnación de muchos pasajes de la vida burocrática del autor. El mismo autor decía identificarse con Bernabé: “Así como Flaubert afirmó que Madam Bovary era él mismo, yo os digo hermanos míos: Bernabé Bernal y yo somos uno solo.” (en Mejía Duque, 1988, p.32). La motivación principal para escribir esta historia, según su hija, nace del abuso presupuestal y burocrático que debía presenciar Salom Becerra todos los días durante su labor como funcionario público en el tiempo que los funcionarios se nombraban por recomendación o a dedo³⁵, la carrera administrativa o judicial no existía (o por lo menos no estaba clara) y los organismos de control estatales eran débiles:

Mi papá siempre decía que eso le parecía espantoso, que los funcionarios públicos llegaban a las entidades a hacer malabares, a enriquecerse, utilizaban los carros oficiales para llevar a sus señoras al juego, para llevar a los niños al colegio, mientras que la gente tenía que pagar impuestos para pagar las gasolinas de los funcionarios. (en Villanueva, 2014, p. 41)

Esta novela fue adaptada para la televisión nacional por Caracol Televisión en 1977 y estuvo rondando en algunos teatros de la capital. Tanto fue su éxito que este antihéroe noble continuó narrando su martirio como sexagenario retirado a través de la pluma de Salom Becerra en las “Memorias de Bernabé Bernal” publicadas en la revista Nueva Frontera entre 1976 y 1977. Dos años después de que los lectores conocieran la pusilánime vida de Bernabé Bernal, su interlocutor, Salom Becerra, fue invitado por el diario *El Tiempo* a colaborar en la revista Carrusel, la cual se iba lanzar pronto. En la revista Carrusel Salom Becerra bautizo su sección con el título “la Epistola de Salom”. Sus opiniones en forma de cartas a las lectoras (Carrusel estaba dirigida a las amas de casa) pronto le ganaron su inmenso disgusto. Y no era para menos. La temática de la primera Epístola es muy reveladora: “En donde el hombre pide la piedad de las mujeres”. Al igual que en su primer y tercer libro Salom opinaba que los hombres son pastores mansos

³⁵ También conocido popularmente como dedocracia, en el cual los nombramientos se hacen sin ningún tipo de mérito sólo por favoritismo y afiliación política o social.

a merced de la crueldad femenina. Evidentemente esto le trajo muchas enemigas entre el público lector que escribían quejas a la directora de la revista. Una de esas cartas fue publicada a petición del mismo Salom Becerra. Doña Graciela Mateus de Triviño reclamaba: “Es el colmo, no hay derecho a que en una revista dedicada a las mujeres pongan a un señor (que de señor tiene muy poco) a que nos insulte y ofenda. [...] Pero sí les aconsejo que, en adelante, busquen como colaboradores a caballeros, que todavía los hay, y no guaches de mala clase.” (en Villanueva, 2014, p. 150).

En el periódico reemplazo la columna de Lucas Caballero Calderón, “Klim”³⁶, por “Opiniones de un tipo cualquiera”. En esta columna Salom Becerra pretendía escribir abierta y francamente sobre los principales acontecimientos del país. Sin embargo su crítica y opiniones mordaces solo duraron dos años. Salom Becerra repetiría el mismo camino que su antecesor, “Klim”. Las directivas de *El Tiempo* le exigieron “moderar” (es decir, acabar) con las críticas hacia el próximo presidente Julio César Turbay Ayala. Salom Becerra prefirió renunciar forzosamente (es decir, lo despidieron con la voluntad del empleado) antes de perder su libertad de opinión. En la carta dirigida al subdirector de ese entonces, Hernando Santos Castillo, Salom Becerra le recrimina:

“El “¡topen! ¡topen!” no puede ser la consigna de ningún periódico que aspire a orientar lealmente a una nación. Todo diario, por apasionado y ardiente que sea su amor a los mandatarios de turno, debe tolerar que algunos columnistas suyos le sirvan a la opinión de válvula de escape. [...] Cerrar esas válvulas parece ser, desgraciadamente la política de EL TIEMPO. Antier se le impuso silencio a Lucas Caballero Calderón, ayer a Álvaro García Herrera, hoy se me impone a mí. ¿Se le impondrá mañana a Luis Carlos Galán?³⁷” (en Villanueva, 2014p. 155)

Mientras su colaboración en *El Tiempo* terminaba en dolorosos términos, su cuarta y última novela fue publicada. *Al pueblo nunca le toca* retrataba la vida de dos apasionados enemigos unidos incondicionalmente por una profunda amistad. Esta antitética pareja fue el reflejo de uno de los binomios más antiguos del país: Los godos conservadores y los cachiporros liberales. Su creador continuó colaborando con algunos periódicos de provincia. También escribió una obra teatral llamada *Un noviazgo en 1920, Un ocaso en el cenit: Gilberto Alzate Avendaño*, un ensayo sobre el héroe de la Independencia Atanasio Girardot y algunos otros libretos cómicos³⁸.

Debido a la estrecha relación que guardaba con la casa editorial Tercer mundo editores, la cual publicó toda la obra de Salom Becerra en continuas ediciones, conoció de cerca a uno de sus fundadores, Belisario

³⁶ Villanueva asegura que los directores del periódico despidieron a Klim por sus constantes críticas al gobierno de López Michelsen. En la revista *Semana* en su artículo “Klim, el caballero de la sátira” del 8 de Marzo de 2013 asegura que Klim renunció porque las directivas le pidieron moderación con las críticas al gobierno. Bien haya sido un despido, o bien una renuncia, Salom Becerra terminaría en el mismo camino.

³⁷ Y como si lo hubiera profetizado, Luis Carlos Galán Sarmiento fue acallado por la bala asesina de uno de los sicarios de Pablo Escobar (en complicidad con políticos y militares) en plena campaña presidencial dos años después de la muerte de Salom Becerra.

³⁸ El destino de estos libretos eran los café concierto, en especial “la gata caliente” dirigida por la actriz y empresaria Fanny Mickey (Villanueva, 2014, p. 45)

Betancur Cuartas, quien a la postre lo nombró secretario de la embajada colombiana en España. De acuerdo a su hija Antonieta, el mandatario quería enviarlo en primera instancia a Alemania, a lo que Salom respondió: “no, no, no. A estas alturas de la vida qué me voy a poner a aprender alemán. No, mándeme para España” (en Villanueva, 2014, p. 19). Y razones de sobra tenía para apelar su caso. Álvaro Salom Becerra era un enamorado de España, su cultura y literatura. Su hija comenta:

A él toda la cultura de España lo obsesionaba: la zarzuela, los clásicos españoles, y no solamente los clásicos, sino la Generación del 98, toda la historia de la Guerra civil española, para él todo lo que tuviera que ver con España era obsesión. La música española lo chiflaba, la zarzuela ni se diga [...] sí para él eso era importantísimo; de hecho, mi papá tenía una biblioteca donde lo máspreciado para él eran los clásicos, y la literatura española, la adoraba.” (Ibidem, p. 125).

Durante su estadía en España empezó a escribir una novela que nunca terminó: *El gran Lagarto*. Tanto Mejía Duque (1988) como Rodrigo Salom, hijo menor de Salom Becerra, recuerdan esta última novela. El primero en su artículo “Recordando a Álvaro Salom Becerra” cuando dice:

...se preparaba a disfrutar por fin del sosiego y la comodidad suficientes con su jubilación reajustada y el trabajo próximo a terminar en su nueva novela, *El Gran Lagarto* (...) sobre los medios políticos y burocráticos, y cuya redacción comenzó en Madrid, es su quinta novela. Suponemos que le faltaba ya muy poco para concluirla” (p. 32)

El segundo en la entrevista con Villanueva declara que los originales se perdieron en la Editorial cuando quebró: “Eso al final como que se los vino a quedar este tipo, Santiago Pombo, y después de muchos años se decía que una de las cosas que había ayudado a que Tercer Mundo se viniera a pique fue la estadía de este señor...” (en Villanueva, 2014, p. 142).

Vivió en España cinco años hasta que una bronconeumonía lo obligó a retornar al país en octubre de 1987. A los 65 años y sin poder recuperarse, luego de tres meses en su amada Bogotá, murió en la clínica de la caja Nacional de previsión de Bogotá y fue sepultado en el cementerio Jardines de Paz en el norte de la capital.

3. Capítulo 3: La teoría: Concepto y características de la sátira y de la picaresca

Las novelas de Alvaro Salom Becerra despliegan una mordaz crítica sociopolítica a través del recuento satírico de la vida de singulares personajes que presentan características distintivas del “pícaro”. Por tal motivo, un breve resumen de la noción y características tanto de la sátira como de la picaresca será fundamental para crear el marco teórico básico que permita analizar posteriormente sus novelas.

3.1. La sátira y su compleja definición

Las primeras formas satíricas se remontan al teatro griego y su posterior influencia en la literatura romana. Dentro de esta herencia helénica y latina se pueden apreciar dos funciones en los textos satíricos (Condren 2003, p. 382): la función punitiva (o crítica) y la función persuasiva. La primera se relaciona con las sanciones punibles (o que deberían serlo) a ciertas conductas que se establecen a través de la crítica. La segunda está vinculada con la retórica o habilidad en el uso del lenguaje con la finalidad de convencer. Ambas dependen de las preconcepciones, las percepciones y los prejuicios que el autor satírico comparta con la audiencia. Sin este conjunto de creencias colectivas, la crítica podría no ser entendida (o ignorada) y, por tanto, el efecto persuasivo no llegaría a su objetivo. Sin embargo, estas funciones no son exclusivas de la sátira, y por tanto se debe recurrir a otros elementos para definirla.

La definición de sátira siempre ha sido un tema controversial. A través de los años las formas satíricas han cambiado y no solamente se han restringido a la literatura o a la forma escrita. La tradición satírica en el periodo greco-romano con Menippus y Varro tiene diferentes elementos que la sátira ilustrativa (caricaturas y demás ilustraciones humorísticas) del siglo XVIII. De manera similar el lenguaje satírico varía de acuerdo con las categorías éticas basadas en estándares morales (lo que la sociedad acepta como bueno/malo, correcto/incorrecto, racional/estúpido, admirable/despreciable, etc.) que van cambiando a través del tiempo y de una sociedad a otra (Condren, 2012, p. 391). Esto ha llevado a que no exista un claro consenso en la definición de sátira y tampoco si se podría considerar un género literario. Mientras algunos académicos aceptan que el termino de sátira abarca un territorio muy amplio e incluso se puede encontrar en emisiones comunicativas casuales en la vida ordinaria (Hendrickson, 1927 en Simpson 2003 p. 50), otros prefieren limitar el alcance de la sátira al perímetro de la literatura y apuntan que las técnicas satíricas dependen del estilo y forma literaria para hacer el mensaje (contenido) comprensible (Worcester 1940 en Simpson 2003 p. 50). Dentro del campo literario también se ha reflexionado sobre las condiciones que propician los textos satíricos. W. H. Auden (1962, p.385) propone que la sátira surge en tiempos de calma y estabilidad dentro de sociedades homogéneas con una misma concepción moral³⁹. Por el

³⁹ Auden explica que la sátira se debe dar en una sociedad de moral homogénea “where satirist and audience share the same views as to how normal people can be expected to behave” (p. 385) y en tiempos de calma y estabilidad porque en tiempos de graves estragos y padecimientos “the evils and sufferings are so serious that satire seems trivial and the only possible kind of attack is prophetic denunciation.” (Ibidem)

contrario, Elliot (1971) and Paulson (1971) observan que los periodos de mayor represión, intimidación y desasosiego son precisamente el mayor detonante para la crítica satírica (en Simpson 2003, p.50).

A la luz de la problemática que genera la delimitación de la sátira, Condren (2012) acepta que el potencial de los elementos satíricos puede ser bastante amplio infiltrándose en otros tipos de textos y, de esta manera, sea imposible establecer algún tipo de definición o, en favor de una clara definición, ser excluyente. Este último punto se ve evidenciado en la actualidad donde los textos satíricos se pueden encontrar en la publicidad, las artes visuales o programas televisivos y radiales. A pesar de ello Condren ofrece una aproximación a la definición de sátira, la cual no es de ninguna manera definitiva: “the critical impulse manifesting itself in some degree of denigration, almost invariably through attempted humour” (p.392). En esta definición se pueden reconocer algunos elementos básicos de la sátira: la crítica a través del vituperio, el humor y, el resultado de la combinación de los dos anteriores, el entretenimiento.

De lo anterior uno de los componentes más importantes de la sátira para realizar su objetivo crítico es el humor, el cual puede ser transmitido a través de la ironía dirigida a un distintivo “objeto” bajo ataque, la parodia, el ridículo u otra forma humorística. La ironía está ligada a una relación de contraste, o más exactamente a la inversión de lo que se afirma. El diccionario Oxford de términos literarios de Baldick en la version online define la ironía como “A subtly humorous perception of inconsistency, in which an apparently straightforward statement or event is undermined by its context so as to give it a very different significance”. Esta definición deja entre ver la importancia del juego contextual para el efecto irónico. Claire Colebrook (2000) en su artículo *The meaning of irony* destaca la importancia del contexto del que se toma la afirmación y su transformnación semántica: “Irony would then be a way of speaking which depends upon ordinary meaning and its contextual recognition, and the possibility that this meaning might be relocated in another context which establishes the ironic meaning.” (p. 8). La parodia está más ligada al ridículo. Aunque el diccionario Oxford de términos literarios la delimita al ámbito estilístico como “A mocking imitation of the style of a literary work or works, ridiculing the stylistic habits of an author or school by exaggerated mimicry”, el académico Simon Dentith afirma que el efecto paródico se expande a la vida cotidiana: “you will hear a multitude of parodies, as accents are mocked, oral styles from the television are attempted, fashionable phrases are tried on or discarded, so that each of a whole panoply of verbal and cultural styles is in turn derided or assumed.” (p.2). De acuerdo a las consideraciones de Colebrook y Dentith, tanto como la ironía como la parodia son determinadas por la convencionalidad de una determinada comunidad para poder ser detectadas y entendidas. Es decir, cualquier texto que haga uso de la parodia y la ironía, como el texto satírico y humorístico, implica una determinada audiencia a la cual se dirige y de esta manera su contenido cumpla los propósitos para los que fueron diseñados. En este sentido es necesario abordar más detalladamente el humor y la audiencia para lograr un mejor entendimiento de los mecanismos y componentes que articulan el arte satírico.

3.1.1. El Humor y sus elementos básicos

En la teoría de SSTH (Semantic Script Theory of Humour) se pueden observar algunos elementos básicos que pueden ser útiles a la hora de analizar la construcción del ridículo y el humor en la sátira. La hipótesis central de esta teoría establece que el texto humorístico debe ser compatible completa o parcialmente con dos “scripts” diferentes, los cuales están en una relación de oposición. De acuerdo con Victor Raskin (1979, p. 329), los “scripts” son estructuras cognitivas que reflejan un específico sentido común en la mente del hablante. Estas estructuras presuponen un conocimiento pre-existente de rutinas, procesos, creencias, situaciones, etc. estandarizadas y reconocidas tanto por el emisor como por el receptor (en forma verbal o escrita) que llevan a crear ciertas expectativas sobre el desencadenamiento del mismo “script”. Sin embargo, estas estructuras no son estáticas. Se dinamizan o modifican a medida que el sujeto adquiere experiencias y se desarrolla.

Simpson (2003, p.32) refiere los tres subtipos de relación antitética entre los “scripts” que subyace en el texto humorístico propuesta por Raskin (1985 p. 126) en *Semantic Mechanisms of Humor*: la oposición puede ser de a) una situación que realmente ocurre con una que no; b) una situación que cumple con las expectativas esperadas con otra que no; y c) una situación que es plausible con otra completa o parcialmente imposible.

Igualmente, Simpson (2003, p.32) ejemplifica estos subtipos con textos humorísticos tomados de Raskin (1985, p.25):

- a) ‘The archdeacon has got back from London, and confides to his friend the doctor, “Like Saint Peter, I toiled all night. Let us hope that like Saint Peter I caught nothing” en donde el diacono deja entrever su real conducta lasciva utilizando un evento que no ocurre: trabajar activamente y **honestamente** como San Pedro pero no “pescar” nada. En este caso “pescar” (o coger) está relacionado con enfermedades venéreas.
- b) ““Who was that gentleman I saw you with last night?” “That was no gentleman. That was a senator” que parte de la suposición (expectativa) de que un senador debería ser un personaje **íntegro** (parte de ser caballero de acuerdo con la ética de cierto periodo o sociedad).
- c) ‘Nurse: That’s a pretty bad cold you have sir. What are you taking for it? [Jewish] patient: Make me an offer! en la cual una situación de enfermedad (plausible) se transforma en una venta (la imposibilidad de vender una enfermedad). Además de hacer hincapié en el estereotipo del comerciante judío.

Además de caracterizar el texto humorístico dentro de estos subtipos, Simpson (2003) sugiere (a partir del análisis del “temporal” script, identificado por Raskin) que estas estructuras y su oposición parecen estar sujetas a un determinado discurso en un cierto tiempo y espacio: ‘... “oppositions” are activated in the

first instance in discourse units. Moreover, the conceptual domains signalled by these discourse units may very well be compatible combinations in some discourse contexts, but incompatible in others.’ (p.36). Por tanto, las oposiciones que marcan el texto humorístico están ligadas a ciertos contextos discursivos dentro de una cultura, sociedad y época específicas. Esta condición sumada a la pertinencia y conocimiento del contexto discursivo para y de los hablantes es necesaria para validar el contenido humorístico del texto. En algunos géneros, especialmente en la comedia (a diferencia de la tragedia)⁴⁰, se deben compartir las mismas presuposiciones (además del conocimiento cultural del momento histórico) para que el elemento que se ridiculiza pueda ser entendido. En los anteriores ejemplos citados se puede observar como (b) basa el efecto cómico en el presupuesto ético de integridad, respetabilidad y honorabilidad que debería tener un representante del gobierno (senador), los cuales, de acuerdo a la realidad y consciencia popular de determinada época y sociedad (ej.: escándalos de corrupción en Latinoamérica), no se cumplen. De esta manera, el texto humorístico introduce un “script” opuesto (tal vez incoherente) a la expectativa fijada dentro del sentido común pero no incompatible con la realidad que se ridiculiza.

Si determinados textos humorísticos (generalmente satíricos) dejan entrever un sistema ético y una transgresión a este, es necesario que el receptor del texto no solo identifique el conjunto de normas morales y los mecanismos que generan el ridículo sino que sea sensible al efecto humorístico, es decir, que reconozca la escena como cómica. En este sentido Northrop Frye (1957) sostiene que el humor (como crítica) está basado en la convencionalidad: “All humor demands agreement that certain things, such as a picture of a wife beating her husband in a comic strip, are conventionally funny” (p.225).

3.1.2. La ironía y el “objeto” bajo ataque

La ironía es una de las herramientas principales para construir un texto satírico. Frye (1957) afirma que la sátira es una versión de ironía militante (militant irony) que contiene un componente fantástico reconocible en lo grotesco y lo absurdo, el cual es establecido con relación a estándares morales en menor o mayor medida patentes (o al menos identificables) dentro del contexto satírico (p. 223). Ya en esta caracterización se puede distinguir una de las dos partes esenciales que Frye identifica en la sátira: el ingenio humorístico fundamentado en la fantasía o lo grotesco y absurdo. El otro componente es el objeto que se ridiculiza u objeto bajo ataque, es decir, la contraposición al mundo fantástico o grotesco (Frye 1957, p.224). Para Frye el ataque se considera eficaz cuando se llega a un nivel impersonal donde el atacante (entidad satírica) está, al menos implícitamente, sujeto a un estándar moral (Frye 1957, p.225). Siguiendo una línea similar, Auden (1985) afirma que el objeto bajo el ataque del discurso satírico puede

⁴⁰ Al parecer la tragedia contiene elementos básicos universales que permiten reconocer la tribulación, la pena, la angustia y el sufrimiento en la desdicha que se narra en una obra trágica independientemente de la época, cultura o conocimiento del contexto discursivo: “We understand the drama of the protagonist of Rashomon ,but we don’t understand when and why the Japanese laugh. It is an effort to find Aristophanes comic, and it takes more culture to laugh at [sic] Rabelais than it does to weep at the death of the paladin Orlando. (Umberto Eco citado en Simpson 2003, p.47)

ser tanto un individuo en estado de locura que transgrede las leyes morales pero no llega a ser de naturaleza puramente perversa, ya que no posee un sano juicio que le indique su falta; como un individuo esencialmente inmoral quien aun siendo consciente de su conducta desvergonzada no siente culpa alguna (p. 384-385). Sin embargo, Simpson (2003) anota que el blanco de la crítica satírica depende en mayor medida de las preferencias de los autores satíricos⁴¹. Más específicamente, Simpson propone cuatro tipos de blanco de la sátira, los cuales se interconectan y yuxtaponen entre sí. El primero está relacionado con una acción particular o evento específico en un escenario público. Simpson llama a este primer tipo “episódico” (“episodic”). El segundo tipo de blanco satírico es el “personal” o relativo a un individuo (“personal target”). En este tipo el aparente objeto bajo ataque es un individuo en particular pero en un análisis más profundo es una proyección de algún aspecto (o conjunto de aspectos) de un comportamiento humano estereotípico o arquetípico. El tercer tipo está asociado con la experiencia y aspectos más estables de la condición humana. Finalmente, el cuarto y último tipo, según Simpson, es el blanco textual (“textual target”), el cual se enfoca en el código lingüístico. Claramente, varios tipos de blanco satírico se pueden encontrar en un solo texto. Su inclusión y relevancia en el texto dependen del balance entre ellos y el énfasis que se hace en cada uno: “while the principal impetus may, for example, be from one particular subtype, the flexibility of the concept of target is such that this can be expanded outwards to cover the other three.” (Simpson 2003, p. 71)

3.1.3. La audiencia de la sátira

El arte satírico como muchos textos humorísticos es generalmente de carácter restrictivo. Esto quiere decir que los temas, las alusiones, las intertextualidad y las expresiones irónicas están basados en un aspecto o circunstancia particular, en un contexto específico propio de una comunidad determinada. Como se ha explicado anteriormente, el receptor de la sátira debe conocer el mismo trasfondo (político, cultural, social, etc.) que se quiere atacar, criticar o ridiculizar por medio del discurso satírico. De otra manera el efecto satírico no cumpliría su objetivo. Por tal motivo es importante definir el tipo de comunidad para la cual se escribe la sátira. Simpson se basa en la tipología expuesta por Amy Carrell (1997, p. 12-13) para explicar el origen de este tipo de comunidad (en inglés: “humor community”). Este tipo de comunidad está formada por dos comunidades discursivas que interactúan entre sí: una local que se demarca demográficamente, es decir, está restringida a una locación física específica; y otra global que se caracteriza por una misma filiación político-social y filosófico-conceptual, la cual se mantiene gracias a prácticas discursivas ampliamente conocidas como la publicidad y el uso de los medios de comunicación (Simpson 2003, p.59). Lo que Simpson quiere resaltar a través de esta tipología es el hecho que las comunidades para la cuales se escribe un determinado texto satírico se definen bajo conceptos abstractos

⁴¹ Simpson (2003) toma como ejemplo dos grandes autores satíricos de la literatura inglesa: “Pope’s attacks could be said to be orientated more to individuals, while Swift’s to more generalized systems of social conduct” (p.54).

en continuo movimiento y, por tanto, no sólo forman un compendio de similares tipos de audiencias sino también sufren cambios diacrónicamente (p.59). Por ese motivo, Carrell (1997, p.19) observa que estas audiencias tienen un carácter temporal y están sujetas a la vigencia del discurso satírico bien sea para expandirse y perdurar o bien para disolverse y caducar. Si se toma como ejemplo los relatos de *Gargantua y Pantagruel* de Rabelais o el ensayo satírico *A modest proposal for preventing the children of poor people in Ireland, from being a burden on their parents or country, and for making them beneficial to the publick* de Swift el efecto satírico y la reacción de la audiencia a la crítica que subyace en el texto no es la misma en la actualidad que en el siglo XVI o siglo XVIII respectivamente. De la misma manera, sincrónicamente las audiencias en una determinada locación demográfica y circunstancias sociales logran apreciar y comprender la relevancia y pertinencia de un determinado texto satírico mientras que otras comunidades ni siquiera reconocen el mínimo indicio de sarcasmo en el mismo texto.⁴² En general, la crítica satírica se basa en estándares morales y contextos socio-históricos específicos, estos son susceptibles de ser reinterpretados o percibidos desde otra óptica en una época o un tiempo posteriores (o paralelos) al sumarse a su análisis nuevas corrientes de pensamiento y/o determinantes hechos históricos y socioeconómicos.

A parte de los mecanismos ya expuestos que son comunes en los textos satíricos, la sátira se compone de “fases” (como las reconoce Frye) que ayudan a categorizar los diferentes tipos de sátira.

3.1.4. Las fases de la sátira y su categorización

Frye propone tres fases en la sátira que corresponden a las tres primeras fases irónicas de la comedia. La primera fase corresponde a un tipo de sátira que presenta un mundo anómalo, estúpido, pérfido, injusto y con bajos estándares morales pero, aún así, incontrovertible y permanente. Este mundo, basado en la convención, no cuestiona su lógica y sólo continua perpetuando los mismos procedimientos a través del día a día para mantener el equilibrio: “Its principle is that anyone who wishes to keep his balance in such a world must learn first of all to keep his eyes open and his mouth shut.” (Frye 1957, p. 226). En este tipo de sátira el ataque o crítica se puede explicar, en un principio, en analogía con la tensión entre dos personajes típicos en la comedia griega. La crítica satírica se estructura alrededor de la contraposición entre el *eirôn* (εἰρων) que es representado por un individuo común, simple, inadvertido (el convencional “perdedor”) y el *alazôn* (ἀλαζών) que más que un determinado individuo encarna el vicio en una organización o grupo con prestigio y poder dentro de la sociedad (Frye 1957, pp. 1972-1973). Es esta organización la que le confiere al *alazôn* la protección necesaria para transformarse en Goliath. En consecuencia, la sátira ataca la malicia del individuo que al verse favorecido por su posición se aprovecha de ella.

⁴² Simpson (2003, p. 60) indica que Maynard Mack (1951) en *The Muse of Satire* utiliza la expresión “the rhetorically innocent” para denominar el tipo de audiencias que por su falta de conocimiento sobre las referencias (culturales, políticas, etc.) en las que se basa una determinada crítica satírica son excluidas de aquellas audiencias capaces de reconocer el significado satírico.

En la segunda fase (o como Frye la llama: la parte quijotesca de la sátira), encontramos la puesta en escena del ideal dogmático y filosófico en discrepancia con la vida práctica que trata de explicar. El mejor ejemplo de esta fase es la sátira menipea, de la cual se hablará con más detalle más adelante. En esta fase la sátira intenta exponer la paradoja entre los estándares fijados y su verdadera aplicabilidad en la experiencia diaria. En otras palabras, la sátira está enfocada principalmente en la crítica hacia las concepciones filosóficas e intelectuales y los sistemas basados en ellas, además de resaltar los efectos (muchas veces contradictorios) causados por estos en la sociedad. Frye expone ejemplos como “Utopía” de Tomás Moro y la tierra de los Houyhnhnms en “los viajes de Gulliver” donde la sociedad que se representa es la contraparte (o el reverso) de los estándares sociales en una determinada comunidad. De esta manera, la sátira se muestra como un proceso analítico y reflexivo que busca hacer evidente lo absurdo dentro del sistema social bajo el ataque satírico y romper con esquemas preconcebidos: “breaking up the lumber of stereotypes, fossilized beliefs, superstitious terrors, crank theories, pedantic dogmatisms, oppressive fashions, and all other things that impede the free movement (not necessarily, of course, the progress) of society.” (Frye 1957, p. 233)

La tercera fase satírica también sigue la línea de contraposición pero, a diferencia de la segunda fase, inclusive el sentido común y el juicio general se deben suspender. De acuerdo con Frye, solo basta un cambio anómalo de perspectiva para crear una versión ridícula y excéntrica de la sociedad. Animales personificados que comentan sobre la ordinareza humana o la perspectiva del mundo desde una trasero parlanchin rompen paradigmas que se creían inamovibles (Frye 2003). Una vez más Swift (1726) sale a relucir con una inusual perspectiva de la humanidad retratada como “diminutive mortals” (Swift 1994, p. 16) alrededor del monumental cuerpo de Gulliver en Liliput, o descrita como una forma monstruosa de fluidos y aperturas corporales comparada con la minúscula figura del protagonista en Brobdingnag: “For the Queen ... took up at one mouthful as much as dozen English farmers could eat at a meal, which to me was for some time a very nauseous sight” (Swift 1994, p. 109). Este cambio en la perspectiva de su condición humana lleva al protagonista a reflexionar sobre su propia fragilidad: “I reflected what a mortification it must prove to me to appear as inconsiderable in this nation as one single Liliputian would be among us [...] for as human creatures are observed to be more savage and cruel in proportion to their bulk, what could I expect but to be a morsel in the mouth of the first among these enorm barbarians that should happen to seize me?” (Swift 1994, p. 87). Además de exponer la debilidad y precariedad humanas, la inusitada visión de la humanidad en *Los viajes de Gulliver* pretende hacer una cruda sátira social ejemplarizada en la representación de una comunidad “under continual disquietudes, never enjoining a minute’s peace of mind; and their disturbances proceed from causes which very little affect the rest of the mortals” (Swift 1994, p.177) en Laputa y la figura humana salvaje de los Yahoos en el país de los

Houyhnhnms: “TheYahoos were the most filthy, noisome and deformed animal which nature ever produced, so they were the most restive and indocible, mischievous and malicious” (Swift 1994, p.299).

Como ya había mencionado Frye, la sátira menipea es aquella que pone en duda por medio de la crítica los fundamentos de determinadas concepciones filosóficas e ideologías, las cuales se extienden a determinados sistemas políticos económicos y sociales que rigen una determinada comunidad. Es por eso que la sátira menipea tiene especial relevancia en las narrativas satíricas, como los de Alvaro Salom Becerra, que intenta exponer la falsedad del sistema y las instituciones montadas por los discursos de poder.

3.1.5. La Sátira Menipea

La sátira menipea toma su nombre del filósofo griego Menippos de Gadera, quien hacía parte de la escuela cínica⁴³ griega cuyo radical escepticismo a todo orden cognoscitivo llevaba a sus miembros a criticar radicalmente las ideas filosóficas de su tiempo. La obra de Menippos sobrevive en los textos de Lucian de Samosata y Varro. En sus obras estos autores dejan entrever la brutal honestidad o parresia del estilo humorístico menipeo que, según Condren (2003), puede estar patente en forma de parodia o latente a través de la ironía (p.383).

El académico ruso Mikhail Bakhtin, al igual que Northrop Frye, ha dedicado cierta parte de sus escritos al análisis de la sátira menipea. En primera instancia Bakhtin (1984) considera que la sátira menipea pertenece a la literatura serio-cómica que a su vez se relaciona con la literatura carnalesca proveniente de la cultura y el folclor carnalesco. Para Bakhtin el carnaval es una forma de trasgresión e inversión, de ruptura con lo convencional y su posterior transformación. Por tal motivo, los géneros vinculados a la literatura serio-cómica (y por ende la sátira menipea) contravienen los estándares clásicos literarios. Al analizar las obras de Dostoevsky y otros textos medievales y del principio de la edad moderna, Bakhtin reconoce tres características básicas comunes a la corriente serio-cómica. La primera de ellas es la nueva relación con la realidad. A diferencia de la épica, los géneros serio-cómicos se enfocan en el presente. La reflexión, entendimiento y evaluación de la realidad se basan en la vida ordinaria. La segunda característica está relacionada con la flexibilidad inventiva. Este tipo de géneros se fundamenta en la experiencia y en la libertad creativa. No está atado (o por lo menos no pretende estarlo) a ningún estándar clásico. Según Bakhtin (1984) la única relación con lo canónico se efectúa a través de la crítica o el cinismo (p.108). Finalmente, la tercera característica es su heterogeneidad. Por su dualidad, la literatura serio-cómica no retiene un solo estilo sino que contiene una pluralidad de tonos y géneros narrativos:

⁴³ Los miembros de esta escuela incluso despreciaban las riquezas y desdénaban de cualquier disposición de comportamiento social. Por tal motivo su aspecto físico era descuidado y a veces insalubre. El fundador de esta doctrina, Antístenes, era “un personaje sin trascendencia inmediata, sin valor, despreciable, pobre, andrajoso, maestro de indignos y, en general, un simple perro (ἄπλοκύν), como se autonabraba” (Fallas L. y Cárdenas M. 2006, p.98). Incluso Platón llegó a calificarlos de repelentes, penosos, tozudos, rudos y groseros (Fallas L. y Cárdenas M. 2006, p.99)

Hace uso de la prosa y la poesía, de la parodia y la epístola, del lenguaje culto y de dialectos y jargón; reescribe diálogos y reinterpreta citas y conceptos; el narrador puede revestirse de diferentes máscaras narrativas (Bakhtin 1984, p.113).

Con respecto al caso concreto de la sátira menipea, Bakhtin (1984) cita algunos ejemplos clásicos, además de las obras de Lucían, como la sátira política “Apocolocyntosis” de Séneca, donde el emperador Claudio intenta convencer a los dioses del Olimpo de su derecho a la divinidad pero fracasa, y la novela sátira “Satyricon” de Petronio, en donde se hace una crítica cínica a los excesos y frivolidades de la sociedad en tiempos de Nerón. Este tipo de sátira no se restringe únicamente al periodo clásico, se ha infiltrado en diferentes tipos de literaturas. Desde los primeros escritos de las literaturas cristiana y bizantina, pasando por el medioevo, el renacimiento y el modernismo hasta la actualidad, la sátira menipea ha estado presente en diferentes formas y géneros: “This carnivalized genre, extraordinarily flexible and as changeable as Proteus, capable of penetrating other genres, has had an enormous and as yet insufficiently appreciated importance for the development of European literatures.”(Bakhtin 1984, p.113)

Después del análisis de diferentes escritos carnalescos, Bakhtin (1984) propone algunas características que se pueden hallar en la sátira menipea (pp.114-118) que son útiles para nuestro posterior análisis:

1. El elemento cómico: Como ya se había expuesto anteriormente, el humor es una de las partes fundamentales de la sátira y su efecto, según Bakhtin, se intensifica en la sátira menipea. Sin embargo, gracias a la plasticidad de la sátira, este puede variar significativamente en otras formas de este género.
2. El carácter evaluativo: Su principal fin es crear un conjunto de situaciones extraordinarias dentro de una forma narrativa que sirvan como trasfondo para evaluar (o poner a prueba) una idea, verdad o discurso filosófico a través de un personaje que busque la verdad. En este sentido, la sátira menipea no busca evaluar el carácter de un individuo en particular sino materializar esa idea, verdad o discurso en la figura de un individuo. Igualmente, la sátira menipea evalúa preguntas esenciales. Pone a prueba cuestiones fundamentales y/o posiciones filosóficas básicas que abarcan la esencia de la humanidad y la vida en general.
3. El ambiente crudo y descarnado: En la búsqueda de la verdad, las acciones se desarrollan en escenarios de bajo talante, tugorios, suburbios, burdeles, cuevas, escondrijos, prisiones, etc. Bakhtin apunta que la sátira menipea no teme a la suciedad, lumpen o escoria. El objetivo es que el personaje en busca de la verdad se confronte con el polo más extremo de la depravación, denigración y maldad.
4. La experimentación ético-psicológica: Esta característica está ligada a la representación inusitada (algunas veces extravagante) del estado psíquico y moral. Por ese motivo se esbozan personajes

que sufren episodios al borde de la demencia o inmoralidad total como la manía, el suicidio, los sueños enfermizos, las pasiones o vicios incontrolables, las aberraciones, etc.

5. La propensión al escándalo y la excentricidad: la sátira menipea se regocija en la transgresión de la usual progresión de eventos, las normas establecidas de etiqueta y comportamiento, y el uso adecuado del lenguaje. Por tanto, los escándalos, las excentricidades, el lenguaje vulgar e inapropiado, entre otros, encuentran en la menipea la libertad necesaria para ser expuestos.
6. Los fuertes contrastes y el absurdo: la sátira menipea emplea situaciones ridículamente contrastivas e integra elementos oximorónicos tanto en su narrativa como en el curso de los acontecimientos. La libertad del hombre sabio en contraste con su posición servil, el emperador que se convierte en esclavo, el bandido con un corazón noble son algunos de los ejemplos que Bakhtin menciona.
7. La Utopía social: Para incrementar el absurdo contraste en la narrativa, la sátira menipea incorpora elementos ideales o utópicos en contraposición a un mundo real denigrante.
8. El trato de asuntos relevantes y actuales: la sátira menipea hace eco de las problemáticas ideológicas de su tiempo y contiene temas polémicos y controversiales relevantes en áreas como la religión, la ciencia, la sociedad, la historia, etc.

Por último, Bakhtin asegura que a pesar de su heterogeneidad, la sátira menipea posee una profunda integridad y una razón de ser. Según Bakhtin, la sátira menipea surgió en una época donde los cánones nacionales atravesaban por un periodo de decadencia y las normas éticas que dictaban las formas apropiadas y adecuadas a las que se debían ajustar todas las disposiciones sociales y estéticas perdían fuerza. Era una época de intensa controversia en medio de un ambiente ecléctico con diversas religiones, distintos movimientos filosóficos y heterogéneas escuelas de pensamiento. En este periodo las disputas sobre las cuestiones más fundamentales y esenciales de la humanidad y la percepción del mundo se habían convertido en un fenómeno corriente en cualquier lugar donde se pudiera congregarse la gente de cualquier estrato social a discutir sobre estos asuntos (mercados, calles, tabernas, termas, etc.). Una época donde: “the figure of the philosopher, the wise man (the cynic, the stoic, the epicurean) or of the prophet or wonder-worker became typical and were encountered more often” (Bakhtin 1984, p.119). Por tanto, no es sorprendente que la sátira, y en especial la sátira menipea, surja en países latinoamericanos en tiempos de convulsión política y social. La descarada doble moral, la pobreza extrema, la represiva subyugación y la corrupción excesiva han sido detonantes para que la población organice protestas y muchos intelectuales (y otros oradores) se manifiesten a través de la canción protesta y la literatura. Una de esas formas literarias es precisamente la sátira, la cual despliega una dura crítica a las instituciones a cargo y sus discursos de poder. Así, la sátira menipea se convierte en una herramienta de reflexión para entender el

entorno, de polémica para incentivar cambios y/o de catarsis para sobrellevar las absurdas y crueles contradicciones del contexto socio-político.

3.1.6. La sátira menipea en Latinoamérica

En su análisis del significado de la sátira menipea en los textos satíricos latinoamericanos, José Ramón Vilahomat (2010) indica que este tipo de sátira es recurrente y se presenta como el puente que une la obra con una determinada forma estética, el inquietante momento histórico y la carga semiótica de los latentes y patentes discursos que la rodean: “El espíritu satírico es cíclico en la historia de la humanidad y se da en momentos de inflexión, de crisis que prefiguran cambios importantes.” (Vilahomat 2010, §12). Por esa razón, las convulsionadas, crecientes y dinámicas naciones de América latina son el escenario propicio para el surgimiento de este estilo satírico.

La sátira menipea se vale del cinismo, el escepticismo y el exceso para formar un mundo narrativo alterno, similar al que intenta cuestionar, y por medio de este indagar dentro de la propia realidad. El cinismo devela descaradamente la evidente falacia y genera escepticismo. Como indica Vilahomat, la sátira utiliza el escepticismo para crear incertidumbre dentro del “orden” que se creía fijado al romper con la lógica establecida (e instaurar su propio sentido común) y, de esta manera, confrontar al receptor con las contradicciones propias de su realidad (§21). Esas contradicciones se hacen exageradamente notorias cuando se magnifican a través del exceso, el cual se ve reflejado tanto en el lenguaje que redundante en lo obvio como en el contenido que exhibe una abrumadora cantidad de saber y jerga específica al tema tratado. La sátira menipea al producir una narrativa comparable con la realidad pero marcada por las formas grotescas de su retórica y su mundo ficcional no sólo desdibuja la realidad sino que ridiculiza lo que incesante e insistentemente muestra. Desde ese otro discurso y esa otra percepción comprensibles y coherentes en esa otra realidad, rompe con las concepciones establecidas y crea lo que Carter Kaplan (2000) llama “the shock of the familiar”.

Específicamente, Vilahomat (2010) ofrece tres modelos clásicos de sátira menipea que se pueden hallar en la literatura latinoamericana: la Distópica, la Histriónica y la Épica. La primera, como su nombre lo indica, crea un mundo paródico alterno en un escenario anti-utópico en grandes centros urbanos agravados por la sobrepoblación y sus subsecuentes problemas. La segunda se caracteriza por el papel preponderante que ocupa el personaje protagónico, el cual lucha por sobrevivir en espacios que continuamente le son negados. Esta clase de sátira está vinculada con la picaresca, por cuanto reforma la estructura de esta y la del personaje pícaro reinsertándolo en problemáticas actuales. La tercera reintroduce hechos históricos en una narración paródica con dosis de escepticismo y cinismo. Los dos últimos modelos de sátira son en especial las formas satíricas en las que se podría encuadrar las novelas de Salom Becerra, en especial la Histriónica por estar ligada al personaje reformado del pícaro o anti-héroe: el individuo quien en medio del oprobio trata sin éxito de abrirse paso a empujones.

3.2. De la picaresca y su rebeldía

Cuando se habla de picaresca es inevitable relacionarla con el desposeído, abandonado, descarado y sagaz bribón cuyas andanzas están burlescamente narradas. En efecto el género picaresco se populariza con la novela picaresca, en la cual toma forma y se consolida como género. Edmond Cros (1979) establece el origen de la picaresca (más específicamente, la novela picaresca) en medio de un discurso social, económico y religioso polémico del siglo XVI. Las ideas protestantes de los vecinos europeos del norte llegaban difícilmente a la conservadora y católica España donde el sermón venía posteriormente amenizado por el horror de la horca y donde el creciente capitalismo que prohibía la mendicidad, por cuanto necesitaba de gran cantidad de mano de obra barata (entre ellos ociosos y vagabundos) para mantener su feroz economía, se infiltraba por algunas regiones del país. Sin embargo la sociedad española se resiste al cambio y a las ideas progresistas, permanece en conflicto con el nuevo contexto socioeconómico que se origina más allá de sus dominios pero que aun así afecta inminentemente su estructura económica y social. Es en este punto histórico cuando dos contra discursos colisionan, el de la Europa del Norte y el de la España católica, el Lazarillo toma su pícaro estandarte y junto al malhechor de Mateo Alemán condenado a galeras, Guzmán de Alfarache, inician su propia revolución crítico-burlesca de la sociedad: la picaresca.

Al igual que la sátira, la novela picaresca no se deja definir fácilmente. Klaus Meyer Minnemann (2008) en su ensayo *El género de la novela picaresca* señala que hay gran cantidad de controvertibles intentos por definir la novela picaresca o por descartar definitivamente una posible definición. Por tal motivo, Meyer-Minnemann hace hincapié en el comprensivo análisis de Fernando Cabo Aseguinolaza, el cual clasifica estas propuestas en tres grandes grupos. El primero de ellos es el llamado de orientación referencial, el cual agrupa las tentativas que fundamentan la noción de novela picaresca en el contexto desde donde esta se construye. De esta manera este tipo de definiciones está sujeta a las circunstancias socio-económicas patentes en el texto, la situación socio-racial del autor o el contexto discursivo en la sociedad contemporánea al texto que se analiza. Al segundo grupo pertenecen las definiciones de orientación formal, las cuales se enfocan en elementos inherentes a este género, en contenido y expresiones propias del texto picaresco. El tercer y último grupo, el de “orientación comparatista”, analiza el género picaresco desde otros espacios geográficos y temporales diferentes a España y el siglo de Oro. A través de esta caracterización se pueden vislumbrar tres elementos importantes de la narrativa picaresca: la preponderada importancia que tiene el contexto económico y la estructura social y racial en el desarrollo de la narrativa (sea a nivel ficcional o real), la existencia de elementos constitutivos y lenguaje propios de la picaresca y el carácter universal de su narrativa (no se adscribe únicamente a un espacio-tiempo). Sin embargo, Meyer-Minnemann considera que Cabo Aseguinolaza deja de lado dos aspectos fundamentales de la novela picaresca: La figura del pícaro y la trayectoria de su vida (p.23). Meyer-

Minnemann asegura que las características del pícaro cambian a medida que el significado de la palabra “pícaro” varía históricamente. Originalmente, de acuerdo a Covarrubias, “pícaro” solamente designaba un individuo del estrato social más bajo y paupérrimo, el cual se ocupaba de asuntos poco dignos (oficios o ministerios inferiores a cambio de sobras de comida). Al pasar del tiempo se expandió su significado para abarcar el carácter moral del pícaro. En este sentido, el pícaro ya no sólo se suscribe a su clase social sino a la vileza ética y de proceder. Meyer-Minnemann registra las diferentes acepciones que el «Diccionario de Autoridades» le da a la palabra “pícaro”, las cuales se resumen en un individuo ruin, falto de vergüenza, que maliciosa y astutamente logra sus objetivos y a la vez deja relucir su personalidad cómica y alegre. La única acepción que tanto en el DRAE como en el «Diccionario de Autoridades» rescata el significado original es el pícaro de Cocina, el cual equivaldría al pinche (aunque sin el agravante de “asuntos pocos dignos” o “a cambio de sobras de comida”). Ya con la evolución semántica que desarrolla la palabra “pícaro”, las nuevas figuras de pícaro en la literatura contemporánea no se limitan al ««andrajoso y despedazado», que podía alquilarse para ocuparlo «en cosas viles»” (Meyer-Minnemann 2008, p.24) sino que puede estar bajo una investidura política como en la novela picaresca de Leopoldo Zamora *Quince Uñas y Casanova, aventureros*, de la cual se hablará más adelante. No solo la evolución de la noción semántica de “pícaro” tiene influencia en la narración picaresca sino también las modificaciones en los conceptos asociados con el pícaro. En su acepción original (y en muchos casos subsecuentes) el pícaro está vinculado con la pobreza. Según Edmond Cros (1979), el valor ideológico de “pobreza” sufre un proceso de inversión en la picaresca. La pobreza concebida desde la edad media como la cara de Cristo y un proceso virtuoso para la redención del alma tanto de los que la sufren como de los que caritativamente se apiadan de ellos, se transforma a partir del siglo XVI en una enfermedad social donde abunda la criminalidad y la vagabundería. La mendicidad tiene en esta época dos discursos antagónicos que la envuelven. Así, la pobreza en el pícaro no es la cara de Cristo sino el disfraz del villano. Shai Cohen (2012) también le da un valor importante a la perspectiva del pícaro y al mismo pícaro. A través de este personaje principal otras perspectivas de la vida social cotidiana no descritas anteriormente salen a luz con un auténtico sentido transgresor. Cohen indica que en la literatura anterior a la picaresca se caracterizaban las clases sociales de acuerdo a un rol distintivo y basado en la norma pública de decoro; en la picaresca aparecen despojadas de dicha circunscripción, cordura y discreción. Así aparece el Hidalgo pobre, el clérigo estafador, el mendigo ciego aprovechador, etc.

Con respecto a la trayectoria de vida del pícaro Mayer-Minnemann advierte que no debe necesariamente ser adscrita al azar o a una representación fiel de lo que solía acontecer con un pícaro de carne y hueso, “hay que concebirla, antes que nada, como una construcción artística al servicio de la intencionalidad del autor, que en la obra se expresa” (pp.26-27). De esta manera la vida del pícaro en el texto se construye a partir de los ideales de verosimilitud y percepción del mundo que los autores picarescos compartan con la

audiencia lectora en una determinada época, además del significado que se le atribuya al término “pícaro” como ya se había mencionado antes. El último punto en el que Meyer-Minnemann se enfoca es la técnica narrativa. Para este académico alemán, la vida del pícaro se fundamenta en su final abierto y su narración autobiográfica. Por un lado, se sabe generalmente cómo comienza la historia del pícaro, desde su nacimiento, pero no cuál es su contundente desenlace, a menos que el pícaro muera. Esto quiere decir que la saga picaresca está abierta a ser continuada. Ejemplos de ello son las secuelas del *Lazarillo de Tormes*, no muy bien recibidas por la crítica. A pesar de la opinión común de la crítica, Mayer-Minnemann afirma que la serie de la narrativa picaresca se define por “el fin estructuralmente abierto de las vidas contadas” (p.29) y no por la composición cerrada. Esto se debe principalmente a que la narración es esencialmente autodiegética. El pícaro, al contar su propia historia, no puede hablar de su muerte a menos que la narrativa principal se la seda a un tercero (en cuyo caso no sería narración autodiegética) o que en un más allá ficcional continúe hablando de su vida terrena (en este caso también sería un final abierto, puesto que su existencia y, por ende, sus aventuras, continúan en otro plano o dimensión desde donde cuenta su historia). Para Mayer-Minnemann, la narración autobiográfica es una particularidad inherente a la novela picaresca: “es preciso subrayar que sin autobiografía ficcional no hay novela picaresca” (p.29). Aquí hay que hacer la salvedad que Mayer-Minnemann diferencia entre la autobiografía como género textual, en la cual el escritor real es el mismo personaje principal de la historia, y la autobiografía ficcional que separa al autor del narrador de la obra pero la narración continua siendo autodiegética, es decir, el narrador es al mismo tiempo el protagonista.

Desde otra perspectiva, María Casas de Faunce (1979) aduce en su ensayo titulado *La novela Picaresca Hispanoamericana: una teoría de la picaresca literaria* que el problema con el análisis de la narrativa picaresca radica en su realidad dicotómica: por un lado presenta una filiación literaria y por otro lado una filiación de carácter social. Tal como la concibe Casas de la Fauce, la filosofía picaresca no rechaza el orden establecido ni las estructuras sociales fijadas sino que las acomoda en beneficio propio para burlarse y criticar la maraña social que las posibilita. En otras palabras, la picaresca utiliza el mordaz sarcasmo y la jocosa ironía para desnudar la sociedad, sus prejuicios y mitos. Según Casas de Faunce la literatura picaresca sigue esta filosofía, la cual la convierte en un tipo de literatura comprometida. Comprometida porque independientemente del aspecto externo del pícaro “no altera su esencia de observador y analista que acusa y para mayor impacto, divierte” (Casas de Faunce, 966). Esta característica de protesta y pregón mezclada con comicidad le permite a la picaresca adentrarse en lo más recóndito de la sociedad y desde su interior burlarse críticamente de su propia miseria. La novela picaresca es, en este orden de ideas, la popularización de esta filosofía picaresca: “una narración ficticia de cierta extensión y en prosa, expuesta desde el punto de vista de un ente acomodaticio cuya filosofía existencial, subjetiva y unilateral enfatiza el instinto primario del individuo que no ha desarrollado las funciones espirituales, ni la sensibilidad

anticipada en el hombre” (Casas de Faunce, p. 967). En esta definición se puede rescatar el valor didáctico de la picaresca. Al presentar la evolución moral y social de “un ente acomodaticio” que prioriza “el instinto primario” (el cual crea la ambivalencia), la narración picaresca crea un continuo espacio reflexivo que no solo invita al lector a evaluar y valorar determinadas posiciones morales sino también sirve como proceso de catarsis moral cuando llega a identificarse con los sinsabores del pícaro.

3.2.1. Características de la picaresca

En su análisis sobre las constantes de la picaresca, el académico Jaime Ferrand (1979) no se adentra en una definición o categorización de la picaresca sino que trata de caracterizarla a través de algunos elementos constantes en su narrativa. Ferrand indica como primera constante la recuperación del elemento carnavalesco en la picaresca, el avivamiento de una cultura popular medieval que rompe con reglas y tabúes. De esta forma la picaresca trae consigo un lejano parentesco con el *alazôn* y *eirôn* griegos y recuerda las pillerías del Arcipreste de Hita y al de Talavera. La segunda constante es irónicamente una inconstante: el azar. El caos de un camino a ciegas pavimenta la vida del pícaro quien cuenta con pocos recursos para esquivarlo. Junto con la necesidad, el azar es la fuerza que mueve la vida del pícaro, la transforma, la maltrata, la anula y la vuelve a restituir. Sin embargo, como anotaba Mayer-Minnemann, no se puede confundir el azar en la vida real con el azar construido en la narración del cual es presa el pícaro ficcional. En tercer lugar, Ferrán nombra la orfandad o falta de los padres, especialmente el del padre. Desde la infancia, el pícaro es privado de la presencia y modelo paternos. El desamparo lo lleva a una vida rebelde, áspera, inclemente, sin rumbo: “Condenado, por estar ausente, a un mundo sin valores, el pícaro convierte su vida en fruto del azar, en consecuencia de la necesidad” (Ferrand 1979, p.58). La cuarta y quinta se relacionan con la posibilidad de conocer lugares insospechados y gentes inusitadas a través del pregón del pícaro. Por medio de la vida del pícaro otras constelaciones sociales se abren al mundo. Los más recónditos lugares, los más extraños encuentros, las más audaces picardías, los más imprevisibles acontecimientos se exponen a la luz para ser reconocidos, evaluados, juzgados. Su vida es un mundo abierto que pregona cuando cuenta su historia. Al hacer su vida una autobiografía pública, el pícaro no sólo da a conocer aspectos turbios y contradictorios en la sociedad sino también pretende sentar una protesta contra los mecanismos de poder, la rígida estructura social y la doble ética humana. Este último punto, la ambigüedad moral, es el centro de la siguiente constante. El pícaro se mueve en un entorno ambivalente donde los impostores se venden a la orden del día y las contradicciones son el pan de cada día. El pícaro no es inmune a ello, más aún, su supervivencia depende de ello. Su cómico cinismo y su irónica sonrisa lo preparan para llevar la cruz de sus desventuras. Relacionada con la anterior, la séptima constante enfatiza el desengaño como aprendizaje doloroso en el devenir picaresco. A la par de la forzosa desilusión del pícaro, el desencanto de la sociedad se hace cada vez más visible hasta que “se convierte en una calle oscura por la que el pícaro se sabe condenado a vagar interminablemente” (Ferrand

1979, p.62). En ese camino interminable que le impone la vida se encuentra la última constante, una continuidad enmascarada de un final sin desenlace. En concordancia con lo propuesto por Meyer-Minnemann, Ferrand también aduce un final inconcluso en la vida del pícaro. Aunque parezca que todo termina mal, es solo el comienzo de la siguiente picardía que le imponga el azar, una continuación a las andadas de siempre. El pícaro deja su vida abierta así las páginas se acaben “y habrá que buscarle en otro libro” (Ferrand 1979, p.62), en otras historias que prolonguen su tragicómica existencia.

A parte de los elementos ya mencionados por Ferrand, Cohen (2003) puntualiza otros aspectos de la narrativa picaresca. Entre ellos se cuentan: La ignorancia que el narrador pícaro pretende argüir de sus actos y sus consecuencias, lo cual acrecienta el valor satírico de la obra; la traición recíproca (del pícaro a la sociedad y de la sociedad hacia el pícaro); la problemática moral en forma de una controvertida moraleja; el cambio constante de lugar (diferentes escenarios) y la mutabilidad del pícaro (diferentes disfraces y labores para alcanzar sus metas materiales); la relación mozos-amos; el discurso ideológico implícito y la búsqueda del individualismo (Cohen 2003, p.555). Con este análisis de las características de la picaresca, sumadas a las expuestas por Ferrand, Cohen fundamenta la presencia de anti-heroicidad en el pícaro. El pícaro representa la ausencia del héroe, la falta de recato, honra, honor y bien colectivo. Por esa razón no sólo el pícaro en su persona sino la sociedad que lo rodea revela su lado negativo, su mezquindad. En la figura del pícaro ya no existe la ilusión del perfecto caballero, del valiente hidalgo luchando contra los moros como redención por su injusto destierro. El pícaro, por el contrario, muestra la viva realidad con un dejo de crueldad. Su diáspora es delictiva y sus quehaceres reprensibles. Aunque en ese camino busque mejorar de posición y aprender de los errores, muchas veces el proceso de autoconocimiento resulta estéril. Su saber, según Cohen, está determinado por su experiencia: “sólo admite la experiencia como única fuente del conocimiento; sólo cede y responde a sus propias experiencias, ya que la incertidumbre del entorno social, político, religioso, sentimental, familiar y económico es demasiado grande.” (p. 557). En su abandono y orfandad (de padres que tenían igualmente marcado su mismo infortunio) busca solo apaciguar sus necesidades y por ende solo piensa en sí mismo y en el provecho material que pueda conseguir. Sin embargo, comenta Cohen (2003, p. 557), en la personalidad del pícaro no se esconde una inherente rebeldía. La sociedad y el paso por ella transforman al pícaro llevándolo a comportarse de manera ruin. Su metamorfosis es forzosa y se origina en una fuerza externa a él, el pícaro sólo deja pasivamente que el devenir forme su comportamiento. A pesar de ello, el pícaro conserva su aguda visión crítica que le permite denunciar las faltas sociales de su época, aunque nunca pueda hacer nada para contra arrestarlas.

3.2.2. Tipos narrativos de la picaresca

Más allá de la definición de la picaresca o sus diversas características, Alison Weber (1979) en “Cuatro Clases de Narrativa Picaresca” analiza las posibilidades narrativas en la picaresca y propone cuatro tipos

narrativos: La novela irónica, la novela cómica, el cuento irónico y el cuento cómico. La novela irónica se basa en la degradación y trasgresión de valores del protagonista a través del desarrollo de su vida. El pícaro no solamente se va tornando cada vez más despreciable y ruin sino que su villanía se acrecienta a medida que se integra a la norma de la sociedad igualmente degradante. Esto significa que el pícaro con su visión social es producto de la corrupción en la sociedad. De esta manera, una posible redención social o realización virtuosa en la sociedad es inalcanzable. El efecto en el lector es ambiguo (irónico), ya que el lector se identifica con esa sociedad que el mismo reprende: “A medida que el lector acepta la visión negativa del pícaro, llega a rechazar la norma establecida- llega a desesperar de la posible realización social de valores positivos” (Weber 1979, p.15). Esta ambivalencia nunca se llega a resolver, ya que incluso hasta el final de la historia se observa la imposibilidad de la virtud en una sociedad repugnante. Weber ejemplariza este tipo de narración en la vida de Guzmán de Alfarache, en donde el protagonista sólo puede hallar redención en una instancia divina (conversión), puesto que la sociedad no solo lo condena sino que lo empuja constantemente al crimen. En la novela cómica, por el contrario, el pícaro envuelto en actividades infames conserva la esencia dignificante de un cambio a una sociedad mejor. Así en la medida que se desarrolla la vida del pícaro, la sociedad se va regenerando y mejorando. El cambio positivo y virtuoso del comportamiento del pícaro hace posible la visión de una sociedad superior, más decorosa. Este tipo de narración también afecta al lector pero de una manera más positiva, por cuanto sus iniciales sentimientos ambivalentes ante el pícaro se tornan en simpatía al percibir que este, por medio de su cambio de vida, se integra a una sociedad más digna. En este tipo de narrativa se puede incluir la novela de Daniel Defoe, *Moll Flandes*, quien a diferencia de *Guzmán de Alfarache* encuentra su redención en su condena y, a pesar de sus viles andadas logra redimirse y llevar una vida más recta ante los ojos de la sociedad. En la tercera forma, el cuento irónico, el pícaro desde el inicio es un rufián que se desenvuelve de acuerdo a su conveniencia en una sociedad ya degradada: “la norma no existe [...] Está sin normas distorsionado, despojado de contenido valorativo” (Weber 1979, p. 15). Finalmente, el cuento cómico presenta una sociedad deseada, valorativamente positiva a la cual el pícaro nunca logra llegar. El pícaro intenta acometer contra los valores de esa sociedad y solo encuentra a su paso castigo y rechazo aunque logre en alguna medida burlar a algunos personajes marginales en la historia. En este caso el lector nunca llega a identificarse con el pícaro y se deleita en la virtud de la norma que reprende al pícaro. Sin embargo, anota Weber, hay que tener en cuenta que las narraciones picarescas son flexibles y dinámicas. Estas no están definidas por un solo tipo narrativo sino que contiene elementos conjuntos de la taxonomía anteriormente presentada. Es decir, despliegan “una constelación de estructuras” (Weber 1979, 18). Así en *El Buscón*, aduce Weber, el pícaro que nunca llega a alcanzar una vinculación positiva con la sociedad y es constantemente castigado y rechazado (Cuento cómico) también muestra la desvalorización de la normativa social (Cuento irónico).

3.2.3. La picaresca en Hispanoamérica

Más concretamente, en el caso de la picaresca Hispanoamericana, Casas de Fauce (1979) se apoya en la clasificación de Claudio Guillén en *Toward a Definition of the Picaresque* (1962) para ofrecer una visión general de la evolución de la picaresca en los países de habla hispana. De acuerdo con Guillén, la novela pícara puede ser categorizada en sentido clásico, en sentido *lato* o cómo míticamente picaresca (Casas de Fauce 1979, p.967). La novela picaresca en sentido clásico se compone básicamente de los elementos ya mencionados por Ferrán, Cohen y Meyer-Minnemann. El personaje principal, el pícaro, es la instancia desde la cual parte la narración autodiegética, se determina el punto de vista y la visión subjetiva de la realidad, se observan (y comentan) las constelaciones sociales y se establece el tono cómico-reflexivo. Este lugar privilegiado en la narración, asegura Casas de Fauce, le permite al pícaro explotar el potencial persuasivo y didáctico en la narración. El recuento autobiográfico de sus andadas en busca de gratificaciones materiales crea una relación más íntima con el lector, y su intento burlesco por justificarlas a la luz de su inmanente necesidad deleita y enseña. A esta primera categoría pertenece las famosas aventuras de *El periquillo Sarmiento* escrita a comienzos del siglo XIX por Fernández de Lizardi y la secuela del Lazarillo *El lazarrillo en América* de Roberto Payró. En la primera un hombre en lecho de muerte, Pedro Sarmiento, narra autobiográficamente sus fechorías y desventuras por las que tuvo que pasar para sobrevivir después de la pérdida de sus padres. Esta narrativa se considera ciertamente como la primera novela picaresca en Hispanoamérica (a pesar de algunos relatos anteriores con elementos picarescos de los cuales se hará referencia posteriormente), ya que recoge las principales características de la tradición picaresca española. En la novela de Lizardi están efectivamente presentes las controversias morales y la crítica social en el periodo colonial pero su gran aporte a la picaresca de Hispanoamérica es el carácter didáctico que Lizardi imprimió en la narración: “Fernández de Lizardi entendió que las aventuras narradas con picardía o donaire podían resultar útiles a su propósito de enseñar deleitando.” (Fernández Teodosio 2001, p.100). El puente que creo Lizardi entre la educación y la practicidad del pícaro sumada al auto-aprendizaje de sus fracasos mostro una nueva cara flexible de la picaresca. En la segunda novela Payró resucita al Lázaro español a principios del siglo XX en tierras americanas y a manera de crítica política y social hace que el lazarrillo recorra toda suerte de infortunios para luego regresar con una gran fortuna a su España natal. Cabe mencionar que en los años de la conquista y el asentamiento de los españoles en América (siglos XVII y XVIII) algunas crónicas y obras narrativas de género picaresco, también relataban con pillería y argucia fechorías de sinvergüenzas y delincuentes. Se resaltan entre ellas *El Carnero* de Juan Rodríguez Freire, *El Lazarillo de ciegos caminantes*⁴⁴ de Alonso Carrió de la Vandra

⁴⁴ Este curioso título no tiene su origen en el *Lazarillo de Tormes* sino que se puede explicar, según Teodosio Fernández (2001, p.98), con la guía geográfica del Perú por el cosmógrafo Mayor Cosme Bueno bajo el mismo título.

e *Infortunios de Alonso Ramírez* de Carlos Singüenza y Góngora⁴⁵. En estas dos últimas obras se puede ya observar la flexibilidad del género picaresco. La figura degradada y anti heroica del indio Concolorcorvo contrasta con el origen pobre pero honrado de Alfonso Ramírez. Así la picaresca clásica, como el carácter dúctil del pícaro, se acomoda a las circunstancias socio-económicas de la época y adecua “las características de los personajes a la realidad histórica del autor y a los propósitos perseguidos por cada relato” (Fernández Teodosio 2001, p.98).

En la siguiente categoría entran las narraciones picarescas que, aunque transforman las características anteriormente planteadas, siguen conservando rasgos básicos de la novela picaresca. El ingrediente principal de este tipo de narrativas, acuñadas en sentido *lato* por Guillen, es que la filosofía picaresca aún esta patente durante el desarrollo de la historia, es decir “preservada en una unidad estructural, personaje ambiente, siempre permaneciendo la burla como exponente de ingenio picaresco” (Casas de Faunce 1979, p.968) así el narrador pase a ser heterodiegético, el pícaro se transforme en un grupo de pícaros o se trate de una sola aventura en vez de una serie de episodios. Esta categoría la ejemplifica la novela histórica picaresca (así mismo la identifica el autor) *Quince Uñas y Casanova, aventureros* de Leopoldo Zamora Plowes, donde un narrador en tercera persona trae a la ficción picaresca al personaje histórico y segundo presidente de la naciente nación mejicana, el general Santa Anna (apodado “quince uñas” por la pérdida de su pierna) y el gigolo italiano Casanova, este último, según Casas de Faunce, como símbolo de picardía colectiva.

La tercera categoría, la novela míticamente picaresca, recoge la definición cotidiana del término “pícaro” en determinada época y lo presenta en la narrativa con un sentido cómico, sarcástico o burlesco. Como ejemplo se cita algunos sinónimos de este término que van del inofensivo travieso al cruel maleante y atorrate. De igual manera que Mayer-Minnemann, Casas de Faunce se vale de la evolución semántica de la palabra “pícaro” para explicar los diversos (y muchas veces mutables) criterios que se aplican para designar una narrativa como picaresca. El tipo de narrativas míticamente picarescas hacen hincapié en lo social, lo costumbrista e incluso lo político a través del punto de vista subjetivo de un observador que interpreta “la filosofía picaresca y la utiliza como medio expositivo de su ideología, olvidándose de las relaciones y función del pícaro y su ambiente, en la justificación del «caso» individual de un estado de picardía” (Casas de Faunce, 972). En ese sentido *El falso Inca* de Roberto Payró⁴⁶, *la vida inútil de Pito*

⁴⁵ La primera obra, cuyo título original es “Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada”, se ambienta en la recién fundada Santafé de Bogotá y cuenta a manera de crónica diferentes villanías de malandros y delincuentes con un toque socarrón y burlesco además del consabido sermón moral. La segunda, conocida como *Concolorcorvo*, narra las experiencias de un indio (quien realmente existió pero el punto de vista en la narración es del autor) de forma autobiográfica en un viaje oficial desde Montevideo a Lima. Por último, la tercera cuenta las desdichas de Alfonso Ramírez, un puertorriqueño quien a manos de piratas ingleses consigue viajar por los mares y terminar en Yucatán.

⁴⁶ Este autor también es conocido por otras obras como *El casamiento de Laucha* y *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*. En esta última novela, Payró, al igual que en *El falso inca*, recurre a una figura histórica del gaucho bandido Juan Moreira para escribir esta historia.

Pérez de José Rubén Romero y *Aventuras de Perico Majada* de Idelfonso Pereda Valdés son incluidas en esta categoría por Casas Faunce. En *El falso Inca* Payró se aprovecha del personaje histórico del buscavidas español Pedro Chamijo que hizo coronarse Inca de Tucumán y cuenta sus andadas en forma de crónica (el mismo la subtitula: Cronicón de la conquista). En *la vida inútil de Pito Pérez* el narrador homodiegético, Romero, es testigo y confidente de las aventuras de Pérez, quien desencantado de la vida expone de forma satírica las iniquidades e injusticias de la naciente república mejicana en la postguerra. En la tercera, también la clásica perspectiva autobiográfica del narrador cambia. El narrador omnisciente describe a un astuto contrabandista sin amos que va por el mundo embaucando y burlando al ingenuo. Estas narrativas muestran como las desviaciones de las características clásicas de la picaresca no se contraponen a su esencial filosofía sino que la enriquecen.

Con este análisis de la picaresca hispanoamericana, Casas de Faunce concluye que la picaresca en el nuevo mundo está caracterizada por unos de los elementos más notorios durante los años de conquista y asentamiento españoles: el mestizaje. La picaresca en Hispanoamérica recoge la herencia picara del *Lazarillo* y *Guzmán de Alfarache* y la transforma a la luz de su propia idiosincrasia y momento históricos. A través de ella se ha podido reír de la tiranía, las desvergüenzas, el pillaje y el nuevo absurdo social que iba creciendo con la mezcla de dos culturas. No hay que olvidar que esta narrativa también era una voz crítica contra el progresivo aumento de la ruindad y villanía perpetrada en las Américas y lo que después se formaría a consecuencia de las guerras independentistas: naciones que buscaban forzosamente su independencia pero irónicamente no estaban preparadas para gobernarse a ellas mismas.

4. Capítulo 4: ¡A la sátira sí que le toca!: Sátira política en las novelas de Álvaro Salom Becerra

Tal como se había dicho con anterioridad, las novelas de Salom Becerra muestran situaciones de gran ironía y sarcasmo, las cuales ayudan a construir su singular estilo de sátira política. A través de los narradores en sus novelas, los personajes presentes en ellas y los sucesos históricos integrados en la narrativa, Salom Becerra manifiesta su incisiva crítica al sistema democrático en la política colombiana, el cual constituye lo que Frye (1957) denomina “objeto bajo ataque”. Al hacer eco de la primera y segunda fase de la sátira propuestas por Frye, Salom Becerra no sólo construye en su narrativa un mundo inmoral y arbitrario cuyos principios son incontestables, sino también pone en escena el ideal de la democracia política que pierde validez a medida que los personajes son sujetos a la corrupción estatal. A este respecto, la sátira de Salom Becerra está más cerca a la menipea por cuanto los acontecimientos en sus novelas son el trasfondo para evaluar la idea de democracia como la soberanía del pueblo a través de la libre elección de sus gobernantes y el acceso igualitario a oportunidades de crecimiento social y económico. Además, Salom Becerra incluye expresiones del habla vernácula de la Bogotá de principios de siglo XX a 1970 y la parodia de estereotipos regionales como parte de su crítica política.

4.1. A usted querido lector: La audiencia prevista en las obras de Salom Becerra

En el capítulo anterior se había señalado que uno de los aspectos más importantes de la sátira es la audiencia para la cual esta está destinada. Sin una definición clara del tipo de receptor, la sátira pierde su efecto y, por tanto su propósito crítico. Así pues, es necesario, como primera medida, especificar la audiencia a la que Álvaro Salom Becerra se dirige a través de su narrativa. En su primera novela, *Don Simeón Torrente ha dejado de deber*, el escritor ya hace explícitas algunas características del tipo de lector previsto para entender y disfrutar la lectura de la novela:

“Si usted es una persona grave y trascendental, incapaz de soportar una burla a sus ídolos, a las estatuas móviles o inmóviles del país o del exterior, suspenda aquí la lectura... pues le esperan malos ratos... pero si cree, con el autor, que en todas las situaciones de la vida, por dramáticas que sean, hay aspectos jocosos y en los actos de todo hombre, por solemne que parezca, hay un fondo de comicidad, bien puede continuar leyendo que, a lo mejor, va a divertirse.” (Salom Becerra, 1976, p. 9)

En este párrafo el autor no sólo presupone que la audiencia debe estar familiarizada con la dinámica político-social de Colombia (principales actores y sucesos de orden nacional así como personalidades internacionales asociadas directamente a los asuntos nacionales), además de tener cierto conocimiento cultural, literario y lingüístico, sino también espera que los lectores posean cierto sentido del humor que les permita deleitarse con la sátira expuesta en la novela. Estas dos características serán el punto de partida para establecer más detalladamente el tipo de audiencia con base en la información suministrada en la novela.

4.1.1. Conocimiento del contexto político-social

El tipo de receptor de la sátira de Becerra se distingue por conocer y entender la cultura, la sociedad y el sistema económico-político de Colombia, más exactamente de Bogotá, ya que los sucesos en todas sus novelas transcurren en la capital de la república. Sumado a ello, las novelas hacen alusión a un periodo determinado, entre principios del siglo XX y mediados de los años 70's, el cual fue un periodo de cambios decisivos para los habitantes capitalinos tanto en materia política (como la consolidación del partido liberal, el surgimiento de ideas socialistas y sindicatos, el incremento de la violencia bipartidista y la injerencia de EEUU en asuntos estatales) como en el desarrollo económico y social representado en la alteración física de la ciudad y la mudanza de costumbres, usanzas y comportamientos sociales. Más adelante se ahondará en los acontecimientos históricos que permiten construir la crítica sátira de Salom Becerra.

4.1.2. Conocimiento cultural y literario

En materia cultural y literaria, Salom Becerra menciona elementos pertenecientes a la idiosincrasia bogotana y hace alusiones bíblicas, históricas y de literatura universal. Por una parte, la sociedad descrita por Bernabé Bernal e ilustrada en *Don Simeón Torrente ha dejado de deber* y *Al pueblo nunca le toca* admiraba a renombrados poetas Colombianos de principios del siglo XX como Julio Florez y Enrique Álvarez Henao; disfrutaba de los sonetos de Juan Lozano, la poesía de José Asunción Silva y canciones populares como “la hija del penal”⁴⁷; goloseaba con los panderos, los cotudos y las panelitas de leche; merendaba con masato (bebida fermentada de arroz o maíz), peto (postre a base de maíz blanco) con panela y mantecadas; jugaba a los policías y ladrones y a las escondidas, con bolas de cristal, aro y carrito de madera; se entretenía con las películas de Carlos Gardel y después con las de origen mejicano; creía en el “Todo poderoso” pero se atemorizaba con el Coco, los crímenes del doctor Russi⁴⁸ y “el tiempo del ruido”⁴⁹ en Bogotá; y daba largos paseos por Monserrate, el Parque Nacional y el Parque de la Independencia. Estos rasgos idiosincráticos de la población capitalina son aspectos de identificación

⁴⁷ Canción popular en las cantinas que cuenta el enamoramiento de la hija del carcelero por un reo que mato por honor al hombre que burlaba el amor de su hermana. No hay un claro consenso de quienes son los autores pero se hizo famosa en Colombia a través de la voz de Helenita Vargas, cantante colombiana apodada “la Ronca de Oro”.

⁴⁸ El Doctor Russi era un jurista apodado el abogado de los pobres, ya que sus clientes no solo eran de escasos recursos sino también bandidos y ladrones que no tenían defensa ante la justicia. Fue enjuiciado sin pruebas contundentes por la muerte de un informante en un caso de robo muy importante y fusilado públicamente en 1851. Su figura se tornó en un personaje fantasmagórico que recorría las calles del centro de la capital (Ocampo López, 1996 pp. 76-77)

⁴⁹ Hacia las 10 de la noche el 9 de Marzo de 1671 se escuchó en Bogotá un ruido ensordecedor que se prolongó por espacio de 15 minutos: “El efecto fue inmediato. En menos de nada la ciudad se transformó en un hervidero de aterrorizados habitantes que sin saber a ciencia cierta qué sucedía, pero con el temor de estar sufriendo un castigo de Dios; tal vez el juicio final, corrían despavoridos por las oscuras calles capitalinas.” (Borja, 2004)

cultural, cuyo significado connotativo en el contexto de la ciudad de Bogotá está presupuesto. Es decir, la audiencia debe ser capaz de establecer y/o reconocer nexos culturales con los elementos anteriormente mencionados para entender la dinámica social en las novelas. Por otro lado, las referencias bíblicas, históricas y literarias, además de indicar el conocimiento general que se espera de la audiencia, se usan como un elemento cultural contrastivo que se inserta en otro contexto para crear un efecto satírico. En el tiempo en el que se escribieron las novelas (los 70's) y al tiempo que ellas refieren, la religión era un componente fundamental que regía la sociedad y la biblia un libro de lectura obligatoria (por lo menos de los pasajes más conocidos mentados en las misas). También figuras de la literatura universal y acontecimientos de relevancia histórica nacional eran discutidos ampliamente en las tertulias de los cafés y las salas de estar. Salom Becerra se apoya en este conocimiento para yuxtaponer contextos opuestos y así lograr crear su sátira. En los siguientes pasajes de las novelas se aprecia como el conocimiento de literatura universal y eventos históricos es fundamental para reconocer la ironía, parodia y, en consecuencia, crítica que emana de estas formas literarias:

a) Ante el descontento de los conservadores y liberales con el gobierno, una fracción conservadora y el partido liberal decidieron la elección unilateral y arbitraria del general Rojas Pinilla⁵⁰. No obstante, los mismos que lo habían ayudado a tomarse el poder, arrepentidos de su error, ayudaron a derrocarlo. El narrador de *Al pueblo nunca le toca* comenta: “Y las mismas decenas de miles de Baltasares Riveros que, el 13 de junio del 53, [...] se habían lanzado a las calles [...] a gritar ¡Hosanna! ¡Aleluya!, se lanzaron el 10 de mayo del 57 a vociferar: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!” (Salom Becerra, 1990a, p. 186). En este pasaje Salom Becerra contrapone la caída de Rojas con la entrada de Cristo a Jerusalén y su posterior juicio. Para reconocer el fariseísmo político y la deslealtad de los seguidores que indica Salom Becerra en este aparte, es necesario que la audiencia reconozca la parodia de este episodio con lo sucedido a Cristo. Además el lector debe estar familiarizado con los hechos que llevaron a Rojas Pinilla al poder y también a su derrocamiento para entender la ironía. Rojas fue ensalzado por los líderes de la oposición como el Salvador de la patria del presidente tirano Gómez. Rojas, quien después se convirtió en intransigente, como lo era Gómez, fue obligado a renunciar a favor del Frente Nacional, coalición que formó el expresidente Gómez con el partido que había subido a Rojas al poder.

b) El narrador de Simeón Torrente *ha dejado de deber*, describe los acontecimientos de la seudo-guerra con el Perú de la siguiente manera: “llovieron [...] las bombas lanzadas por nuestros intrépidos aviadores, rugieron los cañones disparados por nuestros bravos marinos y las ametralladoras y los fusiles de los

⁵⁰Adolfo León Atehortúa Cruz (2010) en un artículo sobre el golpe de Rojas presenta el testimonio de Lucio Pabón, importante político colombiano: ‘Abrí la puerta del despacho donde estaban reunidos el doctor Ospina y el doctor Urdaneta conversando, y les dije: ‘vengo a comunicarles que el general Rojas acaba de asumir la Presidencia de la República’. El doctor Ospina se levantó y con un acento marcadamente antioqueño me dijo: ‘Pues ante los hechos cumplidos, no hay más remedio en casos como este, que aceptarlo’. Les dije: ‘Me parece que ustedes deben ser los primeros en hacerse presentes y ofrecerle respaldo’. (p. 38)

heroicos expedicionarios no dejaron de transmitir su mensaje mortífero: ta-ta-ta-ta... ta-ta-ta-ta... ¡pum! ¡pum! ¡pum!” (Salom Becerra, 1976, p. 119). En este aparte, el lector debe estar enterado de los hechos reales relacionados con este acontecimiento histórico para entender el contenido sarcástico e irónico en esta descripción de los hechos. Los intrépidos guerreros eran apenas campesinos inexpertos en el arte de la guerra y su ataque no fue repelido puesto que los militares peruanos “seis días antes habían abandonado la posición, dejando como recuerdo la bandera...” (Ibidem).

c) En el injusto encarcelamiento de Bernabé, su auto de detención apareció en las páginas rojas de los periódicos “junto con [su] fotografía y en alguno de ellos una nota que bajo el título de “Crimen y Castigo” (Salom Becerra, 1990c, p.150), el cual proclamaba el triunfo de la justicia. En este caso, se requiere que la audiencia conozca la obra de Dostoievski para descubrir la burlona analogía entre Rodión Raskólnikov, quien, movido por las circunstancias, contempla la idea de un crimen y realmente lo efectúa siendo castigado psíquica y corporalmente por ello; y Bernabé Bernal, quien, a pesar de las circunstancias (rodeado de malandros y oportunistas), no se deja tentar por la criminalidad pero termina siendo castigado espiritual y físicamente por el delito de otros.

4.1.3. Conocimiento lingüístico de la Audiencia

Las formas lingüísticas también cumplen un papel importante en la identificación de la audiencia. Las novelas confrontan al lector con dichos, jergas y bogotanismos propios de la idiosincrasia capitalina y sus alrededores. Salom Becerra utiliza dichos populares para resaltar de una forma irónica y burlona las circunstancias trágicas de los personajes. Un ejemplo de ello es el dicho presentado en un *Un tal Bernabé Bernal* donde los vecinos del protagonista se burlan de su condición como esposo subyugado al murmurar: “Allí viene Bernabel Bernal; los testículos deben venir atrás en un Camión” (Salom Becerra, 1990c, p.15). El autor se sirve de la jerga para identificar la procedencia geográfica y/o social de los personajes además de parodiar las características estereotípicas de estas comunidades, por ejemplo, la jerga utilizada por el sindicalista de la industria cervecera de Julián Arzayús, “Baviera”, en *El Delfín*, quien se deja seducir por el soborno de Arzayús y le dice: “Pos naturalmente lo mio tá primero!... El que venga atrás que’iarrié...!” (Salom Becerra, 1990b, p. 170). Finalmente los clásicos bogotanismos de estratificación social como “entre la espada de la “jai” y la pared de la “guacherna”” (Salom Becerra, 1976, p.67) u otros como “¡Que vaina!” (Salom Becerra, 1990a, p.31), “...un pedazo de ponqué”, (Salom Becerra, 1990c, p.34 “[soplar] en los exámenes” (Ibidem) no sólo refuerzan el sentido paródico y satírico, sino que llevan a la audiencia prevista a identificarse con la comunidad reflejada en las novelas. Estas formas lingüísticas deben formar parte del conocimiento popular de la audiencia para originar el efecto cómico que se desea. Sobre el efecto satírico del uso del lenguaje se hablara más detalladamente cuando se presente la construcción de la sátira en las novelas de Salom Becerra.

4.1.4. La predisposición humorística de la audiencia

La predisposición humorística de la audiencia es un aspecto fundamental para entender y deleitarse con la sátira de Salom Becerra. El autor se dirige al bogotano promedio, trabajador de clase media que “sonríe a sus propias penas, convierte los dramas en sainetes y disuelve sus problemas con el ácido corrosivo del humor” (Salom Becerra, 1990c, p. 29). Según el autor, el humor es una característica intrínseca en la comunidad bogotana de clase media, que sufre la tragedia de trabajar incansablemente y nunca tener lo suficiente, de quejarse y nunca ser escuchado, de tener ideales fundados en la esperanza y verlos desmoronarse incesantemente. Sin embargo es una comunidad que se repone de sus penas con el humor, “El antídoto supremo” (Salom Becerra, 1990b, p. 58). Esa comunidad es precisamente para la cual están escritas las novelas. Una comunidad que se ve reflejada en Bernabé Bernal, Simeón Torrente, Casiano Pardo, Baltasar Riveros y que condena burlescamente en amenas tertulias a los dirigentes como Julián Arzayús, ya que no encuentran otro tribunal donde se escuche su palabra. Este carácter limitado en la audiencia es uno de los factores que evita una propagación más amplia de las obras de Salom Becerra y, por tanto, que sea un escritor poco conocido fuera del ámbito capitalino de los años 70’s y 80’s.

Con base en las dos características ya esbozadas, el contexto socio-político, el conocimiento cultural y lingüístico de una época determinada, y la predisposición humorística de una comunidad en particular, se puede concluir que la audiencia prevista para la sátira de Salom Becerra es el bogotano promedio de clase media a media-baja, con un cierto nivel educativo que le permita a) reconocer las alusiones bíblicas y de la literatura nacional, así como las principales expresiones culturales y lingüísticas propias de la sociedad bogotana, y b) desarrollar un saber crítico sobre los acontecimientos socio-políticos nacionales. Asimismo, al retomar el concepto de “the temporality of humor community” de Carrell expuesto en el capítulo anterior, se puede apreciar que el público lector está limitado no sólo a un espacio geográfico y una clase social sino a una determinada época. Así, la audiencia de Salom Becerra está circunscrita a la de antaño, aquellos que han vivido y crecido con la cultura capitalina y sido testigos de los principales acontecimientos nacionales entre principios del siglo XX y finales de los años 70’s.

4.2. Ahora si puede comenzar a leer que, a lo mejor, va a divertirse: La construcción satírica en las novelas de Salom Becerra

Hay tres aspectos principales que fundamentan la crítica satírica que Salom Becerra presenta en sus novelas: a) la incorporación de espacios físicos y acontecimientos históricos como escenarios de la crítica sociopolítica; b) el efecto antitético de las acciones de los personajes para ilustrar irónica y paródicamente las incoherencias morales y éticas; y c) el uso de expresiones del habla vernácula y la parodia de estereotipos regionales como parte de la construcción satírica.

4.2.1. Espacios y acontecimientos históricos integrados en la sátira de Salom Becerra

4.2.1.1. Bogotá, un alma grande en un cuerpo diminuto, o ... ¿un gigante sin alma?: El espacio urbano histórico

En todas las novelas de Salom Becerra se hace referencia a “el villorrio apacible” (Becerra, 1990a, p. 19) que era la Bogotá de principios del siglo XX en contraste con el extenso espacio urbano y la cultura popular que marca a la capital después de la mitad de siglo XX. Este cambio urbano se puede apreciar en las novelas de Alvaro Salom Becerra cuando este hace referencia a lugares físicos que existieron en la capital como “las tres calles Reales y las tres del Florián, de los barrios de la Catedral y la Candelaria” (Salom Becerra, 1990b, p. 102) en las que moraban la aristocracia bogotana que después se trasladaría al barrio Teusaquillo y Chico, a las afueras de lo que era la antigua Bogotá, donde aún se pueden ver las grandes casas y mansiones de la elite capitalina. Salom Becerra también refiere los lugares representativos donde se asentaron los habitantes de clase media, como el barrio las Aguas, Santa Barbara y Augustín, y clase baja, como las cruces, el barrio Egipto y el paseo Bolívar. Estas referencias no solo ayudan a establecer las condiciones socio-económicas de los personajes en sus novelas, ya que cada uno de ellos está ligado a un espacio conocido por el público, sino a apreciar la explosión demográfica y el subsecuente hacinamiento acontecidos en la capital después de 1940: “En 1946 se manifiesta en Bogotá un aumento de la demanda de vivienda, un creciente déficit de alojamientos, el incremento del hacinamiento y de las formas del hábitat compartido.” (Cardeño Mejía, 2007, p. 50). Este cambio histórico del espacio físico de la ciudad es utilizado por Becerra para mostrar contrastivamente la alteración del espíritu de la Bogotá de antaño y reprobando la descomposición moral y social de la nueva Urbe capitalina, a pesar de su desarrollo físico: “Bogotá era una sociedad limitada y se ha vuelto una sociedad anónima [...]. La ciudad materialmente ha avanzado muchos kilómetros pero espiritualmente ha retrocedido unos tantos. Ha ganado en rascacielos y avenidas lo que ha perdido en ingenio y señorío” (Salom Becerra, 1990c, p. 178). Otros lugares de referencia que reflejan el status social y nivel educativo de los personajes son: el Jockey Club, refugio de los poderosos y clases altas, donde “El escudo de armas y una bolsa bien provista eran los requisitos de admisión.” (Salom Becerra, 1976, p. 66); locales como la gata golosa y la Botella de oro donde se tomaban unos tragos hombres de clase media, el café inglés y el Windsor y el automático donde asistían “la crema de la intelectualidad” (Salom Becerra, 1990a, p. 80), y las chicherías el oasis y la bomba roja, donde se emborrachaba la guacherna. Estos lugares no solo evidencian la fuerte segregación clasista de la época (apoyada en la moral y buenas costumbres) sino también son fuente de irónica contradicción del mismo sistema de clases. Es así como Casiano Pardo, un ciudadano de bajos recursos en *Al pueblo nunca le toca*, termina cenando con los altos potentados en el Jockey club tras un golpe de suerte; el visceral, inculto y casi indigente Baltasar Riveros se codea con los líderes políticos e importantes intelectuales en el Café “Windsor”; e ilustres magistrados como Velandia en *Un tal Bernabé Bernal*

frecuentan prostíbulos de poca monta. La dinámica social clasista reflejada en el espacio urbano de la época es fundamental para entender el comportamiento político de los dirigentes, quienes perteneciendo a la clase alta, segregada de la clase baja, se consideran un grupo privilegiado, cuya finalidad es mantener ese privilegio a través del sometimiento de las otras clases.

4.2.1.2. ¡La voz del pueblo es... la voz que se acalla: Abuso de la fuerza pública en manifestaciones civiles

En las novelas de Salom Becerra se hace referencia a cuatro manifestaciones públicas que reflejan el abuso y beligerancia de la fuerza estatal en contra de la población civil. Estas protestas históricas son puestas nuevamente en escena para ilustrar irónicamente la arbitrariedad del estado al querer imponer su autoridad y contrarrestar las quejas presentadas por los ciudadanos.

En *El Delfín* Alvaro Salom Becerra recrea la manifestación de los sastres acaecida en Marzo de 1919 y las manifestaciones estudiantiles frecuentes desde inicios del siglo XX. Estas protestas son representadas como movilizaciones pacíficas que piden protección al estado. La marcha de los sastres buscaba con justo motivo detener el tratado comercial establecido entre el gobierno y los EEUU para comprar los nuevos uniformes militares que se utilizarían en el centenario del 7 de Agosto cuando los sastres nacionales, en precarias condiciones económicas, podían hacerlos. Las protestas de los estudiantes son reunidas en una sola, la cual tiene lugar durante el tiempo en el que Julián Arzayús era Ministro de defensa. En ambas manifestaciones Julián Arzayús desde una ventana elevada observa el avance de la muchedumbre que se avecina. En el caso de los sastres, los manifestantes marchan con coloridas banderas y pancartas que dicen: “Los sastres nacionales podemos y queremos hacer los uniformes de nuestros hermanos!” (Salom Becerra, 1990b, 62). Además, uno de los líderes solicita respetuosamente al mandatario a retractarse de la decisión tomada por medio de un discurso que rescata la dignidad y buena voluntad de los sastres nacionales. En el caso de la protesta estudiantil, los estudiantes deciden también llevar pacíficamente sus peticiones al gobierno con una marcha cuando este se había negado a dar respuesta a sus apelaciones anteriores. Con canciones y arengas, los estudiantes tratan de apaciguar los ánimos de los soldados enviados a contener la marcha. En ambos casos la fuerza pública arremete sorpresivamente contra los manifestantes: “Muchos cayeron en la desbandada y fueron pisoteados por sus compañeros. En un minuto la multitud quedo reducida a unos cuantos cuerpos inertes, otros se arrastraban dolorosamente por el suelo...” (Salom Becerra, 1990b, p. 147).

Por un lado, la figura de Arzayús como testigo directo de las masacres y representante prototípico de las oligarquías reinantes y, por otro, el pueblo como el principal ejecutor de la protesta parodian la dinámica entre los poderosos y el vulgo. Los primeros son espectadores que observan desde su palco las tragedias

del pueblo y las injusticias que avaladas por ellos mismos se acometen en su contra. Los segundos son los actores inermes del espectáculo, quienes exponen su pellejo.

Estos pasajes también presentan un cruel contraste entre el discurso humano del modesto ciudadano quien reclama amparo y atención al estado, y la respuesta brutal e implacable del gobierno que debería velar por los intereses de los ciudadanos. Este ultraje y atropello de aquellos que detentan el poder se manifiesta más claramente en las palabras de Clímaco Arzayús y su hijo, Julián, después de los sucesos. Clímaco reprende a Julián cuando este le narra con repudio lo sucedido con los sastres: “deja tanta sensiblería!... Es necesario mantener a raya a la plebe si deseamos conservar el poder” (Salom Becerra, 1990b, p. 65). Veintitrés años después, Julián desde la ventana de su oficina, como Ministro de Defensa, condena el atrevimiento de los estudiantes y avala la arbitrariedad estatal: “No olviden ustedes caballeros que son funcionarios públicos y deben estar al lado del gobierno con la razón o sin ella” (Salom Becerra, 1990b, p. 148). Sin embargo, el culmen de la crítica mordaz al abuso y procacidad de la clase dirigente se encuentra en el discurso cínico del mismo Julián Arzayús, quien había sido testigo del desafuero de la fuerza pública: ¡Y vi por último a ese grupo de soldados denodados e intrépidos ganar una segunda batalla de Lepanto, pues derrotando al monstruo de la revolución, salvaron nuevamente la civilización cristiana y la cultura occidental...!” (Salom Becerra, 1990b, p. 68)

En *Un tal Bernabé Bernal* y en *Don Simeón Torrente ha dejado de deber* el narrador hace alusión a tres protestas históricas: la protesta de estudiantes en contra de la rosca (ver página 12) en 1929, en la cual fue asesinado estudiante nariñense Gonzalo Bravo Pérez⁵¹ por una bala militar, la marcha en conmemoración a este asesinato en 1954 y el vituperio a la hija del general Rojas Pinilla como protesta a su régimen. En la primera, el narrador autodiegético, Bernabé Bernal, cuenta como siendo aún estudiante del último grado de bachillerato padeció las injusticias de la ley y la sociedad al ser aprehendido por estar en el lugar equivocado y a la hora equivocada. La curiosidad lo había tentado y se vio de repente en medio de la marcha. Bernabé fue encarcelado sin pruebas de delito por 72 horas con una mujerzuela, un pedófilo y un ratero. Fue luego azotado por su padre y por el prefecto del colegio por supuesto conspirador en contra del gobierno. Como lección aprendida después del atropello cometido contra él, Bernabé reconoce por primera vez “el mito de la democracia, la farsa de la libertad de palabra y de reunión” (Salom Becerra, 1990c, p. 45). Sobre la segunda y tercera protesta, el narrador de *Don Simeón* comenta sarcásticamente:

⁵¹ Irónicamente, el gobierno al enterarse que Bravo era hijo de una familia adinerada y de alto rango social “ordenó tres días de duelo. El cadáver, conducido a paso lento y acompañado por una inmensa manifestación de rechazo, terminó desplazado hasta el cementerio sobre la cureña de un cañón. Fue cuidado por una guardia de honor que primero lo acompañó hasta la basílica, en procesión encabezada por la Dirección de la Federación de Estudiantes.”(Profesor Universitario Ciro Quiroz citado en Chavez, 2015). Sin embargo ese mismo trato no lo recibieron los estudiantes masacrados en la manifestación de 1954 durante el gobierno de Rojas.

“El 9 de Junio de 1954 millares de estudiantes armados hasta los dientes, atacaron a unos pocos soldados inermes y estos repelieron valerosamente el ataque. Saldo: diez estudiantes muertos y muchos heridos. En el circo de toros la Santamaria centenares de civiles energúmenos atacaron a algunos inofensivos representantes de la autoridad legítimamente constituida. Y varios atacantes pagaron con su vida el alevoso delito”⁵² (Salom Becerra, 1976, p. 158)

Estas protestas históricas son la base para la crítica que hace el autor en contra de la maquinaria política que abusa de su supremacía y, además, legitima falazmente sus procedimientos injustos a través de instituciones de peso nacional, las cuales se unen al aparato que sustenta el poder como los medios de comunicación, el aparato educativo, la religión y el sistema judicial. En *El Delfín* Salom Becerra muestra como el abuso del poder es perpetuada por los medios escritos de información, representados en “El Incondicional”, cuyo lema “confunde y reinarás” es la base para las medias verdades que ostentan sus artículos periodísticos, como se puede ver en el caso de la manifestación de los sastres: “Apedreado el palacio presidencial por agitadores comunistas. La guardia rechazó valerosamente el ataque... El país desagravia hoy al primer mandatario” (Salom Becerra, 1990b, p. 66); e igualmente en la protesta estudiantil: “Sofocado conato revolucionario. Estudiantes comunistas atacaron al ejército con granadas en mano y ‘cocteles molotov’. Varios militares muertos y heridos... valerosa acción de la tropa. La nación entera respalda al gobierno” (Salom Becerra, 1990b, p. 149).

Los medios no son la única fuente de mal información o de verdades a medias que Salom Becerra refiere. En *Al pueblo nunca le toca* el narrador hace un paréntesis en la historia de los dos contertulios, Casiano y Baltasar, para citar un pasaje del *Compendio de la Historia de Colombia*, de los abogados conservadores Jesus María Henao y Gerardo Arubla, el cual fue el adoptado en 1910 como “texto oficial para la enseñanza de la Historia en las escuelas primarias de todo el país” (Cano Vargas, 2013, p.3). Este compendio describe los hechos acontecidos en la protesta y posterior huelga de gran escala en las bananeras. Según el pasaje los huelguistas se tomaron violentamente la zona, allanaron locales comerciales y hogares, destruyeron el banano, atentaron “contra la libertad de los mismos obreros que querían continuar trabajando y no se cundaban al movimiento. Luego los alzados desarmaron una escolta del ejército; destruyeron las líneas telegráficas y telefónicas... se desconoció las autoridades” (Henao y Arubla en Salom Becerra, 1990a, p. 82). Motivo por el cual, continua diciendo el pasaje, el gobierno “como medio de defensa social, una vez agotados todos los recursos que indicaba la prudencia para ver de pacificar los ánimos... mediante el imperio de la ley marcial, hicieron renacer la tranquilidad y volver al régimen legal” (Ibidem). El narrador apunta que, además de justificar la acción del gobierno, en la tragedia de la matanza de las bananeras, los historiadores no incluyeron cifras de heridos y muertos, ni siquiera los mencionan. Irónicamente “García Márquez en “Cien años de soledad”- afirma que fueron tres

⁵² Con respecto a las posteriores investigaciones, Iriarte (1988) apunta que El ilustre jurista liberal doctor Carlos Arango Vélez fue designado como investigador en la masacre (de la marcha estudiantil en el gobierno de Rojas) y al cabo de corto tiempo se vio obligado a renunciar debido a las múltiples obstrucciones que encontró en el desempeño de su labor. (p. 258)

mil” (Salom Becerra, 1990a, p. 82). Si bien es cierto que los huelguistas tomaron medidas drásticas para ser escuchados, el proceder militar del estado está aún hoy en día condenado como bárbaro y la cuantía de muertos no se puede estimar. Hay que recordar que los autores de este compendio eran militantes del partido en el poder en esa época (partido conservador) y su texto fue revisado antes de ser publicado⁵³ (Cano Vargas, 2013). Estos aspectos son bien conocidos por Salom Becerra quien aprovecha los acontecimientos en la novela para mostrar sarcásticamente a través de la voz del narrador omnisciente la discordancia entre la realidad y lo que se divulga.

Igualmente, Salom Becerra hace palpable el uso político que se hace de las creencias religiosas cuando refiere a forma de sarcasmo una pastoral difundida después del suceso de los sastres en *el Delfín*, la cual intenta disuadir a los fieles de protestar: “Parodiando a Cristo podemos decir ahora: “El que a piedra ataca, a bala muere”. Elevemos nuestras preces a Dios para que perdone y reciba en su aprisco celestial a estas ovejas descarriadas” (Salom Becerra, 1990b, p. 67). El aparato de Justicia nacional es más mordazmente criticado y parodiado. En tres de sus novelas, Salom Becerra ilustra con extrema ironía como la justicia menoscaba los artículos⁵⁴ 19, 45, 46 de la constitución de 1886 que protegen el bien de la ciudadanía y el derecho a la protesta. En favor de la reinante minoría, los jueces encargados de las investigaciones en la marcha de los sastres y la manifestación de los estudiantes defienden y apoyan la acción de los militares descrita en *El Delfín*. Un renombrado jurista, Casaredo Obaldía, arguyó que en la matanza de los sastres “El estado ejerció, a través de sus representantes uniformados, el derecho de legítima defensa” (Salom Becerra, 1990b, p.66). El juez Escipión Payán, por su parte, sentenció a “[n]ueve universitarios inocentes fusilados sin fórmula de juicio” con ayuda de pruebas implantadas en sus casas y condenó a tres más “por delitos inexistentes y con pruebas preconstruidas a la pérdida de la libertad durante la tercera parte de su vida” (Salom Becerra 1990b, p.154).

Finalmente, el sistema judicial es parodiado por Simeón en medio de la “Fiesta de los Estudiantes”, celebración cargada de desfiles coloridos, comparsas y carrozas. Un carnaval que, siguiendo el concepto de Bakhtin (1984)⁵⁵, distorsionaba y trasgredía el orden social de la cotidianidad, levantaba las prohibiciones e invitaba a todos los ciudadanos a disfrutar igualmente de la fiesta. Simeón no era la

⁵³ Dicho compendio hizo parte de un concurso abierto por la Comisión Nacional del Centenario de la Independencia. Este texto “ayudó a formar varias generaciones de colombianos, construyendo identidad nacional y nacionalismo a través de la difusión de la historia oficial basada en concepciones de ciudadanía que emanaban de las ideas del partido Conservador y las doctrinas de la iglesia Católica a comienzos del siglo XX.” (Cano Vargas, 2013, p.1)

⁵⁴ “Artículo 19.- Las autoridades de la República están instituidas para proteger a todas las personas residentes en Colombia, en sus vidas, honra y bienes, y asegurar el respeto recíproco de los derechos naturales, previniendo y castigando los delitos. Artículo 45.- Toda persona tiene derecho de presentar peticiones respetuosas a las autoridades, ya sea por motivos de interés general, ya de interés particular, y el de obtener pronta resolución.

Artículo 46.- Toda parte del pueblo puede reunirse o congregarse pacíficamente. La autoridad podrá disolver toda reunión que degenerare en asonada o tumulto, o que obstruya las vías públicas.” (Constitución Política de Colombia, 1886)

⁵⁵ “As opposed to the official feast, one might say that carnival celebrated temporary liberation from the prevailing truth and from the established order; it marked the suspension of all hierarchical rank, privileges, norms, and prohibitions. Carnival was the true feast of time, the feast of becoming, change, and renewal.” (Bakhtin, 1984, p.10)

excepción y, al creer que en este espacio podía expresar su opinión sobre la justicia sin amonestación alguna, decidió armar su propia comparsa:

Sobre una pequeña mesa se veía la balanza de la señora Encarnación, uno de cuyos platillos se inclinaba bajo el peso de la palabra “ORO”. Al lado se erguía Simeón, tocado con el gorro frigio y envuelto en la toga (léase: cortina): con una mano sostenía los “impertinentes” sobre los ojos y con la otra levantaba la espada de cartón, cuya hoja exhibía la leyenda: “CODIGO CIVIL”; a sus pies, arrodillado, con la cabeza inclinada, en la actitud de mártir que se dispone a recibir el golpe del verdugo: “El pueblo”, ósea el chino Agustín. Y a uno y otro lado de la carreta, sendos letreros que decían: “ASÍ ES LA JUSTICIA”. (Salom Becerra, 1976, p. 89-90)

Claramente su comparsa ilustraba el viejo dicho: “la justicia es sólo para los de ruana” o en más sencillas palabras: la justicia sólo se aplica al ciudadano del común; los de cuello blanco son inmunes a ella. Por parodiar la justicia como un acto de protesta latente, Simeón fue aprendido y encarcelado cinco días por promover “actividades subversivas que [ponían] en peligro el régimen constitucional y la seguridad interior del Estado y [amenazaban] la estabilidad de la instituciones que nos rigen...” (Salom Becerra, 1976, p. 91)

Todos estos elementos, el abuso de la fuerza pública en las manifestaciones, el cinismo del clan Arzayúz , la desinformación de los medios en relación a las protestas, la manipulación de la justicia y las creencias, y la desventurada comparsa de Simeón, forman un cuadro trágico-cómico, el cual es construido paródicamente por Salom Becerra para hacer pública su crítica en contra del despotismo ejercido por las autoridades para acallar a las multitudes que exigen atención y protección del estado.

4.2.1.3. Las dos caras de la misma moneda: Los políticos y sus partidos

El tema principal y común en todas las novelas de Alvaro Salom Becerra es la vida política nacional debatida entre liberales y conservadores desde inicios de siglo XX a mediados de 1970. Todos los personajes están suscritos a algún partido político más por obligación que por convicción. Salom Becerra utiliza los protagonistas de sus novelas como medio para caracterizar paródicamente la dinámica política existente entre ambos partidos políticos, liberal y conservador, y, de esta manera, cuestionar su autenticidad y autoridad. Paralelamente, Salom Becerra integra en sus historias muchos acontecimientos y personajes históricos relacionados con los dos partidos reinantes, lo cual desdibuja los límites entre los hechos ficcionales y los hechos reales permitiendo establecer una relación analógica entre el relato ficcional paródico y lo que se parodia. Los hechos reales se convierten, en esta medida, en un soporte convincente que valida la crítica que se hace al bipartidismo colombiano.

En primera medida, el narrador y los protagonistas en las narrativas dejan unánimemente en claro que los motivos por los cuales pertenecen a un determinado partido no están fundamentados en la consciencia, la razón y la libertad de decisión sino que, por el contrario, se originan arbitrariamente en una herencia política de carácter obligatorio, un mito patriótico-histórico y/o la conveniencia.

Con respecto a la herencia política, los protagonistas muestran absurdamente como la adhesión a un partido político está determinada desde su nacimiento y está estrictamente vinculada a una tradición familiar o regional y no a un criterio propio. Bernabé Bernal es “conservador en acatamiento a las órdenes de [su] padre” (Salom Becerra, 1990c, p. 43); Julián Arzayús está inscrito “al partido que [su padre] orientaba y dirigía.” (Salom Becerra, 1990b, p. 61); Simeón es conservador “aunque no sab[e], a ciencia cierta, por qué lo [es]. [...] Imitar el ejemplo de su padre, [...] dar su vida en defensa de la Constitución del 86 y de la sacrosanta doctrina conservadora, era su máxima ambición” (Salom Becerra, 1976, p.112); Casiano Pardo al tener “tatarabuelos, bisabuelos, abuelos y padres [que] habían sido godos de ‘raca y mandaca’ [...] [es] naturalmente, conservador” (Salom Becerra, 1990a, p. 15) y Baltasar Riveros al ser engendrado “por un ciudadano liberal y concebido por una ciudadana tan liberal como su esposo; siendo, además, nieto, bisnieto y tataranieto de individuos afiliados a ese partido [...] era obviamente liberal” (Ibidem). Desde el pusilánime Bernabé hasta el fanático Baltasar militan en su partido no por convencimiento sino por orden directa de sus progenitores. Esta tradición política obligatoria también se reconoce en eventos históricos incluidos en las novelas. Un ejemplo claro es la contienda electoral después del Frente Nacional. Después de esta unión patriótica, curiosamente, los hijos de los expresidentes, abanderados por los partidos políticos a los que pertenecían sus padres, se enfrentaron en las elecciones presidenciales, a lo que el narrador de *Al pueblo nunca le toca* se refiere sarcásticamente: “Tres casas reales reclamaron sus derechos a la corona: la casa López [partido Liberal], La Casa Gómez [partido Conservador] y la Casa Rojas [partido unión popular], equivalentes a la de Borbón, la de Braganza y la de Habsburgo.” (Salom Becerra, 1990a, p. 192). Al comparar la oligarquía colombiana con tres dinastías reales, Salom Becerra hace eco de la herencia política que va de padres a hijos y que, al igual que las coronas, se hereda. De este modo, Salom Becerra expone el absurdo de la fidelidad hereditaria a un partido político, la cual está basada en un autoritarismo patriarcal.

En cuanto al mito patriótico-histórico, ambos partidos tienen su origen en batallas legendarias (como la de los *Mil Días*) y héroes nacionales que legitiman sus ideas: “El mito sirve así para justificar una práctica que se valida a posteriori, en forma deductiva, con postulados, reales o supuestos, emanados de los fundadores de la “nacionalidad”, de la patria y por lo tanto válidos porque proceden de éstos y se confunden con aquélla” (Tirado Mejía, 1996, p. 86). Este mito permite no sólo legitimar el partido sino atraer fieles adeptos a las ideas patrióticas difundidas por los héroes de la patria. El padre de Simeón había participado en la histórica guerra bipartidista de los Mil Días (con la única función de transportar mulas a los cuarteles generales) y por tanto su fidelidad al partido estaba en parte basada en sus dos ídolos: El general Arístides Fernández y el General Próspero Pinzón, ambos figuras notables en la guerra de los Mil Días. En *Al pueblo nunca le toca* las continuas rencillas de Baltasar y Casiano por la legitimidad política dejan entrever algunos nombres de renombradas personalidades nacionales:

...Ustedes no han tenido a un José Eusebio Caro, a un Miguel Ant3nio Caro, a un Carlos Olgu3n, a un Jos3 Vicente Concha, a un Guillermo Le3n Valencia?

– Afortunadamente no- replic3 Baltasar, energ3meno- Y no nos han hecho falta... pero en cambio, hemos tenido a un Santander, a un Murillo toro, a un Rojas Garrido, a un Santiago P3rez, a un Rafael N3ñez...” (Salom Becerra, 1990a, p.33).

En *El Delf3n* se puede apreciar desde el inicio la influencia de personajes importantes nacionales: “Juli3n ser3 presidente [...] pero hay que educarlo para ese empleo. Hace unos d3as por ejemplo, mand3 a colocar en su alcoba los retratos de Santander, Mosquera y N3ñez [...] Porque la vida de Santander es una lecci3n de crueldad, la de Mosquera una de orgullo y la de N3ñez una de cinismo” (Salom Becerra, 1990b, p. 29). Al igual que las epopeyas griegas, los cantares de gesta del medioevo y las sagas, Salom Becerra muestra como los actos de “h3roes” nacionales se convierten en 3dolos y modelos a seguir, adem3s de respaldar los principios de los partidos a los que pertenecen.

Un ejemplo de idolatr3 del h3roe nacional es Jorge Eliecer Gait3n. Similar a algunos h3roes modernos como Martin Luther King, Mahatma Gandhi o el Che Guevara, Gait3n es presentado en la novelas de Salom Becerra como un Salvador, el caudillo elegido entre las alimañas para rescatar al pueblo. Espec3ficamente en *Al pueblo nunca le toca* Gait3n es retratado sublimemente por el narrador como el 3nico digno representante y h3roe del pueblo:

“El color de su tez era el mismo de las gentes a quienes el sol del infortunio le ha tostado la suya. La mirada entre maliciosa y agresiva era la misma de los seres que han sufrido todos los rigores de la adversidad [...] la voz era inconfundible de los de abajo [...] con ingentes esfuerzos se hab3a hecho a s3 mismo, logrando subir, peldaño a peldaño, desde el arroyo hasta el palacio de los poderosos. Hab3a sido defensor permanente de los desheredados: de los arrendatarios del “El Chocho” y de los obreros de la zona Bananera. [...] hab3a librado recias batallas por la democracia [...] Pose3a, en fin, la convicci3n, la rebeld3a y la elocuencia de los grandes caudillos populares” (Salom Becerra, 1990a, p. 153)

Este retrato de Gait3n no es s3lo la descripci3n ficcional y parcializada del narrador, es tambi3n, en realidad, una imagen pol3tica revolucionaria. Gait3n demostraba su apoyo al pueblo al intentar “politizar y unificar la protesta y agitaci3n vigorosas que campesinos y jornaleros, aparceros y arrendatarios, libran principalmente en la regi3n central del pa3s contra explotadores locales” (Palacios, 1971, p. 42); organizaba marchas pac3ficas en contra de la violencia como la marcha del silencio, en la que “el caudillo, ante la multitud muda, reconvertir3 el silencio, s3mbolo de la lucha contra la presencia arrasadora de la muerte, en signo demostrativo de la fuerza amenazante del partido liberal” (Perea, 1998, p. 32); y llenaba escenarios pol3ticos con miles de adeptos “plenos de alegr3a y confianza en el triunfo, participantes de una experiencia pol3tica sin precedentes” (Huertas D3az y Mora Calvo, 2008, p. 97) a los que se dirigi3a en frases sencillas y a veces en tono de “burla, como elemento constitutivo de la identidad popular por la v3a de ridiculizar a los de arriba” (S3nchez 3ngel, 2008, p.19).

Esta figura de contracorriente pol3tica que simbolizaba Gait3n, es utilizada por Salom Becerra en su segunda novela, *El Delf3n*, para crear a Juan Jos3 Jim3nez, el 3nico contrapeso de Julian Arzay3s. Juan

José es el hermano bastardo de Arzayús, ese otro que fue despreciado y condenado a la pobreza. Su origen es el mismo que el del campesino, labriego y proletario. Un hombre convertido en abogado brillante a punta de esfuerzos ingentes, quien denuncia la corrupción política. A pesar del parentesco sanguíneo que los une, Juan José posee moralmente todo cuanto Julián Arzayús carece. Él personifica una reformada figura del Eiron que triunfa a pesar de las adversidades y se contrapone al impostor Alazon. Mediante su irónica presencia y voz hace evidente la impostura de Julián, y por tanto, de la clase política que él representa. En su enfrentamiento con Julián en el parlamento, Juan José desenmascara al Delfín (Julián): “Ha sido y es un individuo débil, incapaz de sobreponerse a la influencia del medio en que nació [...] yo he sido todo lo que no quiso o no pudo ser el Delfín. Un hombre fuerte endurecido y templado por el sufrimiento” (Salom Becerra, 1990b, p.191). Al igual que Gaitán en sus convocatorias públicas, Juan José denuncia la hipocresía y vileza de las oligarquías colombianas: “La oposición naturalmente no existe. Toda voz discordante está condenada a sufrir el silencio de la muerte o el silencio de la cárcel. La clase dirigente gobierna al país a través de unos partidos que en el fondo y la forma son uno solo, que se disputan el presupuesto en jornadas sangrientas o lo comparten fraternalmente” (Salom Becerra, 1990b, p. 194). Esta batalla moral le concede a Juan José, al igual que se lo concedió a Gaitán, la figura mesiánica que el pueblo necesita para creer en un partido determinado aun cuando sus copartidarios no tengan el mismo sentido social y a la par es utilizada como símbolo del partido.

En esa medida, Baltasar Riveros, es una caracterización exagerada que hace Salom Becerra del idolatra nacional quien ve en la figura mesiánica del caudillo su propia realización política y social. Al ver muerto a su héroe se lanzó a la calle lleno de dolor, avanzó hasta la clínica central y ante el cadáver ensangrentado de su ídolo le sobrevino “un dolor inconmensurable, una admiración sin límites, una veneración casi religiosa, una cólera incontenible, una agobiadora sensación de impotencia y fracaso, un vehemente deseo de revancha” (Salom Becerra, 1990a, p. 161). Salom Becerra hace uso de la figura de Gaitán, Juan José y Baltasar para magnificar los actos e ideas de un solo hombre y exponer críticamente el mito patriótico-histórico que envuelve la adhesión a un partido.

En relación con la conveniencia, Bernabé Bernal es la figura de la cual se vale Salom Becerra para mostrar hiperbólicamente la adhesión a un partido político a razón de intereses personales. El juramento de fidelidad y lealtad hacia un partido pierde honorabilidad y se convierte en una burla a medida que Bernabé vende su filiación política por un puesto de trabajo: “Yo he sido políticamente una ramera. Conservador en mi primera juventud, liberal sectario bajo las órdenes de Mondragón, godo troglodita bajo las de Meneses, colaborador del gobierno de las Fuerzas Armadas, ahora si quería subsistir, tenía que volver al aprisco liberal.” (Salom Becerra, 1990c, p. 157). Estratégicamente, Salom Becerra establece el inicio de la infidelidad política de Bernabé en el año 1930 cuando debe cambiar del partido conservador al liberal para procurar su primer empleo. En ese mismo año Guillermo Valencia, quien en 1918 había sido candidato

liberal, fue en ese año candidato a la presidencia por el partido conservador junto con el general Vásquez Cobo en contraposición al candidato liberal Enrique Olaya Herrera, quien, a su vez, había sido “exministro de Relaciones Exteriores de Carlos E. Restrepo y de Jorge Holguín [ambos conservadores], exministro en la Argentina y Chile y Ministro en Washington desde 1922” (Salom Becerra, 1990a, p. 95), es decir “obsecuente servidor de la hegemonía [conservadora]” (Ibidem). Esta preponderancia del interés propio sobre cualquier tipo de criterio de fidelidad se puede observar en el plan de acción tomado por los políticos liberales que acompañaban a Gaitán cuando este fue asesinado. En *Al pueblo nunca le toca* el narrador cuenta desde la perspectiva de Baltasar que los dirigentes liberales al pactar una coalición con el gobierno conservador “habían claudicado vergonzosamente y el precio de su entrega incondicional había sido un plato de lentejas” (Salom Becerra, 1990a, p.163). La comparación con el episodio bíblico donde Esaú vende su primogenitura a su hermano Jacob por un insignificante plato de lentejas, indica que los líderes liberales no sólo traicionaron a Gaitán y al pueblo que lo seguía, sino que vendieron su lealtad por migajas. Bernabé Bernal también se refiere a los líderes en una sarcástica comparación con la revolución francesa: “Mirabeau, Danton y Robespierre se convirtieron en ministros y altos funcionarios de la corte del Luis XVI” (Salom Becerra, 1990c, p. 126). Con esta comparación queda claro que los líderes pudiendo haber cambiado el curso de la política colombiana y el destino de sus gentes, prefirieron sus intereses personales y seguir el principio de la conveniencia⁵⁶.

Aunque con otra clase de urgencia económica, la infidelidad política de Bernabé es también practicada por altos líderes políticos, quien en su afán de obtener un lugar en el gobierno de turno prestan sus servicios al partido contrario.

En segundo lugar, además de lo anteriormente mencionado, Salom Becerra parodia las relaciones entre los dos partidos por medio del vínculo de amor-odio entre Casiano y Baltasar. A pesar de que ambos son provenientes del vulgo, sus continuas peleas por legitimar sus ideas y controlar al otro reflejan el forcejeo de los dos partidos en momentos de cambio de gobierno. Estos enemigos inseparables intercambian diaria y cumplidamente un repertorio de agravios:

“¡Definitivamente con usted no se puede hablar! Porque usted no es más que un godo retrógrado y camandulero, que no sabe dónde está parado!!”- le decía Baltasar a Casiano-. “¡El que no sabe dónde está parado y, además, es más terco que un mula es usted! ¡Cachiporro arrastrado! ¡Hereje! ¡Mason! ¡Allá lo he de ver en los profundos infiernos! ¡En mi vida volveré a hablar con usted!”- le replicaba Casiano-. (Salom Becerra, 1990a, p. 18)

⁵⁶ Huertas Díaz y Mora Calvo (2008) citan las palabras de Jaime Bateman Cayón, dirigente del grupo guerrillero M-19: “cuando asesinaron a Gaitán, la respuesta popular fue violenta. Y así tenía que ser. Pero fue una respuesta desorganizada. Los jefes liberales no se colocaron a la cabeza de la insurrección. No derrocaron al gobierno que estaba asesinando al pueblo liberal. No fueron capaces de apoyar a la masa que los apoyaba entonces. ¡Pero eso que ellos no podían hacerlo! De haberle respondido, hubieran atentado contra los intereses de su clase. Hubieran colaborado con el triunfo de los pobres, del pueblo.”(p. 100)

Este forcejeo político se puede observar en la coyuntura que ambos partidos sufrieron y les costó la hegemonía: a los conservadores en 1930 y a los liberales 16 años después. En los dos casos los respectivos presidentes intentaron hacer una unión administrativa nombrando en su gabinete militantes de ambos partidos, no obstante “ni los unos ni los otros quedaron contentos, porque aquellos aspiraban al 100% de los cargos públicos y estos no se conformaban con el 50%” (Salom Becerra, 1990a, p.157). Por consiguiente cualquier intento de tregua y repartición equitativa fue inútil. Igualmente, los controvertidos tratados con los Estados Unidos por la separación de Panamá generaron múltiples debates, acusaciones, afrentas y ofensas entre opositores y partidarios:

Casi veinte años habían pasado desde el día del despojo de Panamá. El tratado del 6 de abril de 1914 había ido y venido. Sus palabras se habían analizado y examinado con extrema atención. Había sido enarbolado como bandera de la política local y como estandarte de una nación cuya dignidad había sido atropellada. Se había usado como arma y como escudo. (Morales De Gómez, 2003).

Al mismo estilo de las afrentas entre Casiano y Baltasar, en el gobierno del General Reyes, el padre de Simeón comenta que en la manifestación después de la negativa de la asamblea al tratado Cortés-Rott (preludio del tratado Urrutia-Thomson⁵⁷):

Hablaron varios jóvenes. Uno, alto, mono, de apellido Olaya [futuro presidente liberal] [...] Tuvo frases de gran altura y de gran profundidad, pues habló del “supremo pontífice de la farsa”, de “la majestad de la república” y del “ara sagrada de la patria”. [...] Habló también otro joven colorado, motoso, un poco tímido. Supe que se llama Laureano [principal opositor de los tratados con EE UU y también futuro presidente conservador]. Le dijo a Reyes hasta botija verde [...] ‘abominable’, ‘monstruo’, ‘proditorio’ (Salom Becerra, 1976, p. 35)

La violencia no solo se vive de palabra sino de acción. Simeón asocia la violencia física entre ambos partidos con grupos salvajes brutalmente violentos: “La tribu de los “chulavitas” [Conservadores] seguía aumentando su colección de cabelleras humanas y la de los “cachiporros” [Liberales] enriqueciendo la suya con los dientes y las uñas del enemigo” (Ibídem, p. 156). Efectivamente, el 9 de Abril de 1949, después del asesinato del líder liberal, Jorge Eliecer Gaitán, estalla el *Bogotazo*. Fanáticos militantes liberales (además de bribones y criminales) arremeten brutalmente en contra de los conservadores. Baltasar sale a las calles frenéticamente diciendo: “Hay que armarse, matar a todos los enemigos del pueblo, tumbar al gobierno, no dejar títere con cabeza! (Salom Becerra, 1990a, p. 160). Esta misma postura bélica la imita después los militantes del partido conservador. Simeón comenta sobre los incendios de los edificios de los periódicos “El Tiempo” y “El Espectador”, y las viviendas de los líderes liberales perpetrados por conservadores extremistas: “varios centenares de feroces guerreros “chulavitas” expertos en piromanía, prendieron fuego a “el Tiempo, “El Espectador” y los palacios de los más conspicuos caciques de la tribu “cachiporra” que estuvieron a punto de morir achicharados como Juana de Arco.” (Ibídem, p. 157). Este histórico suceso es también referido en la novela *Un tal Bernabé Bernal* en forma

⁵⁷ Este tratado fue el que finalmente fijó las pautas para conciliar la separación de Panamá, no sin antes haber sido debatido y criticado fuertemente en las asambleas.

paródica, por cuanto Bernabé da testimonio como participante activo en estos acontecimientos: “La consigna era la de prender fuego a los dos rotativos y a la casas de los dos jefes liberales. Varios manifestantes llevaban consigo recipientes llenos de gasolina. Yo marchaba al lado de mis compañeros de grupo, cubriéndome la cara con un pañuelo, para evitar que las gentes que contemplaban el desfile desde las aceras y ventanas, me reconocieran” (Salom Becerra, 1990c, p.138). Tanto la burlona e incisiva caracterización de la violencia bipartidista nacional hecha por Simeón como la beligerancia de Baltasar y el relato de Bernabé connotan una dura crítica no sólo contra la violencia generalizada sino también contra la violencia como resultado del persistente adoctrinamiento del pueblo que en su ignorancia y beligerancia atenta, sin un claro fundamento, contra un supuesto enemigo creado por las ideologías de uno y otro partido.

Al final de la historia de Baltasar y Casiano, estos acérrimos amigos, después de 70 años de acaloradas discusiones y explosivas peleas, algunas de ellas con amenazas contra el bienestar personal, llegan finalmente a una tregua. De la misma manera a vísperas del Frente Nacional, después de muchos años de brutal violencia bipartidista, los líderes de uno y otro partido “habían fumado la pipa de la paz y firmado, en nombre de sus respectivas tribus, un tratado de no agresión...” (Salom Becerra, 1976, p. 159). Salom Becerra utiliza como trasfondo la violencia política, además de servirse de las voces de los personajes en sus novelas y de comparaciones extravagantes, para hacer visible el despropósito de las acciones violentas en contra del partido contrario, la insensatez y la arbitrariedad de los principios en los que estos se basan.

Con base en lo expuesto previamente, se puede concluir que los dos partidos comparten el mismo principio, el de la igualdad⁵⁸: Igualdad de pensamiento y acción. No importando a qué partido político pertenezcan, los protagonistas están irremediablemente envueltos en el mismo juego político. En ambos partidos se mantiene una tradición política prescriptiva para incrementar y mantener sus filas de adeptos, se apoya y refuerza un mito patriótico-histórico para fundamentar su origen, se forman alianzas con el otro partido según la propia conveniencia, y se “defiende” obcecada y fieramente el poder y legitimidad política para llegar finalmente a un acuerdo con el enemigo que es “¡Un godo retardario, troglodita y cavernícola!” (Salom Becerra, 1990a, p.57) o un “¡...un fanático, un intransigente y un sectario!” (Ibidem)

Mediante la actuación en materia política de sus personajes y la selección de algunos acontecimientos y personajes históricos nacionales, Salom Becerra no sólo logra develar de manera cínica e irónica un sistema político autoritario, hipócrita, desleal y taimado en sus narrativas, sino que sustenta con estos su

⁵⁸ Marco Palacios (1971), historiador y profesor-investigador colombiano parece apoyar esta misma idea en la realidad nacional en su libro *El populismo en Colombia*: “La visión corriente [...] la cual los liberales serían el partido de los comerciantes y “modernizadores” y el conservador de los terratenientes y clericales es insostenible [...] las pugnas y luchas por el control del aparato estatal revelan los límites de los pactos. Pero el cemento de la unión republicana aseguraba el monopolio del poder frente a las demás clases sociales”.(p. 26)

crítica. Los hechos políticos anteriormente descritos ayudan a demostrar la farsa democrática y a validar la unidad de acción y coacción de ambos partidos políticos.

4.2.2. ¡Primero yo, segundo yo, tercero... también yo!: Corrupción estatal y administrativa como proceder antitético y moralmente incoherente

Uno de los rasgos más notorios en las obras de Salomón Becerra es la marcada contradicción entre la norma moral que se promulga en la sociedad y el comportamiento de los personajes. A través de la corrupción, uno de los males más lamentables que se ha arraigado en la administración estatal de Colombia, Salom Becerra ilustra burlescamente la incongruencia en el sistema de valores y la ética social de la Bogotá de principios y mediados del siglo XX. Fernando Cepeda Ulloa (2011) en *Narcotráfico, Financiación Política Y Corrupción* anota que a pesar de los esfuerzos institucionales para contrarrestar la corrupción en Colombia, esta, al parecer, sigue en aumento. Cepeda Ulloa arguye que el principal motivo es la poca efectividad de la justicia colombiana que deja pasar por alto los delitos: “Según la Comisión del Gasto Público (1997) la probabilidad de que un delito sea condenado está “si acaso a 0.5% en la actualidad. En otras palabras el grado de impunidad existente hoy por hoy, supera el 99.5%””(Cepeda Ulloa, 2011. p. 19). Esta realidad no sólo se registra en la actualidad. Ha estado arraigada en la administración pública y en el sistema de justicia desde mucho antes como lo muestra Salom Becerra en sus novelas. Salom Becerra aprovecha la existencia de esta lamentable realidad y a partir de su experiencia como servidor público construye por medio del narrador un mundo desaforado donde reina incontestablemente la injusticia, similar al expuesto en la primera fase de la sátira propuesta por Frye (2000). Desde una mirada cínica, sardónica y extravagante, Salom Becerra expone que el grado de impunidad referido por Cepeda Ulloa es una descarada verdad. A través del narrador en las novelas se describe situaciones y personajes burlescos que representan los males de la corrupción: clientelismo, ineficiencia institucional, deslegitimación Institucional y desprecio por la honestidad (según Cepeda Ulloa, 2011). El proceder antitético de los servidores públicos en las novelas de Salom Becerra es contrastado con la honorabilidad, honestidad y entereza de los protagonistas, lo cual intensifica el efecto irónico.

4.2.2.1. Clientelismo

El clientelismo se puede entender como “quid pro quo” o más exactamente “un te doy para que me des” (Cepeda Ulloa, 2011, p. 21). Bajo esta filosofía, muchos servidores públicos (incluyendo altos rangos dentro del gobierno en materia administrativa y de justicia) reciben cuantiosas sumas de dinero o “regalos” en especie a cambio de favores político-administrativos o relacionados con fallos judiciales.

En *El Delfín*, tanto Clímaco como Julián Arzayúz encarnan el descarado nepotismo gubernamental. A cambio de compensaciones económicas, Clímaco había sobornado cuatro magistrados a cargo de un renombrado caso jurídico para favorecer a una compañía petrolera en un juicio contra de la nación cuya

condena fue el pago de unos cientos de millones de pesos como compensación para la petrolera. El caso se torna aún más infame cuando el delito de cohecho sale a la luz pública y el propio Ministro de justicia intenta convencer al juez (apodado “el incorruptible”) encargado de la investigación que falle en favor de Arzayúz: “No le estoy pidiendo que prevarique... ¡Líbreme Dios! Le pido simplemente que piense en la patria, en el irreparable daño que puede causar dictando un auto de detención precipitado e inconsulto... no olvide que la república premia a sus buenos servidores” (Salom Becerra, 1990b, p. 84-85). El juez es irónicamente destituido de su cargo por no prevaricar. Naturalmente, un nuevo juez es puesto a cargo y este exonera a Arzayúz, “la víctima propiciatoria de una inocua campaña cuyo principal objetivo era el descrédito de las instituciones” (ibídem, p. 86) según su defensor, un hombre de “entereza irreductible” (ibídem, p. 87) de acuerdo con el fidedigno periódico *El Incondicional*. Siguiendo la línea de su padre, Julián hace de su oficina de abogados un negocio de tráfico de influencias cuando acepta el cargo de Ministro de Justicia. Desde su oficina presiona jueces, soborna magistrados, implanta pruebas y favorece grandes multinacionales. Este comportamiento de Julián podría referir a un acontecimiento histórico real: las negociaciones por debajo de cuerda de la trilladora Tolima y la Handel efectuadas por López Michelsen durante el gobierno de su padre. Es así como la referencia latente a hechos históricos en la novela *El Delfín*, como los negocios turbios de López Michelsen, se reflejan ficcionalmente en los personajes, en el caso anterior en Julián Arzayúz, lo cual ayuda a validar la incoherencia moral que expone Salom Becerra en sus novelas.

Los grandes desfalcos estatales no son los únicos casos de clientelismo que expone Salom Becerra en sus narrativas. El negocio de la corrupción también toca a los empleados públicos de menor rango, los cuales aprovechan su posición para enriquecerse. Ejemplos de ello son el compañero de trabajo de Simeón en el juzgado, el oficial mayor Avelino Mendieta, y el juez encargado del caso de Baltasar, Wenceslao Ríos. El primero cobra a los demandantes y acusados tarifas extra para la pronta y favorable resolución de sus casos. Al ser promovido de puesto dentro del juzgado “en justo reconocimiento a sus méritos” (Salom Becerra, 1976, p.113) le encomienda con desfachatez a Simeón el papel con las tarifas: “Aquí le dejo las tarifas que he venido aplicando... no le haga rebajas a nadie porque se daña el negocio” (Ibídem, p.114). El segundo acusa a Baltasar Riveros de activo militante comunista (después de haber sido forzado a punta de golpes a rendir una declaratoria falsa) durante el 9 de Abril y revoca sorpresivamente la condena (en base a testimonios falsos proveídos por el abogado asignado a Baltasar) a cambio de algunos beneficios bancarios efectivos después de la entrevista con el gerente del banco donde trabajaba Baltasar: “Si usted revoca su auto, el Banco de la Patria estará incondicionalmente a sus órdenes [...] Aquí le traje un pagaré para que lo llene... No necesita garantías ni fiadores...” (Salom Becerra, 1990a, p. 180-181). No obstante, la novela que indiscutiblemente parodia y satiriza en mayor medida el clientelismo consuetudinario a nivel de servicio público es *Un tal Bernabé Bernal*. En la vida tragicómica de Bernabé desfilan una serie de

empleados públicos que sacan provecho de su puesto gubernamental. En su paso por las instituciones de administración de justicia, Bernabé es testigo de cómo el Magistrado Lázaro María Velandia convierte el magistrado en una oficina privada de acogimiento de regalos y viandas a cambio de sentencias aprobatorias. Algunos de sus subalternos también le siguen los pasos. Cupertino Castaño, compañero de oficina de Bernabé, cita a sus “clientes” (abogados, demandantes o acusados en espera de sentencias) en restaurantes de la ciudad para finalizar “el negocio”: “Necesito resolver el problema del almuerzo y además... el del arriendo... ¡Si uno aquí no trata de redondear el sueldo, se lo lleva el diablo!” (Salom Becerra, 1990c, p. 122). El juez apodado “Bessoeburra” también se une al banquete de “quid pro quo” en la resolución de casos tribunales: “¡Eeeche! ...Si el jurado condena, yo declaro el veredicto contrario a la evidencia de loj hehoj y absuelvo!” (Ibíd, p. 123). Aunque los tribunales son uno de los referentes más comunes que usa Salom Becerra para ilustrar el tráfico de influencias y el soborno, en la novela los tribunales sólo se muestran como un aperitivo en la larga línea de corrupción administrativa descrita por Bernabé. Quizás el personaje que engendra con mayor extravagancia y cinismo el clientelismo es el coronel Cerbeleón Villate, alias coronel “Billete”. No sólo el sobrenombre de este personaje y su cargo, Jefe del Departamento de Adquisiciones y Compras, son muy dicientes sino su grotesca filosofía: “Si los vendedores ganan mucho dinero, ¿por qué no vamos nosotros a tener derecho a recibir una comisión? [...] Y si no saco de aquí unos centenares de miles, merezco que me capen! ¡Ahora o nunca! [...] Usted puede hacer a mi lado un capital...!Si no lo hace, jódase por pendejo!” (Ibidem, p. 143).

Los constantes sobornos y el absurdo enriquecimiento ilícito en todos los casos anteriores son irónicamente contrastados con la honorabilidad de los personajes principales. Simeón, ante la desfachatez de su antecesor, rompe lleno de repugnancia la tarifa de servicios que este cobraba por debajo de cuerda a los ciudadanos para agilizar o favorecer trámites. Baltasar, ante su inminente auto de detención, le recuerda al juez los atropellos a los que ha sido sometido (entre ellos la coacción, amenazas y golpes para hacer declarar una mentira) y lo absurdo de los delitos que se le imputan. Finalmente Bernabé, ante la rampante avidez de sus jefes y compañeros de trabajo, declina dos ofertas de soborno apoyado en su honradez.

4.2.2.2. Ineficiencia y deslegitimación institucional

En diferentes instituciones gubernamentales en Colombia es evidente “la ausencia de instituciones de control [...], así como la ausencia de participación ciudadana y de la eficacia de los sistemas de veedurías” (Cepeda Ulloa, 2011, p.22). Muestra de ello son las irregularidades en los procesos electorales, la adjudicación de contratos (caso Odebrecht⁵⁹) y el manejo de ayudas públicas (caso Agro ingreso seguro⁶⁰).

⁵⁹ Caso de soborno para ganar licitaciones con el estado que involucro varios países de Latinoamérica: “Las autoridades norteamericanas estiman que en total se pagaron sobornos por más de 788 millones de dólares en más de 100 proyectos de infraestructura vial.” (*El Espectador*, 27 Agosto de 2017)

Esta falta de control sumada a la impunidad crea desconfianza en las instituciones y deslegitima su labor: “el papel paradigmático o ejemplarizante de las principales autoridades nacionales se erosiona y ello debilita cualquier estrategia anticorrupción.” (Ibídem, p. 23). Además de ello, los ciudadanos no se atreven a denunciar estos delitos ni sus perpetradores por miedo a represalias que amenacen a su familia y su seguridad personal (Cepeda Ulloa, 2011, p. 23).

Esta realidad también es satirizada por Salom Becerra a través de las tragedias de sus personajes. En un intento fallido Baltasar Riveros aplica en el Instituto de Crédito Territorial para que le adjudiquen una vivienda digna donde vivir con su mujer y sus nueve hijos, ya que la suya inspiraría, según el narrador, una nueva obra de Dostoievski. Irónicamente, “En cambio le adjudicaron una a Peña, el jefe de cuentas corrientes del banco, quien poseía dos y tenía apenas un hijo” (Salom Becerra, 1990a, p. 152); El coronel, Epaminondas Torrente, padre de Simeón, devenga por muchos años “un sueldo simbólico, ya que el gobierno [...] no les pagaba, desde hacía tres años a sus abnegados servidores” (Salom Becerra, 1976, p.32). Sin embargo, absurdamente, el día de su muerte recibe por parte del gobierno todos los honores marciales que nunca tuvo en vida: “ataúd de caoba envuelto en bandera nacional, transportado en la cureña de cañón [...] diez coches cargados de coronas, entre las cuales se destacaba la enviada por el Ministerio de Guerra” (Ibídem, p. 95). En *Un tal Bernabé Bernal* se denuncia el constante desafuero y despilfarro del gasto del tesoro público en viáticos de gobernadores y parlamentarios: “El presupuesto sirve únicamente para pagar la vagabundería de los parlamentarios, para comprar aviones “Mirage” y automóviles “Mercedes Benz”... Y a nosotros que nos trague la tierra. (Salom Becerra, 1990c, p. 8).

Salom Becerra también se sirve del gamonalismo municipal, la doble moral estatal y la falacia del proceso democrático para exponer la inexistencia de inspección, control y veeduría estatal en las votaciones. En tres de sus novelas, *Un tal Bernabé Bernal*, *Al pueblo nunca le toca* y *El Delfín*, se hace descaradamente evidente la maquinaria política detrás del fraude electoral y la impotencia de la ciudadanía o, en ocasiones, el miedo de los subalternos a represalias. Como asistente personal del senador Mondragón, Bernabé, a pesar de su inherente honestidad, debe apoyar con su silencio las artimañas del autoritario alcalde municipal para asegurar el triunfo del partido: “ya mande a recoger todas las cédulas [...] El día de las elecciones le devolveré las suyas, junto con el correspondiente voto, a los amigos del doctor Mondragón y los mandaré a votar [...] a los enemigos del jefe se las devolveré el día siguiente [...] la policía y el resguardo se encargarán además de asustar a los godos para que no se arrimen a las urnas” (Salom

⁶⁰ Escandalo durante el periodo presidencial del presidente Álvaro Uribe Vélez, en el cual las ayudas destinadas a campesinos fueron a parar en manos de ricos hacendados: “El programa Agro Ingreso Seguro fue creado para beneficiar a los campesinos de cara al reto de la internacionalización de la economía, sin embargo aún está por explicarse cómo terminó beneficiando a prestantes familias, acaudalados empresarios y hasta una actriz de telenovelas. De acuerdo con recientes investigaciones, el desvío de recursos en AIS pudo ascender a los \$300 mil millones.” (*El Espectador*, s.f. “Agro Ingreso Seguro, historia de un fraude al campo colombiano”).

Becerra, 1990c, p. 94). Baltasar, ferviente militante del partido opositor al gobierno en curso, puede difícilmente votar por su candidato mientras que su amigo Casiano, militante tibio del partido en el poder, puede votar unas cuantas veces por su candidato. En las siguientes elecciones, Baltasar lloraría de impotencia al serle negado su derecho al voto, ya que “inexplicablemente no apareció en el registro electoral”⁶¹ (Salom Becerra, 1990a, p. 27). Finalmente, en una de las muchas elecciones parlamentarias a las que se postuló Clímaco Aryayúz, la circular pública enviada por el gobierno, la cual exige brindar plenas garantías electorales a toda la ciudadanía, contrasta con la doble moral manejada en la circular secreta que se envió a los funcionarios: “Enemigos políticos deben ser amedrentados moral, físicamente, fin absténgase concurrir a urnas [...] si insisten en votar ejército, policía deberán proceder inflexiblemente...” (Salom Becerra, 1990b, p. 46). Al final de la jornada, el narrador indica, “Los ciudadanos aptos para sufragar eran 800.000 y sufragaron 1.800.000” (Ibidem, p. 47).

Salom Becerra nos muestra en los episodios anteriormente referidos, por un lado, el incuestionable autoritarismo y despilfarro que se maneja en las instituciones, además de la falta de veeduría ciudadana para garantizar el correcto funcionamiento de estas; por el otro, la incapacidad (bien por miedo, bien por impotencia) de los afectados, ciudadanos del común, para participar activamente en la resolución de este mal.

4.2.2.3. Desprecio por la honestidad:

Si bien la corrupción es un fenómeno atado al oportunismo, la ausencia de control estatal y la falta de castigos ejemplares, el combustible que la inicia y la mantiene es la deshonestidad. No es un secreto que en Colombia la ley de “no dar Papaya” (no dar la oportunidad o el avivato se aprovecha) y la de “a papaya puesta, papaya partida (frente al oportunismo, hay que tomarlo) reflejan la grave ética nacional y el errado discurso de deshonestidad. En especial en las instituciones que deberían dar ejemplo de rectitud y equidad, es en donde se ven estas filosofías más reflejadas. Las novelas de Salom Becerra no son la excepción a esta filosofía. En la cómica desgracia de los protagonistas se puede apreciar como la sociedad y el sistema estatal castigan la honradez. Constantemente los protagonistas, al actuar con honorabilidad, deben enfrentarse con la incompreensión de amigos y vecinos además de sufrir las dramáticas consecuencias de la honestidad en sus vidas. Tanto el padre de Simeón como el mismo Simeón son fieles a su cargo público a pesar de que el primero no recibía sueldo alguno y el segundo devengue uno miserable. Prueba de su honradez son las impagables deudas adquiridas por ambos en su afán de sobrevivir. Similar que los

⁶¹ A este respecto la historiadora Olga Yanet Acuña Rodríguez (2002) indica que en la década de 1930 en Boyacá y de manera general en el país, “[l]os líderes del partido podían manipular las elecciones con el fin de asegurarse un resultado favorable, con lo cual la violencia y el fraude fueron las principales estrategias utilizadas. [...] muchas veces los jurados fueron condicionados o no se eligieron de acuerdo a la norma establecida, z de otra parte las listas de los votantes fueron alteradas y en ocasiones desaparecidas” (p. 119)

Torrente, Baltasar recibe un sueldo nimio en una institución bancaria que gana millones, por tanto sus condiciones son tan precarias como las de Simeón. En irónica contraposición al desafuero imperante en la sociedad corrompida que lo rodea, su honestidad lo salva de la cárcel, ya que lo hace acreedor de la confianza y aprecio de los clientes del banco, y por tanto es “una pieza irremplazable de la maquinaria inventada para hacer dinero con el ajeno” (Salom Becerra, 1990a, p. 179). No obstante, su honestidad solo es apreciada al estar al servicio del capitalismo. En el caso de Bernabé, este debe aguantar las continuas injurias a la que es sujeto por haber desaprovechado la oportunidad de enriquecerse en el ejercicio de sus funciones como empleado público. Debe observar como su hija Genoveba vive en la inanición por haberse casado con un honrado comerciante y como su hijo Juan Jacobo al exigir los derechos de los empleados del banco donde trabaja se le niegan los ascensos bien merecidos.

La falta de honestidad también implica la restricción al derecho de estar bien informado, es decir, a la manipulación de la información, la cual es una parte importante en la maquinaria política. Cepeda Ulloa se refiere específicamente al ávido manejo de circunstancias y medios para favorecer la imagen estatal o de una persona que representa el gobierno. En *el Delfín* y *Un tal Bernabé Bernal* los mejores representantes de la desinformación son “*El Incondicional*” y el Departamento de Estadística Nacional respectivamente. El periódico más influyente en la república manejada por el clan Arzayús, cohonesta toda acción tomada y efectuada por el gobierno en curso, “conduce la opinión pública como un pastor a su rebaño[...] oculta, exagera y desfigura los hechos de acuerdo con las conveniencias del momento, es el más sólido soporte del sistema” (Salom Becerra, 1990b, p. 194-195). El paso de Bernabé por el departamento de estadísticas de la nación evidencia claramente la manipulación de cifras para avalar y soportar científicamente el buen desempeño gubernamental: “Y yo que tres días antes había perdido la cartera, el lapicero y el pañuelo a manos de un ladronzuelo de bus y que sabía por percepción directa, que la justicia marchaba a paso de buey, tenía que demostrar con cifras exactas que el país estaba poblado de ángeles, arcángeles y serafines y que la máquina judicial avanzaba a la velocidad de un Jet”. (Salom Becerra, 1990c, p. 169-170).

La desinformación no solo se origina en las instituciones o medios de comunicación. También es incitada por colaboradores que buscan el beneficio de sus protegidos: “Los así llamados “Spin Doctors”, o sea, los expertos en manejar o manipular los acontecimientos cotidianos en favor de la presidencia, se están convirtiendo en un elemento estratégico del arte de gobernar” (Cepeda Ulloa, 2011, p.27). Un claro ejemplo es Rómulo Aldana o “Aldanita”, la mano derecha de Climaco Arzayús. A través de este personaje, Salom Becerra personifica el maquiavelismo. Aldana no solo manipula los hechos para producir resultados favorables sino que considera que cualquier medio, por vil que este sea, es válido para cumplir el objetivo propuesto: Mantener la honorabilidad de Arzayús. Además de encubrir el abuso de una menor por Arzayús al casar a la quinceañera con un leguleyo, oculta el indeseado embarazo de Victoria Eugenia, la hija de Arzayús, con un falso comunicado de prensa donde se explica la sorpresiva ausencia de

Victoria por un viaje de estudios a Europa. Aldana también plana y ejecuta con la ayuda de un codicioso cura el retiro de la justa petición de los trabajadores a un aumento de sueldo a través de la manipulación de la Fe y las escrituras bíblicas: “Recordad el evangelio de San Mateo. Os preocupais por el alimento y el vestido? ¡Insensatos! ¡El que alimenta las aves del cielo y viste los lirios del campo los alimentará y vestirá a vosotros! [...] Sufrid ahora que después gozareis. [...] El demonio, que no descansa, os ha tentado con un aumento de sueldo” (Salom Becerra, 1990b, p. 32). Igualmente, el incansable Aldana organiza el aparente acto altruista de Clímaco Arzayús al presentar dos pequeños zarrapastrosos como compañeros de primera comunión del hijo de Arzayús, los cuales son restituidos poco después a su “nauseabunda covacha” (Salom Becerra, 1990b, p. 45). Este hipócrita despliegue humanitario justo antes de las elecciones parlamentarias es la principal estrategia publicitaria en la campaña electoral de Arzayús. Al final del artículo con el título “Un gesto nobilísimo”, *El Incondicional* escribe: “Esta espléndida lección de altruismo, de amor al pueblo y de sencillez republicana, ha sido objeto de los más elogiosos comentarios” (Ibidem)

En todos los anteriores pasajes donde se parodia cínicamente la corrupción estatal, Salom Becerra ilustra que el poder del dinero sumado a la deshonestidad, ineficacia o ausencia de veedurías y la impunidad tiene todo el camino libre para construir un sistema social, económico y político corrompido e incontestable en el que se castigan las virtudes y se avalan los vicios.

4.2.3. Aquí: ¡jodido pero contento!⁶²: El lenguaje como medio de crítica política

En la aparte de la audiencia ya se había referido al uso de dichos populares, bogotanismos y jerga como conocimiento lingüístico necesario para entender algunos apartes satíricos en las historias de Salom Becerra. El autor se sirve de este conocimiento lingüístico para parodiar los estereotipos regionales y emitir juicios políticos relacionados con los males en el sistema gubernamental colombiano, entre ellos las falsas pretensiones, el oportunismo, el favoritismo, el despotismo y el arribismo.

Al obtener un puesto de trabajo bajo las órdenes del magistrado Velandia, Bernabé se da cuenta que en el recinto judicial donde trabaja impera la iniquidad. Al referirse a Velandia, Bernabé se pregunta: “¿Y todos los jueces de la tierra son como este demonio? ¿Y la única ley que rige es la del embudo? ¿Y por qué vine yo a dar aquí?” (Salom Becerra 1990c, p.84). La ley del embudo que Bernabé menciona es un término popular el cual indica que aunque la ley debe ser aplicada a todos (boca ancha del embudo) algunos se logran “colar” y no se les aplica (boca estrecha del embudo). Es decir, el embudo es una alegoría de la inequidad con la que se imparte la justicia y se impone el castigo, la cual esta tan impregnada en la sociedad corrupta y se practica con tanta frecuencia que se ha convertido en una ley latente en el sistema

⁶² Expresión bogotana que alude a la capacidad de sobreponerse a los infortunios y dificultades con buena cara y humor

judicial. Con este término Salom Becerra resalta que el peso de la ley recae en el ciudadano del común pero los magistrados inescrupulosos, quienes, irónicamente, imparten justicia, son exonerados de culpa. Otro término regional que es constantemente utilizado en *Un tal Bernabé Bernal* es “voltearse”. Este término resume la fidelidad política de Bernabé: “Aunque el actual gobierno es de Frente Nacional, el presidente es liberal, o sea que para emplearse es mejor ser liberal que conservador. En primer lugar, tendrá usted que voltearse nuevamente” (Salom Becerra 1990c, p.157). En este caso el verbo “voltear” se aplica a una persona que habiendo pertenecido a un grupo se voltea, le da espalda al grupo anterior, para pertenecer al grupo rival. Así, la infidelidad política se satiriza a través del “volteado”, Bernabé Bernal, quien por falta de convicción política y coraje cambia de partido según sus propios intereses.

Salom Becerra también hace uso de dichos universalmente conocidos y algunos otros más regionales para dejar latente su crítica política. En *Don Simeón Torrente ha dejado de deber*, un colega del padre de Simeón, don Joselín Castro, intenta buscarle un puesto de trabajo a Simeón en alguna institución judicial. Después de hacer un proceso reflexivo sobre la forma de obtener tal puesto exclama: “Dame una palanca y moveré al mundo”, dijo Arquímedes... “Dame un Diputado y moveré el mundo...judicial” dijo Don Joselin Castro (Salom Becerra 1976, p.82). Don Joselin se sirve de la afirmación de Arquímedes para crear sarcásticamente una analogía y señalar el nepotismo existente en el sistema judicial. Al cambiar la palabra “palanca” por “diputado” no solo está apuntando que una persona de poder dentro del sistema gubernamental puede facilitar las gestiones dentro de ese sistema sino que conecta connotativamente ambas palabras. La palabra palanca en el contexto político está relacionada con una persona dentro de una entidad pública determinada que influye a voluntad dentro de esa organización y actúa como vocero en favor de un tercero dándole a éste una ventaja sobre los demás. De esta manera, el diputado es la figura de poder que interviene en los asuntos judiciales aun cuando pertenece al poder legislativo (y por tanto no debería influir en el poder judicial) y es, a la vez, el medio por el cual otros obtienen favores.

Además del favoritismo al interior del sistema gubernamental, Salom Becerra utiliza dichos modernos para ilustrar de manera exagerada el auto sometimiento del gobierno nacional a la ideología capitalista, la cual el autor relaciona con la economía estadounidense. En la ceremonia de posesión como Gobernador, Julián hace referencia en su discurso a los EE UU: “Yo no conozco la filosofía griega ni la alemana, pero si conozco y practico la filosofía de ese pueblo grandioso que ha antepuesto la realidad a la utopía y que esta resumida en dos pensamientos más profundos que toda la obra de Aristóteles y de Kant: “Time is money” y “Business are business” (Salom Becerra 1990b, p.112). En esta parte del discurso Julián, quien en su calidad de gobernador representa la clase dirigente nacional, no solo iguala la ideología capitalista a pensamientos filosóficos que cimientan la cultura Europea y en general el pensamiento occidental en las figuras de Aristóteles y Kant, sino que elevaba descaradamente ideas puramente materialistas, representadas por las frases “Time is money” y “Business are business”, a un nivel existencial y

transcendental. De esta manera, Salom Becerra se vale de la voz de Julián para exponer satíricamente el principio puramente materialista detrás del capitalismo estadounidense y construye un discurso antitético en el que el dinero (y bienes materiales) se convierte en una filosofía de vida que irónicamente se antepone a otros pensamientos ontológicos.

A parte de dichos universalmente conocidos, los personajes en las novelas de Salom Becerra hacen uso de expresiones populares para referirse a la situación política nacional. El padre de Simeón, en solidaridad con el presidente Marco Fidel Suarez, quien había abdicado después de los tratados con EEUU sobre el canal de Panamá, escribió una carta que le costó el puesto de trabajo. Su colega, el pragmático Don Joselin, lo increpa: “¡Cuando el culo quiere rejo, el mismo lo solicita...!” (Salom Becerra 1976, p.80). Este dicho apunta a que una persona sabiendo el efecto contraproducente de una acción, de todas formas la realiza. En este caso, Epaminondas Torrente simpatizó con un ex-gobernante considerado paria y, además expreso su opinión sobre la destitución de este en un diario nacional. Esta acción fue un despropósito en un sistema político que no admite críticas públicas, menos aún de empleados estatales: “A usted se le olvidó que era empleado y el empleado no puede decir lo que siente y, mucho menos, escribir lo que piensa...”. (Ibidem). Baltasar Riveros y Casiano Pardo también recurren a dichos regionales para expresar sus opiniones políticas. Baltasar con su inagotable esperanza en el gobierno del pueblo y para el pueblo con la candidatura del general Benjamín Herrera le dice a Casiano: “Esto no puede seguir como va...! ¡No hay mal que dure 100 años ni cuerpo que lo resista!” (Salom Becerra 1990a, p.23), a lo que “Casiano sonr[ie] escépticamente y contest[a]: “Amanecerá y veremos” dijo el ciego “Amaneció y no vio nada...”(Ibidem). De ambos dichos se puede deducir la dinámica política entre los aferrados fieles políticos como Baltasar y los incrédulos como Casiano: el uno cree tercamente que el vulgo se va sublevar algún día y el otro asegura que la situación seguirá igual. Ocho años después, Baltasar se regocija con el triunfo liberal, por lo que se dirige a los líderes conservadores de la siguiente manera: “-¡Lo siento inmensamente!- y agreg[a] sin poderse contener: No me alegro pero siento un fresco...” (Salom Becerra 1990a, p.101). Con esta frase Baltasar exterioriza burlonamente la gran alegría que siente con el fin de la régimen conservador.

Finalmente, la parodia de los acentos regionales en las novelas también muestra la corrupción en las instituciones del estado, la cual es paralelamente ilustrada a través de un estereotipo regional. Dos ejemplos de ello son el juez costeño y el empresario paisa Adeodato Echeverri en *Un tal Bernabé Bernal*. El primero afirma que “El mundo ej un gallinero donde la gallina de arriba je caga en la de abajo” (Salom Becerra, 1990c, p. 123) y asegura a un posible “cliente” “De *laj doj* a *laj* cinco hablan el *Fijcal* y el *defensó*... A *eja* hora yo decreto un *rejeso* y *noj salimoj* a *comé* y a *bebé* algo en el “*Moisej*”... ¡*Reanudamoj* la audiencia a *laj* ocho y a la una o *doj* de la mañana *salimoj* a *fejtejá* el triunfo! (Ibidem). El segundo le propone un negocio turbio a Bernabé:

...vamos a hablar a calzón *quita*, como nos gusta a los paisas... Al despacho del doctor Lázaro Velandia está un sumario en el que yo aparezco como sindicado... ¡Le juro, por la Virgen de Manizales, que soy inocente...! [...] ¿Sabe lo que quiero? ¡Joder a mi denunciante! [...] ¿Entiende, pues? He pensado que en vez de darle la plata a un abogado, que seguramente me va a robar, es mejor dársela a usted... le propongo un negocio: Yo le doy doscientos mil pesos y usted dicta el auto de sobreseimiento... ¿Cómo la ve, pues? (Salom Becerra 1990c, p.120)

Estos discursos paródicos buscan imitar típicas características adscritas a determinado grupo regional. Así, el juez costeño es estereóticamente un individuo descarado y holgazán que le da más importancia a la bebida, la comida y la fiesta que a su labor jurídica; y el empresario paisa es un negociador (y comerciante) habilidoso que usa el habla como principal herramienta de convencimiento. Por medio de los estereotipos regionales, Salom Becerra personifica los delitos comunes en instituciones estatales como el prevaricato, el tráfico de influencias y el soborno mientras que critica implícitamente el desparpajo con el cual son cometidos

En su mordaz sátira política, Salom Becerra utiliza, por una parte, el trasfondo histórico político de la ciudad de Bogotá desde principios del siglo XX y los 70's para construir un escenario que refleja un ambiente descarnado e incontestable y para elaborar una narrativa que exhibe absurdos contrastes. Por otra parte, Salom Becerra hace evidente su crítica a través de los narradores homo- o hetero-diegéticos, quienes abiertamente se manifiestan irónica y sarcásticamente sobre los acontecimientos históricos y sobre la vida de los personajes (overt narrators), al igual que por medio de la caracterización de los mismos, del uso del lenguaje vernacular, además de las paródicas alusiones que envuelven sus historias. Ambas tácticas se desarrollan con el fin de hacer un juicio evaluativo de la verdadera concepción de democracia colombiana, la cual deja como resultado (a) la crueldad e indiferencia con la que los dirigentes atienden las peticiones de los ciudadanos comunes; (b) la descarada corrupción estatal con la que se manejan los asuntos administrativos y gubernamentales; (c) el oportunismo y la falta de escrúpulos con la que los empleados estatales actúan; y (d) el absurdo de la ideología bipartidista que conlleva a la violencia.

Finalmente, la conclusión a la que se llega a través de la crítica política de Salom Becerra a la supuesta democracia política en Colombia esta consignada en la voz del narrador de *Al pueblo nunca le toca*, cuyo título sarcásticamente parodia el lema del gobierno del controvertido mandatario López Michelsen⁶³ “Ahora le toca al pueblo”:

Sesenta años de dramas y melodramas, tragedias y tragicomedias, zarzuelas y sainetes representados por buenos y malos actores dramáticos y cómicos en el tinglado de la farsa nacional; de excelentes o mediocres funciones de circo político, a cargo de toda clase de payasos, domadores, acróbatas, magos, prestidigitadores, elefantes blancos, vacas y terneros sagrados, pavos reales, osos bailarines, loras parlanchinas, caballos y monos amaestrados procedentes de los dos partidos que, durante ciento y cincuenta años, han explotado la ingenuidad de innumerables Baltasares Riveros (Salom Becerra, 1990a, p. 194)

⁶³ Hijo del expresidente Alfonso López Pumarejo, subió al podio de la presidencia después del Frente Nacional al ganarle las elecciones presidenciales a los hijos de dos expresidentes: Gómez Hurtado y la hija del General Pinilla

5. Capítulo 5: Don Álvaro Salom Becerra ha dejado... su huella en la picaresca: La crítica social de Álvaro Salom Becerra

En el capítulo 3 se presentaron las características principales de la picaresca y como estas han evolucionado hasta cubrir otros estilos narrativos híbridos en Latinoamérica que si bien no son exactamente iguales a las primeras narraciones picarescas como *Lazarillo de Tormes* y *Guzmán de Alfarache*, aún muestran gran similitud con los principios que recoge la picaresca. Aunque una de las novelas de Salom Becerra, *Un tal Bernabé Bernal*, se podría contar como un ejemplo de la clásica picaresca, sus otras novelas estarían ubicadas dentro de ese amplio estilo de narrativa híbrida picaresca a la que Casas de Faunce (1979) se refiere. Para entender como las novelas de Salom Becerra hacen parte del género picaresco y semi-picaresco, se analizará estas narrativas con base en las principales características esbozadas en el capítulo 3. Adicionalmente, a través de este análisis se dará cuenta de la crítica social que incluyen estas historias.

5.1.Érase una vez... una historia: El narrador

Junto con la humorística apicarada de Klim⁶⁴ y Germán Arciniegas⁶⁵, Ramiro Lagos (1979) incorpora en su revisión de la picaresca Bogotana y Paisa (Medellín) los infortunios de *Un tal Bernabé Bernal*. En verdad esta novela recoge dos características fundamentales que Meyer-Minnemann (2008) puntualiza sobre la picaresca clásica (ver capítulo 3): la narración autobiográfica y el final abierto, en el cual el protagonista continúa su existencia. Aunque la historia de Bernabé inicia con la voz de un narrador heterodiegético (característica también presente en el *Periquillo Sarmiento*⁶⁶), este da paso a Bernabé quien da cuenta de la picardía política y social a través de su biografía. Desde su mirada subjetiva, Bernabé narra su paso por las instituciones estatales con comentarios jocosos y sucesos tragicómicos que llevan a una profunda reflexión sobre el esquema social en el que se ve envuelto. En busca de su primer trabajo, Bernabé no solo debe cambiar de partido político para obtener un nombramiento, sino que, en irónico contraste a su consistente pusilanimidad, es nombrado sin ningún requerimiento detective de policía: “Un

⁶⁴ Klim era el apodo periodístico de Lucas Caballero Calderón, uno de los más famosos y leídos escritores críticos de Colombia. Según el artículo “Klim, el Caballero de la Sátira” en la *Revista Semana*, Klim “atrincherado en la elegancia del humor bogotano, decía lo que nadie se atrevía a decir.[...] Criticaba a los presidentes por su autoritarismo, sus viajes llenos de derroches o sus lujos innecesarios. También desenmascaraba a los funcionarios corruptos y, sobre todo, las situaciones absurdas que afectaban al ciudadano del común por la ineficiencia del Estado” (Anon., 2013).

⁶⁵ Escritor y diplomático colombiano célebre por sus libros y ensayos quien dejó en algunas de sus obras (*Diario de un peatón*) el humor característico bogotano: “Mientras el automovilista reclama todos los derechos: el ser dueño de la vía pública, el de atropellarnos, etc, el peatón sufre íntegras las cargas. Él es quien debe aprender a caminar de otro modo, saber los reglamentos del tránsito, soportar los ruidos de las bocinas, tragar polvo, sufrir salpiques de lodo, y poner una cara de mártir para que el automovilista tenga cómo divertirse.” (Arciniegas G, 1999)

⁶⁶ En los prólogos de los libros, Lizardi crea a un personaje narrador heterodiegético con el mismo nombre, Lizardi, para introducir la historia de Pedro Sarmiento, quien dejó una autobiografía escrita para sus hijos. De la misma manera, el autor heterodiegético en *Un tal Bernabé Bernal* se topa con la autobiografía de Bernabé y decide referirla en la narrativa a través de la voz de Bernabé: “Comienza aquí, por tanto, referida por su protagonista, la historia de un hombre que pudiendo haber sido importante no lo fue [...] Tiene la palabra Bernabé Bernal” (Salom Becerra 1990c, p.29)

argumento me animaba: era preferible morir a manos de un asesino en una encrucijada que de inanición” (Salom Becerra, 1990c, p. 57). El efecto humorístico en la narración se acrecienta cuando Bernabé, a pesar de sus férreas convicciones morales y su aparente ingenuidad, se deja llevar por el discurso pícaro de sus compañeros de trabajo en su lucha por la supervivencia burocrática:

-Pero y... ¿el juramento de decir la verdad que debo prestar?-le pregunté
-¡Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea...!- me contestó riéndose- ¿Usted todavía cree en esas pendejadas? Supongo que también cree en el diablo y el infierno... [...] el dilema es muy claro: o la verdad que significa la destitución y la cárcel o una pequeña mentira que le garantiza la libertad y la permanencia en el cargo... ¡Escoja! (Ibidem, p. 70)

De esta manera, Bernabé acepta las condiciones que el medio le propone conscientemente y encubre pasivamente los fraudulentos actos de sus jefes aunque él no los perpetre. Si bien Bernabé no se pronuncia en contra de los sucesos criminales que lo circundan, si intenta mantenerse firme en sus principios y rechaza los sobornos y enriquecimiento ilícito al que se ve expuesto. Aún conserva esa esencia ética que representa un ciudadano ideal que dignifica una sociedad corrupta. El más claro ejemplo de esa dignificación es la estadía de Bernabé en la cárcel. La podredumbre humana con la que se encuentra Bernabé en la cárcel se regenera gracias a su constante trabajo: “Por primera vez en cuarenta años, había realizado una labor útil y fecunda [...] No había sido como tantas veces, involuntario cómplice y encubridor de fechorías y maniobras inmorales y, por tanto, no me acompañaba ningún remordimiento” (Ibidem, p. 155). En este sentido, la historia de Bernabé podría estar enmarcada en la novela cómica picaresca pero con tintes de cuento irónico (Weber, 1979), ya que la sociedad descrita en la novela desde el inicio hasta el final está degradada y los pícaros se acomodan a ella según les convenga sin la promesa de un verdadero cambio. Con este ir y devenir de pueril inocencia de Bernabé contrastada con la infame sagacidad de los pícaros a su alrededor, la historia de Bernabé va transcurriendo hasta terminar en un final abierto⁶⁷ donde Bernabé aún se continúa enfrentando a la tragedia de la jubilación y la convivencia con “la enemiga”, su esposa, con la esperanza de que “el Supremo Hacedor, arrepentido de haber[lo] hecho y compadecido de [él], [lo] desagravie con la gloria que su Hijo prometió en la montaña a los mansos de corazón y a los pobres de espíritu”(Ibidem, p. 182)

En las otras novelas de Salom Becerra la narrativa se lleva a cabo a través de narradores heterodiegéticos y en dos de ellas el final del protagonista está demarcado por su muerte. Como lo indica Casas de Faunce (1979) hay otro tipo de narrativas picarescas híbridas que conservan la filosofía picaresca con una función crítica y didáctica (reflexiva) pese a que carecen de un relato autobiográfico y/o se enfocan en lo social y costumbrista. El rasgo esencial del narrador, según Casas de Faunce, es su actitud de ente acomodaticio y subjetivo, quien desde una perspectiva burlona y sarcástica hace uso de la filosofía picaresca para exponer

⁶⁷ Prueba de ello son los artículos que Salom Becerra escribiría bajo el nombre de Bernabé en la columna de la revista *Nueva Frontera*.

su ideología. Casas de Faunce se refiere a las narrativas en sentido lato y míticamente picarescas (ver Capítulo 3), dentro de las cuales pueden encontrarse la narrativa de las otras novelas de Salom Becerra. Tanto en *Al pueblo nunca le toca* y *Simeón Torrente ha dejado de deber* como en *El Delfín*, el narrador heterodiegético hace palpable su sarcástica opinión sobre los acontecimientos en la vida de los personajes y sus acciones, por tanto, manifiesta su carácter subjetivo. En *Simeón Torrente ha dejado de deber* el narrador no sólo es un observador manifiesto que arremete con su sarcasmo (“Pero la ocurrencia de Simeón no a todo el mundo le hizo gracia [...] ¿Cómo se atrevía un pobre diablo, un Don nadie, a burlarse de la majestad de la justicia, pilar incommovible del orden social?” (Salom Becerra, 1976, p. 90) sino que también interactúa con la audiencia: “El lector, perspicazmente, habrá comprendido que el primero de los personajes aludidos en el ejemplo anterior es nadie menos que don Simón Bolívar y habrá barruntado que el segundo es el héroe o mejor mártir de esta historia: Don Simeón Torrente” (Ibíd., p. 11). Esta novela comparte una peculiaridad con la estructura narrativa del *Lazarillo de Tormes* y *El periquillo Sarniento*: cada capítulo contiene un título que resume el tema principal o asunto del capítulo. Así en el tratado primero del *Lazarillo* “Cuenta Lázaro su vida, y cuyo hijo fue.” (Anon., 1554, p. 4), en el capítulo primero del tomo II “[e]scribe Periquillo la muerte de su madre, con otras cosillas no del todo desagradables” (Lizardi, 1842, p. 2) y en el primer Capítulo de la historia de Simeón “se prueba que entre Simón y Simeón hay más de una letra de diferencia” (Salom Becerra, 1976, p. 11).

Siguiendo la misma línea sarcástica, los narradores de *Al pueblo nunca le toca* y *El Delfín* también comentan desde su punto de vista sobre eventos políticos como las campañas presidenciales, las cuales proseguían “normalmente, o sea entre las puñaladas, garrotazos y pedradas con que, bajo los efectos de la chicha, se regalaban recíprocamente los miembros de uno y otro bando” (Salom Becerra, 1990a, p. 21), o sobre aspectos sociales como el “progresivo” sistema educativo en colegios de clase alta donde “[c]on el fin de que ningún alumno sufriera la frustración consiguiente a la pérdida de una materia, la calificación mínima era tres⁶⁸ [y] [l]os castigos habían sido totalmente abolidos para evitar traumatismos psicológicos y complejos” (Salom Becerra, 1990b, p.51). Al igual que el narrador autodiegético en Bernabé Bernal, los narradores heterodiegéticos en las otras novelas no son relatores fiables, ya que cuentan los hechos desde su perspectiva.

Además de su carácter subjetivo, los narradores muestran las andadas de los pícaros que conforman la sociedad corrupta a través del devenir de los personajes. De esta manera ponen al descubierto los vicios sociales y los critican paralelamente. Este aspecto narrativo se expondrá más detalladamente cuando se hable tanto del Pícaro como de la sociedad a la que pertenece.

⁶⁸ En el sistema educativo colombiano, una materia se aprueba con un “3”. En el sistema austriaco equivaldría a un “4”.

Asimismo, estas novelas se podrían asociar con alguna de las categorías ya establecidas por Weber. *Don Simeón Torrente ha dejado de deber* y *Al pueblo nunca le toca* muestran características de la novela picaresca cómica y el cuento picaresco irónico de manera parecida al relato de Bernabé, donde el protagonista muestra una esencia moral durante toda la historia aunque la sociedad siempre se muestre pervertida sin posibilidades de una enmienda y los pícaros en ella saquen provecho de las circunstancias. Un caso aparte es el de *El Delfín*. Esta historia no sólo difiere en las características de su vicioso e inmoral protagonista, sino también en su categorización. La novela picaresca irónica es la forma de narrativa picaresca a la que más se asemeja este relato. Julián Arzayús se va corrompiendo a medida que se adentra en las normas impuestas por la sociedad vil a la que pertenece. Su sentido moral y de justicia se desvanece tornándolo en un rufián de cuello blanco sin posibilidades de redención: "Pero ahora no lo asustaba la perspectiva de una matanza. Su sensibilidad, su simpatía por los humildes, su rebeldía ante la injusticia estaban muertas y sepultadas" (Salom Becerra 1990b, p. 146).

Con respecto al final abierto, se puede observar que en una de las obras exponentes de la picaresca latinoamericana, *El Periquillo Sarniento*, el protagonista, de igual modo que Simeón y Julián, muere al final de la novela, concluyendo de esta manera sus aventuras. Con lo cual, el final abierto no es una característica fija e inamovible en la picaresca latinoamericana.

Así como lo arguye Casas de Faunce, en la narrativa latinoamericana nuevas formas de la narrativa picaresca han aparecido que contienen un nuevo modelo picaresco que aún conserva la punzante crítica social propia de este género, dentro de las cuales se podría incluir las obras de Salom Becerra.

5.2.Érase una vez... un pícaro: los personajes y sus peripecias

Cros (1979), Ferran (1979) y Cohen (2012) enlistan algunas características inherentes al pícaro, las cuales impregnan las páginas de las historias de Salom Becerra. El azar y la necesidad, la pobreza, la ambigüedad moral y la mutabilidad, la orfandad y el desengaño son elementos ocurrentes que envuelven la burlesca adversidad en las vidas de Bernabé, Casiano, Baltasar y Simeón, y el innoble devenir de Julián Arzayús.

5.2.1. El azar y la necesidad

Todas las novelas de Salom Becerra tienen el azar como componente fundamental en la vida de los protagonistas. Un azar construido por el autor que empuja a los personajes a un remolino de acontecimientos tragicómicos frente a los cuales se ven inermes y contra los cuales no es posible enfrentarse. Ferran (1979,p. 54) afirma que el azar y la necesidad se unen para impulsar, suprimir o reanudar la acción del pícaro, de modo tal que el pícaro se mueve en una constante cíclica de situaciones angustiosas y de penurias que le exigen tomar medidas para sobrevivir. Es así como Bernabé debe cambiar de partido político según dicte la marea política; Baltasar es golpeado constantemente por el avatar

político y económico; Casiano sigue la línea licenciosa dictada por sus apetitos sexuales y termina siendo estafado; y Simeón debe inventarse cada vez una ingeniosa argucia para evitar a sus acreedores.

El azar lanza a Bernabé a las puertas de la carrera estatal. La necesidad lo obliga a aceptar los cargos que otros le impongan sin ser apto para ellos. Su pusilanimidad y carácter sumiso no le permiten apersonarse de su propio destino, lo que conlleva a que las eventualidades dicten su infortunio y otros abusen de sus capacidades. Este aspecto tan notable en la vida de Bernabé se ejemplifica en cada uno de los cargos públicos que se le asignan. Especialmente sarcástico es su corta estancia en el mundo policíaco. Su cobardía contrasta ridículamente con su oficio como detective. En este cargo no solamente se deja engatusar por un criminal de cuello blanco y empeña su arma por consejo de un ladino compañero de trabajo para entregar la mitad de un soborno que nunca existió, sino que también se ve envuelto en una absurda situación al enfrentarse a un peligroso fraticida con el arma de la cordialidad: “perdóneme, señor Ariza... yo vine desarmado porque soy un caballero y creía... mejor dicho sigo creyendo que usted también lo es... y entre caballeros sobran las palabras” (Salom Becerra, 1990c, p. 84). Milagrosamente sale con vida pero con los pantalones literalmente mojados del susto a lo que se suma un reporte lleno de eufemismos.

Simeón, por su parte fue condenado desde su nacimiento y con la elección de su nombre a un destino lleno de pesadumbres. En el inicio el narrador hace una comparación absurda entre Simeón y el más importante prócer de la patria, Simón Bolívar, para magnificar la desventura del protagonista: “Don Simón nació para vencer y venció! Don Simeón nació para deber y... debió! (Salom Becerra, 1976, p. 12) y agrega “el destino otorgó generosamente al primero todo lo que le negó avariciosamente al segundo” (Ibíd., p.13). Con esta introducción el narrador deja claro que la vida de Simeón está determinada por el infortunio. Por un lado, contrae por acción hereditaria las deudas de su padre y el vicio de deber por la nefasta situación económica; y por el otro, está condenado a la carrera burocrática por la destitución de Epaminondas, su padre, quien junto a su amigo Joselito sentencia a su víctima a años de engorrosos y míseramente remunerados trabajos en el juzgado tercero del circuito de lo criminal.

El destino de Baltasar Riveros no es diferente al de los anteriores personajes. Su infortunio está marcado por la acérrima devoción a un partido político que le trae profundas penas, su fe está marcada por la absurda ilusión de que el pueblo, los hombres del común, lleguen al poder y su supervivencia depende de un exiguo salario en una de las instituciones capitalistas que más utilidades devenga. A pesar de trabajar en un banco y ser uno de los empleados más confiables, su desesperada situación económica lo lleva a pedir prestado dinero, pero al igual que Simeón solo recibe reprimendas por tener tantos hijos y es constantemente culpado por su pobreza a razón de su honestidad y lealtad con su partido: “Los asilos de indigentes están llenos de personas que piensan como usted” (Salom Becerra 1990a, p. 75) le dice el usurero, don Nicodemes. En una situación antagónica a la de Baltasar, Casiano Pardo es un mojigato

conservador que fervorosamente sigue la consigna de “el que peca y reza empata”. Por tal motivo, se deja llevar descaradamente por sus deseos carnales y se arrepiente habitualmente los viernes en la confesión. El azar le pone en las manos la solución a sus problemas económicos pero al mismo tiempo le pone una redada para que lo pierda todo. La poca moral y gran practicidad de Casiano lo conducen a casarse con una sensual y oportunista viuda joven con un gran capital heredado de su vetusto marido. Debido en parte a su ingenuidad y en parte a sus ambiciones sociales, Casiano cae en manos de expertos timadores quienes, además de dejarlo en la ruina, destruyen su matrimonio.

En total contraposición a los anteriores personajes, se encuentra Julián Arzayús. El azar le otorga los privilegios de ser el hijo de un importante industrial. Recibe las mejores calificaciones sin haber estudiado, se gradúa con honores sin merecerlos y desfila por todos los altos cargos gubernamentales sin hacer méritos. No obstante, el azar también le endilga los vicios y bellaquerías de la sociedad a la que pertenece. La irónica comparación con la que el narrador se sirve para describir la primera comunión de Julián Arzayús ilustra claramente el devenir de este personaje:

Julián recibió a Jesucristo con una displicente frialdad. Al fin al cabo entre ellos no había nada en común. Su padre se parecía más a Augusto y Herodes que a José el carpintero [...] Jesús había nacido en un establo y había seguido una oscura infancia de obrero, él en su palacio y la suya había sido una brillante niñez de aristócrata [...] Jesús había condenado la desigualdad y la injusticia; él tendría que luchar por que siguieran imperando pues el fin de estas sería el de sus privilegios (Salom Becerra, 1990 b, p. 44)

Desde su nacimiento está condenado a andar entre rufianes, embaucadores y arribistas. Julián se va transformando en un hombre vil y sinvergüenza hasta que el peso de su desafuero lo condena “al martirio de comer sin hambre [...] y al tormento de beber de gula [...] entre su afición por el alcohol y la oportunidad de beber en todo instante, se interponía la cirrosis hepática que había seguido avanzando.” (Ibíd., p. 176). En el escenario grotesco en el que actúan los pícaros, a los cuales pertenece Arzayús, no hay espacio para la lealtad y honestidad. La farsa es una constante que hastía a Arzayús: “era un farsante cansado de la farsa, un payaso que detestaba el circo” (ibíd.). La falta de moralidad en la vida de Arzayús se convierte en una necesidad espiritual que socava y termina destruyendo su vida.

El azar y la necesidad son finalmente los verdaderos verdugos de los protagonistas. Este dúo priva a los unos de una vida materialmente digna y al último de una existencia moralmente reconfortante.

5.2.2. La pobreza

El infortunio y la carencia de Simeón, Baltasar, Casiano y Bernabé se fundamentan en un irremediable mal que acompaña empecinadamente la vida de estos personajes: la pobreza. La pobreza en las novelas de Salom Becerra se presenta desde una doble perspectiva. Por un lado, es la pobreza asignada por el azar, un

inescapable camino escabroso plagado de sufrimientos, vejaciones y penurias. Es así como en *Al pueblo nunca le toca* Baltasar es el feliz arrendatario de un cuchitril digno de una novela de Dostoievski: “Las paredes ennegrecidas y cubiertas de cicatrices, los techos perforados por las “goteras”, los ladrillos rotos y un penetrante olor a moho que impregnaba el ambiente, completaban el sórdido cuadro” (Salom Becerra, 1990a, p. 61); y Casiano el próspero dueño de “una habitación estrecha, oscura y húmeda ...[con] un armario de espejo en el que guardaba sus tres únicos trajes ... cuatro pares de calzoncillos agujereados [y] siete de medias varias veces remendadas” (Ibídem, p. 40). En *Don Simeón torrente ha dejado de deber* el narrador describe desde una focalización interna, la de Simeón, las carencias con las que este se enfrenta. Frecuentemente la vida de Simeón se compara con un camino del calvario paralelo al de Cristo: “El ejemplo de aquel otro pobre, nacido entre las pajas de una pesebre y crecido entre la viruta de un taller, quien -como él- había sentido el frío de la desnudez y el apremio del hambre y quien -como él- había sido herido en el cuerpo y en el alma, lo consolaba y fortalecía.” (Salom Becerra, 1976, p.68). Esta comparación con Cristo y el buen humor característico de Simeón le permiten transformar su propia miseria en una burla práctica que lo impulsa a ingeniar nuevos métodos para evadir a sus acreedores. Bernabé, por su parte, cuenta que después de la muerte de su padre la escasez de dinero no sólo forzó a su madre a hipotecar la vieja casa, sino que evitó que él, un estudiante disciplinado y brillante, terminara sus estudios de bachillerato y, por tanto jamás pudiera pasar las aulas universitarias oficialmente. Únicamente lo hizo clandestinamente en la facultad de derecho pero pronto fue descubierto y acusado de fraude por el profesor de la clase: “Ser abogado es un honor que cuesta y usted por lo visto, quiere serlo sin que le cueste un centavo” (Salom Becerra, 1990c, p.48). Sin un apropiado título educativo y una situación económicamente angustiosa, Bernabé es condenado a vagar por los turbios y fraudulentos caminos de la carrera gubernamental.

Por otro lado, es la pobreza que causa rechazo, ya que, desde el punto de vista de la sociedad, la pobreza se transforma en truhanería. Edmond Cros (1979, p.33) indica que en la picaresca la pobreza adquiere un sentido negativo asociado con la indigencia, la holgazanería, la bellaquería y la sinvergonzonería. Los desposeídos son entonces una enfermedad que se debe contraatacar. Bajo esta perspectiva, la sociedad retratada en las novelas de Salom Becerra mira con ojos discriminadores a los que llevan la cruz de la pobreza. Esta visión de la pobreza se resume claramente en las reflexiones de Bernabé:

Necesitaba ganar dinero. Y el dinero se obtiene trabajando o arrebatándoselo a quien lo posee. El despojo puede ser habilidoso o violento. En el primer caso el autor es un respetable financiero cuyos conocimientos se aprovechan en la gerencia de un banco o en una compañía de seguros; en el segundo es un vulgar ladrón, indigno de conmiseración y merecedor de que sobre él recaiga el peso de todas las leyes divinas y humanas (Salom Becerra, 1990c, p. 48)

La pobreza es entonces el parámetro con el que se mide la respetabilidad y rectitud, la cual también se refleja en los constantes reproches recibidos por Simeón y Baltasar. Por causa de su notable carencia económica, Simeón es tratado cruelmente por los compañeros de clase y la maestra de escuela, quien al

ver su precaria vestimenta lo reprende diciendo: “este es un colegio de gente distinguida y no un asilo de indigentes!” (Salom Becerra 1976, p. 55). En su vida adulta, además de ser recriminado por los múltiples acreedores como un fecundo padre irresponsable y un astuto evasor de deudas, decide pedir prestado dinero a un compañero de colegio adinerado, quien comenta desdeñosamente: “como esa gente no trabaja y quiere que todo le caiga del cielo... vino a que yo le prestara plata ¿no te parece el colmo de la frescura?” (Ibídem, p. 118). Al igual que Simeón, Baltasar es reprendido cuando intenta pedir ayuda para subsanar su agobiante situación económica. En su entrevista con el gerente del banco, este no sólo lo acusa de “ser un beodo o un tahúr, que malgasta en esos vicios su sueldo...” (Salom Becerra, 1990a, p. 78) sino también lo reprende por pedir un aumento de sueldo: “! Qué desfachatez! En primer lugar usted no lo merece; en segundo, yo nunca he sido partidario de los aumentos de sueldo a los empleados por que está demostrado que trabajan mejor con hambre” (Ibídem, p. 79).

Otro tipo de pobreza es la que ostenta Julián Arzayús. A pesar de su abundancia material carece completamente de riqueza espiritual. En una inusual reunión en la casa de los Arzayús, la familia se encuentra para discutir la precaria situación de Julián: “Julián está entregado a los vicios y [...] ha convertido su apartamento en una taberna y prostíbulo [...] naturalmente está física y moralmente desecho” (Salom Becerra 1990b, p. 104). Estas palabras de Clímaco confirman la fragilidad y miseria espiritual de Julián, la cual es producto de la indulgencia y privilegios con los que ha nacido. Aunque ante la sociedad retratada en la novela la pobreza moral de Julián no es juzgada ni recriminada, el narrador de la novela se encarga de develar sarcásticamente las situaciones y actitudes más comprometedoras en la vida de Julián que muestran la existencia pícara y pecaminosa del personaje. En la medida que Julián adquiere más poder social, económico y político, su bribonería aumenta. La pobreza espiritual de Julián se hace más visible en la novela al ser contrastada irónicamente con la pobreza material y firmeza espiritual de su némesis, Juan José. Mientras Julián gozaba de una cuna de oro y la exuberancia de la familia Arzayús, su medio hermano crecía “en el ambiente sórdido y mezquino de una casa de inquilinato [...] todo en aquella casa ultrajaba la vista, el oído y el olfato.. el hambre, la mugre y la ordinareza deambulaban como espectros” (Salom Becerra 1990b, p. 155). Sin embargo, la vida agreste fortaleció el carácter de Juan José y robusteció su espíritu.

La pobreza es representada desde distintas perspectivas. En *Don Simeón Torrente ha dejado de deber, Al pueblo nunca le toca* y *Un tal Bernabé Bernal*, se presenta desde el punto de vista del desposeído que sufre las vejaciones en contraste con la sociedad que lo percibe como un astuto rufián; y en *el Delfín*, en cambio, pasa de la bellaquería del simple ladrón por necesidad a la vileza del poderoso, quien desde su opulencia se va degradando.

5.2.3. La ambigüedad moral y mutabilidad

Los personajes en la picaresca se mueven en un mundo ambivalente y paradójico donde los principios morales son constantemente distorsionados y rebatidos. Ferran (1979, p. 58) apunta que en este ambiente cínico e irónico, el pícaro no tiene más remedio que adaptarse a este si quiere sobrevivir. Los protagonistas de las historias de Salom Becerra también deben adaptarse a la sociedad en la que están sumergidos para subsistir. A pesar de que Simeón, Baltasar y Bernabé luchan por mantener sus principios morales, y en general lo logran con pésimos resultados, pronto las circunstancias los obligan a tomar medidas en contra de su propia ética o dejan entrever las deficiencias en su ideología. Paralelamente, estos personajes exponen a los pícaros a su alrededor y el sistema de valores que los componen.

Además de cambiar de afiliación de partido político según el gobierno vigente, Bernabé, gracias a su pusilanimidad y temor de perder el empleo, condesciende y encubre los fraudes y demás falacias perpetradas por sus superiores aunque aún conserve su consciencia bajo las órdenes de sus jefes oportunistas. En la triquiñuela política preparada por los colaboradores del diputado Mondragón, Bernabé cambia su discurso que proclama unas votaciones sin fraudes a “Si ustedes consideran que la violencia y el fraude son necesarios que venga la una y el otro!... Oh democracia bendita seas aunque... no quede un cojo vivo! (Salom Becerra, 1990c, p. 97). En su puesto como detective se deja embaucar ingenuamente y consecuentemente se deja convencer que el camino del delito es su única salida. Para cubrir un delito (dejar escapar al sindicado) comete uno nuevo: pagar el supuesto soborno con peculado a través del empeño de dotación estatal. Bajo el mando del magistrado Velandia, el concejal Meneses y el coronel Villate fue cómplice de prevaricato y cohecho aunque nunca se beneficie de ello. Después de su productiva estancia en la cárcel, su gran asesor, su pragmático tío Dámaso ayuda a desaparecer sus antecedentes penales para conseguirle un trabajo con el liberal Plutarco Bolaños a cambio de una recomendación y un 20% del sueldo. Al final el mismo Bernabé reflexiona: “para continuar una precaria y triste existencia de burócrata era necesario sacrificar todos mis principios. Pisotear la ley moral y escrita” (Salom Becerra, 1990c, p. 70).

Asimismo, las apremiantes deudas adquiridas por Simeón lo obligaban a ingeniarse argucias para evitar o salir de deudas. Desde el inicio debe esconderse para esquivar los continuos cobros. Recurre a falsas enfermedades y a una supuesta demencia para no enfrentar a sus acreedores. Cambia las placas de la casa para que no lo lancen a la calle perjudicando de esta manera a una pareja de ancianos, quienes son despojados de su hogar. En una ocasión escribe una carta a los ricos del país para que le prestaran dinero y solo llega una carta con un insulto. Resuelve como siempre recurrir a Cristo: “! Tu que todo lo puedes sálvame! ¡Dame señor la ayuda que me niegan los hombres!” (Salom Becerra, 1976, p. 127). Al no recibir respuesta a sus suplicas, se enfurece e injuria a Cristo afirmando que “el comunismo era la única solución de los problemas humanos y que Proudhon, al decir que “la religión era el opio de los pueblos” había

dicho una verdad más grande que la Unión de las repúblicas soviéticas” (ibídem, p. 128). Después de tres días se arrepiente y visita de nuevo al señor en el templo.

Si bien Simeón muestra flaqueza y ambivalencia en su fe, Baltasar presenta un empecinado fervor por su partido político. Este ciego fervor lo conduce a contradecir sus propios ideales. Arremete en contra de los conservadores por ser arbitrarios y sectarios, sin embargo él es “intolerante, dogmático y arbitrario [...] proclam[a] la igualdad entre los hombres si estos [son] liberales, porque los conservadores, en su opinión, pertenec[en] al reino animal” (Salom Becerra 1990a, p.16). Se promulga ateo pero se repite constantemente: “Cuando llegará el pueblo al poder? Cuando Dios mío, cuándo? (Salom Becerra 1990a, p. 31). Se dice abierto y progresista aunque advierte sus hijos: “Ustedes pueden tener sus ideas políticas, pero siempre y cuando sean las del partido liberal... Yo no pretendo obligarlos que piensen como yo... pero ¡ay! Del que no lo haga...! (Ibídem, p. 69).

A diferencia de Simeón, Baltasar y Bernabé, Casiano y Julián poseen una doble moral mucho más evidente que les permite modificar su comportamiento de acuerdo a su conveniencia. En este sentido, el carácter anti-heroico del pícaro que propone Cohen (2012) se puede aplicar a estos personajes. En ambos se hace notable la falta de decoro, honorabilidad e integridad. Casiano, conservador por herencia, ama “el orden aunque [es] profundamente desordenado y la tradición aunque nunca pudo saber exactamente en que consistía” (Salom Becerra, 1990a, p.17). La ética de Casiano se mece entre su superficial religiosidad, heredada de su condición conservadora, y sus profundos deseos carnales. Su cinismo se evidencia en una de las paredes de su cuarto donde se exhiben a un extremo las imágenes religiosas del sagrado corazón, el divino rostro, la inmaculada concepción etc. a las cuales les reza fervorosamente; y al otro veinte desnudos femeninos, escandalosamente impúdicos a los cuales besa cada mañana. Su libido se esconde en un viejo baúl de prendas femeninas que guarda como trofeos de sus conquistas amorosas, cada uno con sus respectivas etiquetas; y su oportunismo se manifiesta en su matrimonio por conveniencia con una viuda rica a quien no ama pero cuyo cuerpo desea al igual que la inmensa fortuna con la que viene la dama. Su descaro y desfachatez se demuestra en la dilapidación de una fortuna ajena y la frescura con la que acepta el robo de la inmensa fortuna a manos de tres embaucadores. Lejos de deprimirse, Casiano comenta a Baltasar: “Lo que me ha pasado confirma mi tesis de que los de arriba no dejan subir nunca a los de abajo.... En fin a lo hecho pecho... en todo caso fue una experiencia interesante” (ibídem, p.150). El caso de Julián, aunque con una lujuria y descaro similar a los de Casiano, llega a un nivel más degradante. Para Julián la doble moral es una herramienta de supervivencia. De acuerdo a la dialéctica de su padre y al pragmatismo de Aristóbulo Aldana, su posición privilegiada, bienestar y ventura dependen de la perpetuación del sistema social impuesto por la oligarquía al cual él debe ceñirse y apoyar. Bajo esa ley, “[e]l muchacho débil, refractario de la mentira y alérgico a la inmoralidad, había desaparecido para

dar paso a un hombre endurecido, de moral laxa, para quien el fin de satisfacer su ambición justificaba los medios más indignos” (Salom Becerra, 1990b, p. 92).

De la mano de la doble moral, el pícaro también se enfrenta a su forzada mutabilidad. De acuerdo a Cohen (2012, p.555), la mutabilidad del pícaro se refleja en sus múltiples disfraces y/o diferentes labores (oficios) para alcanzar sus metas materiales. Esta facilidad para transformarse y flexibilidad de cambio son motivadas por la necesidad de adaptarse al sistema de principios contradictorios impuestos por sociedad. Estos rasgos son ilustrados más claramente a través de Bernabé, Julián y Casiano. Estos personajes escogen el camino de menor resistencia, el de la laxitud, en una sociedad que les exige transformarse para surgir o sobrevivir. Como se ha indicado anteriormente, Bernabé desfila por la mayoría de las instituciones del estado en su afán de sostener a su familia y evitar las recriminaciones (y la compañía) de su mujer. En su camino de supervivencia burocrática no sólo vende su intelecto sin ninguna retribución sino también cambia constantemente de oficio y en cada uno debe ingeniarse alguna estrategia para cumplir con las tareas que se le exigen aún en contra de sus principios. A pesar de no cometer delitos punibles por la ley (excepto como detective), peca por omisión y encubrimiento. Julián también desempeña distintos cargos públicos pero a excepción de Bernabé se deja absorber por el medio y comete los actos más viles que su posición de poder le permite. En los cargos público que detenta, Julián debe disfrazarse de un caballero recto, filántropo, intachable y culto para ocultar su mezquindad, degradación y ruindad. Casiano, por su parte se ve tentado por el arribismo y el oportunismo para camuflarse bajo las ropas de nuevo rico y fingir una posición económica a la que no pertenece.

La ambivalencia moral que en algún grado exhiben todos los personajes y la mutabilidad que es exigida a algunos para permanecer se convierten en una controvertida moraleja que pretende hacer una crítica al comportamiento ético de la sociedad y hacer reflexionar al lector sobre el propio. Esta moraleja hace parte del carácter didáctico de la picaresca ya mencionado por Casas de Faunce.

5.2.4. La orfandad

Una de las más notables características del género picaresco es la pérdida de los padres, especialmente del padre, en momentos decisivos en la vida del protagonista. El legado del padre, en la mayoría de los casos el infortunio, recae sobre el protagonista quien sin una clara guía deambula en busca de medios para satisfacer sus necesidades materiales. Sumado a la pobreza material (y espiritual en Julián) heredada de sus progenitores, los protagonistas en las novelas de Salom Becerra pierden a sus padres en la adolescencia como Simeón y Bernabé, tienen un padre ausente como en el caso de Julián Arzayús o nunca son nombrados como en *Al pueblo nunca le toca*. La orfandad física y/o espiritual es, por consiguiente, el común denominador en los personajes a quienes el devenir les forja su comportamiento.

El padre de Bernabé era un hombre adusto, huraño e insensible, “un viejo detestable e injusto que, por la más leve falta, [le] regañaba en términos que [él] no entendía y [le] daba palmadas en el rabispís” (Salom Becerra, 1990c, p. 32). Por su severidad, Bernabé no puede hallar en su padre un ejemplo a seguir y tampoco desarrolla ningún trato afectuoso con él. Su percepción de la figura paterna la asocia con el Coco, “un personaje mitológico [...] como un viejo negro y horrible, de mirada torva e intenciones más torvas todavía” (ibídem), y el Diablo, “un individuo diabólico [...] con grandes cuernos de marido francés, bigotes [...] rabo y tridente” (Ibídem). Bajo esta imagen paternal, Bernabé creció con terror y desasosiego, lo cual ayudó a acrecentar su timidez y cobardía. En consecuencia su carácter pusilánime es en gran parte originado por el maltrato de su padre. Una vez muerto su padre, Bernabé confiesa que fue un alivio para él: “A ninguna víctima se le puede exigir que lamente la muerte de su victimario” (Ibidem, p. 47). El hogar Bernal fue reducido a Bernabé y su madre, lo que obliga a Bernabé a aceptar cualquier tipo de trabajo que no requiriera un título educativo: “En este país una persona, como usted, que no sepa hacer absolutamente nada, tiene que ser empleado público” (Ibidem, p. 49) le aconseja el tío Dámaso.

El caso opuesto al de Bernabé es la relación de Simeón con su padre. A pesar de que el furibundo Coronel Epaminondas Torrente castiga injustamente a su hijo con un nombre infame y lo sanciona justamente con descomunales palizas, ama entrañablemente a Simeón. Unidos por la misma desgracia, el deber, ambos desarrollan un emotivo lazo filial en el que Simeón aporta ingeniosos versos y el coronel sus lágrimas: “Su única obra había sido Simeón: un muchacho inteligente y bueno, pero malogrado - como él- por la pobreza y -como él- condenado a arrastrar las cadenas de la burocracia” (Salom Becerra, 1976, p. 88). La muerte de Epaminondas le deja un desconsuelo enorme a Simeón y también el infortunio de sus deudas. El déficit monetario incesante en la vida del padre y las astutas marañas para contrarrestarlo recaen en el hijo, quien continúa el agobiante ciclo de endeudarse para pagar las deudas adquiridas con anterioridad.

Finalmente, Clímaco Arzayús, a diferencia de los padres de Bernabé y Simeón, está presente físicamente en la mayor parte de la vida de Julián pero permanece alejado como guía, es muy al contrario un anti-ejemplo para su hijo. En las palabras de Catalina, su esposa, se sintetiza el abandono afectivo por medio del cual Clímaco priva a su hijo de un verdadero amparo paterno: “Usted [...] le infundió su egoísmo, sus vicios, sus defectos [...] Nunca se preocupó por su formación intelectual y moral [...] Julián es el producto de ese ambiente de mentira y de artificio creado por usted para engañar a la gente” (Salom Becerra, 1990b, p.70). La orfandad de Julián consiste en la ausencia de orientación ética y emocional por parte de su padre, cuyo resultado es la falta de honra, integridad y simpatía hacia los demás. Su débil carácter se forma en bacanales, encuentros licenciosos y puestos gubernamentales comprados, y a través de conocidos sin escrúpulos como Aristóbulo Aldana, la mano derecha (e izquierda) de Clímaco, quien es descrito por el narrador como “un exponente clásico de la picaresca bogotana: malicioso, ladino, zalamero, guasón. Su ignorancia estaba compensada por un talento vivaz que le permitía moverse con

propiedad en todos los lugares y circunstancias, nadar con los peces grandes y chicos, burlarse de los de arriba, engañar a los de abajo y explotarlos a todos” (Ibídem, p. 23). Bajo estas circunstancias, Julián nunca puede construir para sí mismo una figura paterna, por consiguiente la muerte de Clímaco es solamente un día corriente en la corrompida vida que lleva.

5.2.5. El desengaño

Después de su doloroso camino por el devenir picaresco, los personajes deben enfrentarse a la lección que les deja su paso por una sociedad corrupta. El desengaño es, en esta medida, un aprendizaje forzoso de la arbitraria e infame realidad.

En *Un tal Bernabé Bernal* Salom Becerra utiliza la ingenuidad e inexperiencia de Bernabé en lo concerniente al mundo que envuelve los empleados públicos. A través de la ingenuidad, el autor resalta los atropellos y los absurdos de la vida en la sociedad y en la política. La primera desilusión de Bernabé tiene lugar en su niñez cuando adquiere “la convicción, confirmada por la experiencia, de que los malos invariablemente prevalecen y triunfan sobre los buenos” (Salom Becerra, 1990c, p. 32), y continúa en su vida adulta. En la oficina de su primer explotador, el Senador Mondragón, quien después de asegurarle repetidas veces la asignación de un cargo público, lo evade otras tantas con falsas excusas: “era imposible que un hombre tan serio y tan importante se estuviera burlando de mí. Su acento tenía el sello inconfundible de veracidad. El hecho de que hubiera confundido mi nombre carecía de importancia.” (Ibídem, p. 53). Solamente al darse cuenta que Mondragón podía sacar provecho de su inteligencia, Bernabé se pone a su disposición y finalmente obtiene el empleo. No obstante, su ingenuidad continúa al servicio de jefes más ávidos y astutos en espera de algún tipo de reconocimiento. Eventualmente Bernabé reflexiona y llega a la conclusión de que “los que creemos que el trabajo enaltece y dignifica, somos unos cretinos condenados a la cadena perpetua de la explotación por parte de un califa de malvados” (Ibídem, p. 144).

La ingenuidad que despliega Bernabé se agudiza en la empecinada idea de Baltasar que el pueblo llegue al poder. Esta férrea utopía vapulea el espíritu de Baltasar quien debe enfrentarse a la decepción de sus héroes políticos: Olaya, quien “Sentado en un sillón que más parecía un trono, con la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, grave, imponente, majéstico” (Salom Becerra, 1990a, p.107), lo recrimina displicentemente por acudir a él en busca de ayuda laboral; y López, a quien consideraba “el redentor que iba a expulsar los mercaderes del templo y promulgar el evangelio de la justicia social. El Lenin colombiano [...] el único y verdadero libertador de la patria” (Ibídem, p. 124), le da la espada al pueblo que lo había elegido al detener las reformas que beneficiarían al ciudadano común. En sus últimos días, ya en la cama de un hospital debe concordar con Casiano en que los poderosos jamás dejaran que sus ideales de justicia social se realicen: “¿Con que “el pueblo unido jamás será vencido”?-preguntó Baltasar en tono

irónico- ¡Miren!!- y encogió los dedos índice y anular de la mano derecha y extendió el cordial” (Ibidem, p. 199)

En *Don Simeón Torrente ha dejado de deber* es el crudo sarcasmo del protagonista el que transmite el desencanto. El humor de Simeón le permite burlarse tanto de las figuras públicas y la sociedad como de sus deudas, además de criticar a ambas. El culmen de su burlona ironía se evidencia en la forma como soluciona su entierro, donar su cuerpo yerto a la facultad de medicina, y su epitafio: “Don Simeón Torrente ha dejado de... deber. No habiendo podido despedirse personalmente de sus acreedores, lo hace por medio de este aviso y se pone a sus órdenes en el cielo, cuyas puertas contribuyeron ellos a abrirle” (Salom Becerra, 1976, p. 170)

Julián Arzayús, al igual que los demás, también se desengaña del mundo que lo rodea y llega a aburrirse de “los discursos estereotipados de los embajadores, las sonrisas y las genuflexiones hipócritas de condecoraciones, las batallas de flores verbales y todas las ridículas ceremonias que se realizaban en este mundo artificial y postizo” (Salom Becerra, 1990b, p. 176). En su reunión con Marilú, su amante, y su esposo, el General Deogracias, Julián finalmente confiesa su hastío y desilusión: “la vida me ha negado el placer de conseguir las cosas con esfuerzo... cuanto soy se lo debo al simple hecho de haber sido hijo de un hombre poderoso a pesar de su mediocridad... ¡Estoy cansado de engañar y engañarme! Asqueado de la farsa, de los histriones que me rodean, asqueado de mí mismo!” (Ibidem, p.137). A pesar de su inmensa fortuna y haber seguido las pautas exigidas por la sociedad a la que pertenece, Julián reconoce el engaño y, dentro de este, su infortunio.

Si bien no todos los protagonistas en las historias de Salom Becerra son clásicos representantes del pícaro en la novela picaresca, si guardan cierta correlación con las características aducidas al pícaro. Más que una fiel figura picaresca, los protagonistas muestran un parámetro moral contra el cual se mide a la sociedad. Este parámetro se ve vituperado en el caso de Bernabé, Simeón y Baltasar, ya que al tratar de guiarse por principios éticos, fracasan ante la sociedad; y se presenta inaccesible en el caso de Julián, por cuanto el ambiente lo compele a aceptar la norma inmoral. De esta forma, a través de las desventuras de los protagonistas, Salom Becerra examina y censura a la sociedad bogotana del tiempo en el que transcurren las novelas y crea un espacio de reflexión para el lector.

5.3. Érase una vez... una sociedad pícaro: La crítica social

En la picaresca, la sociedad tiene un rol predominante. Es ella finalmente la que moldea al pícaro. En la picaresca, como afirma Meyer Minnemann (2008, p. 23), el contexto económico y la estructura social son fundamentales para la narrativa, especialmente bajo su mirada carnavalesca. En la picaresca los contrastes irónicos, mayormente el sarcasmo, son la principal herramienta para despojar a la sociedad de su decoro y compostura para retratarla descaradamente, sin tapujos (Cohen, 2012; Casas de Faunce, 1979). En las

novelas de Salom Becerra se presenta la sociedad bogotana desde principios del siglo XX hasta 1970 con descaro y desparpajo. Cada uno de los personajes allí descritos revela con desfachatez sus más profundos vicios. Dentro de este retrato cínico de la sociedad, Salom Becerra hace una crítica punzante a algunos aspectos sociales relevantes.

5.3.1. Capitalismo

La escasez y la falta de recursos económicos es una constante en la vida de los protagonistas quienes viven en pleno boom de neoliberalismo comercial feroz y capitalismo insaciable. La verdad ineludible de los ricos cada vez más ricos y los pobres más pobres golpea la vida de los protagonistas. En las novelas de Salom Becerra la riqueza es concebida por medio de objetos, ideas y cultura proveniente de Europa y la pobreza se presenta como la predilección a un producto nacional (mazamorra, aguardiente, cerveza, panderos, cotudos, loza de Raquira, trompo, bolas y aro, gambetas, subida a Monserrate, viajes a las piedras de Tunja y Zipaquirá) (Salom Becerra 1976, p. 22). De esta manera, la riqueza está destinada a un exclusivo grupo que posea los medios para vincularse con Europa. Adicionalmente, la pobreza generalizada convierte las necesidades básicas en lujos accesibles solo para los que pueden costearlas. Mientras que Bernabé afirma que “[e]n las sociedades capitalistas las enfermedades son artículos suntuarios que sólo los ricos pueden adquirir” (Salom Becerra, 1990c, p.109), en *Simeón Torrente* el negocio de la muerte se ilustra de manera muy lucrativa. Se ofrece desde un “[v]iaje a la eternidad en una cómoda y elegante camioneta “Cadillac”, de último modelo” hasta un “equipo de expertos en llanto que, con un pequeño recargo adicional, [...] dejarán [al cliente] plenamente satisfecho” (Salom Becerra, 1976, p.166). No obstante, la suma de dinero para un entierro austero es tan alta que Simeón resuelve donar su cuerpo para no ser enterrado. El abismo económico entre ricos y pobres no solo se muestra en la vida cotidiana, sino también en una de las instituciones insignes del capitalismo: la banca. Al hacerse pasar por lunático, Simeón descubre por medio de una proclama en el vestíbulo del banco la verdadera cara del abuso económico: “Pero, ¿Qué podéis saber vosotros, miserables lacayos del capitalismo, aduladores de los poderosos y perseguidores implacables de los desposeídos, guardianes abyectos del tesoro de vuestros amos, amasado con el sudor y las lágrimas de millones de siervos, hermanos vuestros? (Ibidem, p. 152). Irónicamente su supuesta demencia le permite asestar una incisiva crítica sin consecuencias penales, ya que este estado de locura lo protege de una reprimenda policial. Las palabras de Simeón toman forma en el personaje de Baltasar en *Al pueblo nunca le toca*. Baltasar debe trabajar bajo las órdenes de Don Juan Crisóstomo de Uricoechea proveniente de una familia de banqueros bogotanos, quien “compensaba su mediocridad con una suficiencia insoportable y su ignorancia con una vanidad agresiva. Su actitud frente a los empleados del Banco oscilaba entre el desprecio y el asco.” (Salom Becerra, 1990a, p.77). El suplicio de Baltasar es, por consiguiente, colaborar con el aumento de las arcas de la entidad bancaria y continuar viviendo de dinero prestado.

5.3.2. Los Medios

Los medios de comunicación como se retratan en las novelas de Salom Becerra, son un poder prominente y parcializado que se utiliza como instrumentos para confundir, malinterpretar y mostrar solo la información conveniente, la cual mal informa e influencia las masas. En este punto, la experiencia periodística de Salom Becerra como columnista de renombrados periódicos y revistas a nivel nacional se refleja en las palabras de los narradores y los propios personajes. El narrador de *Al pueblo nunca le toca* se refiere a “El Tiempo” como un diario cuya política se sintetiza en

“el respeto al “statu quo”, el culto a los valores consagrados, el servicio a dos amos, las velas simultáneamente prendidas a Dios y al diablo, el oportunismo elevado a la categoría de necesidad patriótica, la cobardía disfrazada de prudencia, el miedo a la verdad, la mentira ataviada con los ropajes de la discreción, las formulas eclécticas, las soluciones salomónicas, los tonos grises, las medias palabras, los eufemismos, las ambigüedades “ (Salom Becerra, 1990a, p. 151).

En su segunda novela, *El Delfín*, Salom Becerra satiriza los periódicos de su tiempo en la figura del diario “El Incondicional”, el cual es una clara muestra del poder de la información que se divulga y el abuso que se hace de ella. Incluso Simeón, en su humor y picardía, paga un anuncio lleno de eufemismos y mentiras en el periódico con motivo del nacimiento de su primer hijo: “El respetado hogar del culto caballero y alto funcionario del poder judicial [...] y su distinguidísima dama [...] [en] espléndida mansión colonial [...] ha sido alegrado con el advenimiento de un precioso chiquillo, llamado a [...] imitar [...] a sus ilustres antepasados [...] honra y prez de la sociedad bogotana [...] merecida felicidad de que han gozado y seguirán gozando sus padres” y con recorte en mano le dice a su vecino “Así son de ciertas todas las cosas que se publican en la página social de los periódicos” (Salom Becerra, 1976, p. 115). De esta manera, el autor muestra la manera pícara en la que los medios de comunicación son aprovechados para engañar al público lector.

5.3.3. Hipocresía y falsedad

En el retrato de la sociedad pícara que hace Salom Becerra, hay un aspecto que junto con la doble moral y la vileza aparece repetidamente en sus novelas: la Hipocresía. Así como el escudero en el Lazarillo portaba una falsa apariencia de nobleza y gran señorío, los personajes en los libros de Salom Becerra también acuden al engaño para fingir ante los demás. El caso más notorio es el de la familia Arzayús. Para mantener su buen nombre crean unas cuantas argucias para ocultar la vergonzosa verdad. Ejemplo de ello son los matrimonios arreglados de las hijas de Arzayús para encubrir el embarazo indeseado de la primera y la repulsiva personalidad de la segunda, y la apariencia noble tanto de Julián como de Clímaco.

La hipocresía no sólo se presenta como un enmascaramiento sino que también es representada por la vulgar habladuría. Este vicio constante de hablar mal a espaldas de la víctima y mostrar una falsa simpatía se aprecia en la mayoría de los personajes aún con cierto grado de consciencia moral. Bernabé confiesa

que en los días de pago de la pensión se reunía con sus viejos amigos a “[criticar a [sus] jefes y [se burlaban] de [sus] compañeros de oficina “ (Salom Becerra, 1990c, p. 168). Otro tanto también hacen sus compañeros de oficina, quienes en un “ambiente de hipócrita cordialidad que reinaba en todas las oficinas públicas y que es el manto que oculta las envidias, emulaciones y resquemores, de los burócratas” (ibídem, p. 168), despotrican los unos de los otros para posteriormente ponerse la máscara de afabilidad. La falta de sinceridad también se transmite a través de las palabras de Simeón. Por medio de ellas el autor asocia la falsedad con el tacto, disimulo y tapujo, además de indicar que es un rasgo característico de las comunidades humanas para aparentar simpatía y obtener una buena imagen ante los demás: “el vestido, la cortesía, la diplomacia, son otras tantas manifestaciones de la vida humana. Los animales irracionales que son mucho más sinceros y espontáneos que los racionales, no se visten, ni se hacen visitas de pésame, ni celebran tratados de amistad y cooperación” (Salom Becerra, 1976, p. 110).

Si bien es cierto que la sinceridad hace parte de la honorabilidad, las historias dejan claro que la verdad escueta puede ser contraproducente. El matrimonio de Simeón lejos de causar felicidad a sus amigos y familiares, es un acontecimiento que origina preocupación y pesadumbre. A pesar de ello, cada uno decide ocultar su verdadera opinión para no desatinar con la tradicional alegría matrimonial. Las felicitaciones y bendiciones recibidas de su madre, su jefe y su tío son estrepitosas mentiras que encubren pensamientos como “¡Lástima de mi muchacho!”, “¡Dios perdone mi intervención en la tragedia que va a comenzar ahora!” o “¡que gente tan bruta... no se sabe cuál es más animal” (Ibidem, p. 106). Contrario a las razones afectivas de los familiares de Simeón para mentirle, las directivas del Gimnasio Contemporáneo en *El Delfín* y la viuda del millonario Nicanor Saldarriaga en *Al pueblo nunca le toca* fundamentan su falsedad en un interés materialista e interesado. Los primeros redactan un falaz anuncio de prensa en honor a Julián a sabiendas de su ineptitud, ignorancia y holgazanería con mira a intereses políticos y económicos:

Después de honrarnos con su presencia por espacio de seis años, de deslumbrar a profesores y alumnos con el brillo de su inteligencia, de alentar a aquellos y estimular a estos con el ejemplo de su aplicación, de hacerse envidiar por su cumplimiento y amar por su bondad y simpatía, terminó los estudios de bachillerato [...] Julián Arzayús” (Salom Becerra, 1990b, p. 52).

La segunda, en la muerte de su sexagenario esposo, debe untarse “mentholatum”, un poderoso ungüento, de vez en cuando bajo los lagrimales para llorar y veía el reloj que al pasar 10 minutos le anunciaba que debía empezar a quejarse y mirar a los presentes, especialmente los hombres, entre agradecida y coqueta. Todo este teatro para ser digna de la obtención de la cuantiosa herencia del industrial.

Las anteriores situaciones ilustran que en la sociedad pícara descrita en las novelas de Salom Becerra, los personajes de una u otra forma se ven tentados a faltar al principio de sinceridad. Ya sea por interés propio o por quedar bien ante los demás, la sátira que se hace a la constante práctica de la hipocresía en los diferentes niveles de la sociedad pone en evidencia la preferencia de mantener el “status quo” a romperlo con la confrontación a una lamentable e incomoda pero verdadera realidad.

5.3.4. Autoridad, inseguridad e injusticia

Según las definiciones en el diccionario de la RAE, autoridad es un poder de mando legítimo que vela por los derechos, exige deberes y controla que ambos se cumplan. En ese orden de ideas, pareciera que asociar autoridad y las instituciones que la detentan con inseguridad e injusticia es una contraposición o inclusive una incompatibilidad. No obstante, en la sociedad pícara descrita en las narrativa de Salom Becerra, los contrastes antitéticos son la base de su crítica social, especialmente mordaz con relación a las instituciones estatales encargadas de administrar orden y justicia en la nación. De esta manera, la autoridad y sus representantes se presentan como una fuente de desafuero, iniquidad y arbitrariedad.

Salom Becerra plantea su crítica a la incoherencia que se maneja desde las instituciones educativas pasando por la policía y la milicia hasta los organismos legislativos y de justicia. En materia educativa, tanto Bernabé como Simeón sufrían bajo el suplicio de sus superiores. En vez de encontrar consuelo y apoyo en la autoridad pedagógica de su colegio, Bernabé es vituperado por el rector cuando buscaba ayuda para liberarse de los abusos de sus compañeros de curso: “¡Este no es un colegio de niñas, sino de machos! [...] Yo no puedo convertirme en el guardaespaldas de cada uno de los alumnos De lo que usted me dicho, he sacado la conclusión de que usted es un pendejo y de que ese muchacho le ha conocido la pendejada” (Salom Becerra, 1990c, p. 35). Tampoco encuentra Bernabé amparo y defensa en sus maestros. El profesor de literatura no sólo califica de fraude sus ensayos sin evidencia alguna, sino que se convierte en un abusón más similar a los compañeros de clase de Bernabé, ya que al darse cuenta de sus preclaras habilidades lingüísticas y literarias le ordena hacer trabajos de índole personal de lo contrario lo amenaza con la pérdida de la materia. Igualmente, Simeón halla incompreensión y rechazo en las señoritas Urruchurto, sus maestras, cuyo lema: “la letra con sangre entra” (Salom Becerra, 1976, p. 52) refleja sus procedimientos didácticos. La ley del reglazo aplicada por ambas dejan en las manos de Simeón duras callosidades, además de la férrea creencia que por su notable pobreza merecía el castigo. Otro destino tienen los compañeros adinerados de Simeón, quienes reciben dadas sin merecerlas. Este también es el caso de Julián Arzayús, quien, a diferencia de Bernabé y Simeón, en su calidad de hijo de un poderoso industrial no bebe asistir a clase, ni estudiar las lecciones, ni pasar al tablero, ni presentar trabajos: “Ningún profesor fue destituido durante los seis años subsiguientes o sea que todos cumplieron estrictamente con la orden de calificar con cinco los exámenes de Julián, la de concederle mensualmente el primer puesto del curso y la de otorgarle al final de cada año los premios de aprovechamiento, puntualidad y buena conducta” (Salom Becerra, 1990b, p. 51).

Las instituciones policiacas y militares también son referidas por los narradores como asociaciones de forajidos donde impera la ley del más fuerte. En su cargo como detective Bernabé concluye que los policías son hombres de rostros innobles y miradas siniestras, malhechores vestidos de autoridad que violan la ley con armas del estado, y que “la delincuencia es una enfermedad contagiosa y el contacto con

los delincuentes enseña a delinquir sin dejar huella” (Salom Becerra, 1990c, p. 61). La conclusión a la que llega Bernabé se evidencia en el hecho que la policía desmerita la ciencia forense y solo acepta la tortura y pícaros informantes como medio para conseguir declaraciones y pruebas: “Porque ha de saber que la tortura es un medio infalible para lograr que los delincuentes confiesen... es un procedimiento prohibido por la ley, pero usted sabe que las leyes se obedecen pero no se cumplen” (Ibídem, p.58). Muchos mienten en las diligencias de reconocimiento para satisfacer venganzas políticas y personales, además los sindicatos no pueden defenderse por que los detectives estan encapuchados al estilo del Ku-Klux-Klan. El Ejército no es diferente a su homónimo en la vida civil. El coronel Deogracias Cabrero en *El Delfín* y el oficial mayor de la sección donde trabaja el padre de Simeón, son muestras de picardía Militar. El uno cede ante la lujuriosa relación entre Julián y su esposa con el fin de ascender de rango; y el otro actuaba bajo el adagio popular: “La mona sabe a qué palo se trepa”, es decir, con aquel que detenta el poder, siempre, con el perdedor, nunca. Sin embargo, la infamia, ruindad y mal gusto en la milicia se ven personificadas en el coronel Cerbeleón Villate, Jefe del departamento de Adquisiciones y compras y cuarto jefe de Bernabé. Sin ningún tipo de escrúpulos usa a su mujer para escalar posiciones y practica el peculado con cínico desafuero: “la honorabilidad es una carcajada que no sirve sino para joder a la gente, para no dejarla que levante la cabeza del barro... Yo me cago en la constitución las leyes y la moral! (Ibidem, p. 143). Por sus negocios ilícitos y los que permite a sus subalternos, además de la imprudencia e insensatez de Bernabé, este último es condenado a un año de cárcel por delitos perpetrados por su pícaros compañeros. Baltasar y Simeón sufren un injusto trato semejante al de Bernabé por parte de la policía. Baltasar es encarcelado dos veces por expresar su ideología política en tiempos de una aparente democracia. La primera vez es puesto bajo custodia policial por estar aclamando la candidatura del General Herrera (liberal) en tiempos de hegemonía conservadora. El comisario de turno trata de argumentar su detención con un supuesto artículo en el cual se establece que los liberales no pueden echar vivas a su partido y vituperar al partido conservador, a lo cual Baltasar responde: “En todo caso yo creía que estábamos en una democracia” (Salom Becerra, 1990a, p. 25). Sin ninguna otra defensa argumentativa el juez manda a callar a Baltasar y le indica al cabo: “meta al calabozo a este guache asqueroso” (Ibidem)”. La segunda vez Baltasar es detenido por haber participado en la destrucción del 9 de Abril: “fue conducido a una vieja y lúgubre casa habitada, por aquellos días, como sitio de reclusión de los delincuentes aprendidos con posterior al 9 de abril y encerrado en una habitación húmeda y oscura” (Ibidem, p. 168). En la detención de Baltasar se visualiza el principio de tortura referido por Bernabé. Baltasar debe confesar delitos de los cuales no es culpable para detener a sus torturadores. Mientras tanto estos son ascendidos a jefes de sección “como reconocimiento a sus grandes dotes investigativas y a la perspicacia y sagacidad con que habían logrado esclarecer muchos delitos y conseguir que sus autores fueran sancionados por la justicia” (Ibídem, p.196). Simeón es también detenido por creer ingenuamente en la libertad de expresión y en la democracia nacional. Su padre, Epaminondas, rompe lo que él

considera su biblia, la constitución del 86, por el encarcelamiento de Simeón, no sin antes citar el artículo 23 que dice: “Nadie podrá ser molestado en su persona o familia, ni reducido a prisión o arresto, ni detenido sino a virtud de mandamiento escrito de autoridad competente [...] y por motivo previamente definido en las leyes” (Salom Becerra, 1976, p. 93). A causa de esta desilusión en el régimen constitucional que él creía sagrado muere amargamente. Nuevamente, los sucesos hacen eco de las palabras antes proferidas por el prefecto de la sección de detectives en *Un tal Bernabé Bernal*. Con estos ejemplos, las plegarias de Bernabé antes de entrar en la institución policial cobran sentido: “¡Apártame de esta cueva de Rolando! (Salom Becerra, 1990c, p. 57)

Finalmente, los actores en las entidades públicas legislativas y de justicia se asemejan a los descritos anteriormente. Los parlamentarios Jeremías Mondragón y Leovigildo Meneses son de partidos contrarios pero los une un mismo espíritu: la obtención de seguidores por medio de favores burocráticos. Las oficinas de ambos parecen bolsas de empleos donde los más desesperados acuden como último recurso. Ambos prometen puestos estatales a la interminable fila de ciudadanos en penosa situación económica que asisten diariamente a sus oficinas. Sin embargo solo los afortunados con habilidades explotables les conceden la ayuda que les pedían. Ninguno posee un gran talento y tampoco ninguno tiene una gran cultura, pero como buenos militantes de sus respectivos partidos políticos se valen de cualquier argucia para perpetuar su partido en el gobierno. Fraudes electorales y escarmientos públicos al partido contrario son artimañas usuales para estos dos congresistas. Siguiendo la misma línea, Clímaco Arzayús puede por muchos años obtener una curul en el senado. Gracias al sagaz y malicioso ingenio de su principal colaborador, Aldana, Clímaco detenta una curul que después le cede a su suplente, su hijo Julián: “A mí todo me llueve del cielo. Para algo tengo un papá importante [...] No he sido político, el pueblo no me conoce, no participe en la campaña electoral, no moví un dedo para que me eligieran y, sin embargo, ya lo ves... ¡Senador de la republica!”(Salom Becerra, 1990b, p.88). El uso de picaras tretas para perpetuarse en el poder no sólo se exhibe en el poder legislativo, sino que también hace metástasis en el poder judicial. Claros ejemplos de ello son el magistrado Velandia, el doctor Tiburcio Guacaneme, el juez Wenceslao Ríos y Julián Arzayús como ministro de defensa. Todos ellos poseídos por la negligencia, la decidía y la ambición definen los casos de acuerdo al mejor postor. Mientras Velandía y Julián adoptan el cohecho como una actividad cotidiana en sus cargos públicos, el doctor Guacaneme está invariablemente “ocupado en la redacción de una sentencia y no se puede interrumpir” (Salom Becerra, 1976, p. 84) para ocultar su inasistencia al juzgado, y el Juez Ríos disfruta de un exclusivo privilegio bancario gracias a una revocación de sentencia. En resumen, Simeón parece no haberse equivocado con su apreciación sobre el sistema judicial: “Nada hay más parecido a un hospital que un juzgado: Allí el pus físico; aquí el moral. Allí el cáncer del cuerpo, aquí el del alma.” (Ibídem, p. 114)

Las instituciones que ejercen la autoridad estatal son satirizadas y censuradas por medio de sus pícaros representantes. A través de ellos Salom Becerra muestra la incongruencia entre los principios fundamentales que deben prevalecer en estas instituciones y la verdad en la práctica. Este absurdo contraste le permite al autor no sólo burlarse y criticar mordazmente las instituciones y sus funcionarios públicos sino que también intenta llevar una reflexión a su público lector, el ciudadano común.

5.3.5. La fe y su incongruencia

En la sociedad Bogotana que ilustra Salom Becerra, la picardía también se traslada a la fe. La religión es fuente de manipulación y engaño. Además de su carácter hipócrita al ser un ejemplo contrario a Cristo, los altos jerarcas, curas inescrupulosos y politiqueros citan la biblia para influenciar las acciones de otros y sacar provecho. Ejemplos claros de pícaros religiosos son el codicioso padre Gumersindo Roa en *El Delfín* y el libidinoso curita de barrio, confesor de Casiano en *Al pueblo nunca le toca*. El primer personaje convence a los trabajadores de terminar la huelga a través de una argucia en favor de las empresas de Climaco Aryazús al recurrir a la pobreza como fuente de salvación: “Yo hubiera querido ser uno de vosotros! Un modesto trabajador como lo fueron Jesús y San José en el taller de Nazareth...Tenéis salarios bajos, pero de que le vale al hombre tener un salario alto si pierde su alma?” (Salom Becerra, 1990b, p. 32). El segundo personaje obliga a Casiano a develar los datos de su amante bajo amenazas y la falsa pretensión de prestarle ayuda espiritual: “¡vamos! si no me das el nombre y la dirección, ¡yo me negaré a absolveros!... es una oveja descarriada y mi misión es atraerla al redil nuevamente” (Salom Becerra, 1990a, p.48). La picardía en relación a creencias religiosas no solo se halla entre los curas y párrocos sino entre los laicos. El segundo jefe de Bernabé, férreo conservador y, en consecuencia, vehemente católico, el diputado Meneses, justifica sus actos bélicos en sus creencias religiosas y servicio a Dios. Como el creyente más ortodoxo considera que los infieles son aquellos que no están en su partido (es decir, los liberales) quienes por herejes se merecen la hoguera: “¡Si hay necesidad de pegar, pegue! Y si hay necesidad de matar, mate! Recuerde que en el sagrado evangelio – volvió a santiguarse - dice que a los tibios los vomita Dios... (Salom Becerra, 1990c, p. 133). Casiano, el beligerante contertulio de Baltasar, utiliza sus creencias como telón para tapar todas sus culpas. Su libido no conoce la medida y antes de cada acto sexual tapa a los santos en una de las paredes de su cuarto con una sábana y se disculpa: “les ruego que me comprendan y perdonen... la culpa es de esta maldita carne confío también en que me ayuden en este trance, para no quedar mal” (Salom Becerra, 1990a, p. 45).

Aparte de mostrar el comportamiento hipócrita de aquellos que proclaman seguir una conducta religiosa, Salom Becerra pone en escena dos aspectos de la sociedad aparentemente opuestos: la religión y la superchería. La creencia religiosa que, de manera general, es contraria a la práctica de viejas supersticiones se sincretiza con esta en un cómico cuadro donde la gente del común reza al cielo por ayuda pero guarda un miedo alarmante de terminar en los profundos infiernos por la menor falta y se

sumen, además, en supercherías de árboles de brevo en solares donde yacían olvidados santuarios y se veían luces y curas sin cabeza. En *Don Simeón Torrente ha dejado de deber*, dos episodios relacionados con los sacramentos, el bautizo y la primera comunión, prueban la fusión entre fe y superchería. Para apurar el bautizo de Simeón, la madre de Simeón urge al padre con la convicción de que “le puede pasar algo y se va para el limbo y nosotros... a los profundos infiernos! (Salom Becerra, 1976, p. 18). Para el segundo, la aparición del cometa Halley⁶⁹ causó un inmenso terror en los bogotanos. Cada creyente y no creyente se arrepentía de sus culpas y hasta Simeón, que en ese entonces era un niño de 9 años “contagiado del terror colectivo, se veía en los profundos infiernos, sumergido hasta el pescuezo en una paila de aceite en ebullición y haciendo buchecillos de plomo derretido, como justa expiación de sus culpas” (Ibidem. P.37) En medio de un aguacero inmisericorde, Simeón presa del miedo decide acudir a la iglesia y comulgar por primera vez sin ningún tipo de preparación.

Los cinco aspectos que se trataron en este aparte para analizar el carácter picaresco de la sociedad que perfila Salom Becerra denotan la clásica contradicción e incoherencia entre los valores que superficialmente se promulgan y las acciones de los personajes que se encuentran en la narrativa picaresca. Los protagonistas, a través de su infortunio, muestran que están sumergidos en una sociedad oportunista, corrupta y hedonista que hace alarde de su honorabilidad pero esconde sagazmente sus vicios. El principio base de que cualquier medio es válido para alcanzar las ambiciones y el bienestar propio es el común denominador de los pícaros que se incorporan a la sociedad descrita en las novelas de Salom Becerra.

5.4. Érase una vez... el género femenino: el rol de las Mujeres

Uno de los aspectos más curiosos de las novelas de Salom Becerra es la representación de la figura femenina. Ninguna mujer cumple un papel preponderante en sus historias y muchas de ellas son perfiladas como las culpables de la infelicidad de los protagonistas. En las novelas el género femenino es categorizado en a) las sumisas, pobres abnegadas de su desventura; b) las liberadas, ambiciosas y sensuales, mujeres capaces de utilizar sus encantos para obtener algún beneficio; y c) las inquisidoras y víboras, sentenciadores disfrazados de mujer que acometen con fuerza en contra de sus víctimas.

En el primer orden se encuentran inscritas la madre de Bernabé, la madre y esposa de Simeón, y Azucena, una de las inquilinas en la casa donde vive Casiano. La madre de Bernabé es junto al niño Dios y el ángel de la guarda la tierna mujer que sana las heridas de Bernabé: “era el único ser que me comprendía, me amaba y me compadecía. El único que jamás me había explotado ni se había burlado de mí. El único que me consolaba y me animaba a salir adelante” (Salom Becerra, 1990c, p. 109). Pasa de soportar el carácter agrio, soez y parco de su esposo a sobrellevar la ingente pobreza junto a su hijo. Su buena fe es

⁶⁹ Iriarte (1988) escribe que en 1910 el cometa Halley causó revuelo en la sociedad bogotana y fue interpretado como símbolo fatídico e incluso se pensó que los gases desprendidos por la cola podían envenenar el aire o que haría estallar la tierra. (p.196).

aprovechada por Bonifacia, quien se aprovecha del amor que madre e hijo se tienen para aparentar una mansa servidumbre como enfermera y bondad como amiga, y, de esta manera, engatusar a Bernabé y casarse con él. La madre de Simeón es descrita como “digna como mujer, digna como esposa, digna como madre y digna... de mejor suerte (Salom Becerra, 1976, p.17). Durante toda su existencia como portadora del apellido Torrente, sufre tanto con su esposo como con su hijo la penuria de la escasez y el agobio de las deudas. Es ella quien con habilidad extrahumana reparte el exangüe presupuesto entre los artículos básicos para sobrevivir y las principales necesidades de la familia. Librada, la esposa de Simeón, corre con la misma suerte de doña Eduvigis. Al desposarse con Simeón carga con la cruz de la pobreza. A diferencia de las madres de Bernabé y Simeón, librada es indirectamente culpada por la desgracia que le sobreviene a Simeón. El narrador indica que esta fue el arma del mal para labrar el infortunio de Simeón: “Librada fue la infeliz mortal elegida por el diablo para tentar a Simeón, para envolverlo en sus sutiles redes y conducirlo hasta el altar, que es como define la diccionario de la Real Academia Española: “monumento dispuesto para inmolar a la víctima y ofrecer el sacrificio”” (Salom Becerra, 1976, p. 102). En el personaje de Librada recae el mal del matrimonio pronosticado por el tío Luciano a Simeón: “Cómo se le ocurre semejante bestialidad? [...] porque para casarse o suicidarse, que es lo mismo, se necesita padecer de una grave anomalía física transitoria” (ibídem, p. 105). El matrimonio evocado por la figura femenina de Librada es proyectado en la novela como un perjuicio, un camino seguro a la desdicha y calamidad. Caso contrario es el que representa Azucena, una solterona lectora ávida de novelas románticas con aspiraciones de encontrar un buenmozo caballero. Sin embargo, el narrador arremete en contra de su soltería: una jamona de edad indefinible “virgen y por consiguiente mártir” (Salom Becerra 1990a, p. 40). De este modo, tanto las casadas como las solteras son mártires: la primera por tentar al hombre y la segunda por no tenerlo.

En el segundo orden se encuentran las típicas mujeres pícaras. Dentro de ellas están las carnales como la negra Ifigenia, exprostituta y dueña del local donde se reúnen mensualmente Bernabé y sus amigos después de retirar la pensión, y Rosa flor, la prostituta del cabaret donde Bernabé pretendía perder la virginidad; y las desleales e infieles como Susana, la amante y posterior esposa de Casiano, y Marilu, la esposa del coronel Deogracias Cabrero en *El Delfín*. Mientras las dos primeras eran recorridas profesionales que tomaban muy en serio el negocio de la seducción y exigían sus correspondientes honorarios, las dos posteriores son mujeres lujuriosas que utilizaban su juventud y hermosura para asirse de un hombre viejo pero adinerado para lograr una mejor posición socio-económica. A pesar de contrastar en los medios por los cuales alcanzan sus metas, todas utilizan sus cuerpos como principal herramienta para lograr sus ambiciones. Estas mujeres son presentadas como la única oportunidad de escalar posiciones en una sociedad machista que no les ofrece oportunidades laborales. Salom Becerra refleja por medio de estas mujeres la época en la que se escenifican las novelas, en donde la sociedad no impulsa ni

respalda a las mujeres en otro tipo de rol empresarial o laboral excepto en el papel de madre y maestra o en el desempeño de otras tareas típicamente femeninas como florista u modista.

Por último, al tercer orden pertenecen la partera de Simeón, Zoila Agudelo; Filomena Reina, la punzante compañera de hogar de Casiano; Catalina Seis palacios, la madre de Julian Anzayús; las señorías Urruchurto, maestras de escuela de Simeón; y Bonifacia Recaman, la esposa de Bernabé. Tanto Zoila como Filomena se encargan de destrozar la honorabilidad del prójimo a través de su lengua. De la primera se dice que es “más diestra para quitarle el pellejo a sus semejantes que para cortar cordones umbilicales y más conocida en el vecindario por el remoquete de “la víbora” (Salom Becerra, 1976, p 15); a la segunda se la describe como “una mujer profundamente innoble, ruin, ordinaria poseedora de una lengua viperina, fabricante, al por mayor, de chismes y consejas.” (Salom Becerra, 1990a, p.40). Estas mujeres, al ser la encarnación del chisme, el cotilleo y la patraña, son la estereotipada representación de la vieja solterona o la ama de casa amargada, a quien su envidia y recelo la lleva a curiosear la vida ajena y juzgar los actos de otros sin compasión alguna.

En comparación, Catalina Seis Palacios, las maestras de Simeón y la esposa de Bernabé destrazan al prójimo directa y abiertamente. Catalina Seis Palacios, esposa de Clímaco Arzayúz tenía la certeza de pertenecer a la nobleza española, aunque su título nobiliario fuera de dudosa procedencia. Sus donaires de superioridad y el desengaño sufrido al darse cuenta del farsante con quien se había casado, la convierten en “la mujer más agria, desapacible y antipática que haya pisado el suelo y respirado el aire de Bogotá” (Salom Becerra, 1990b, p. 18). Sus constantes reproches y desprecios provocan que tanto su marido como ella vivan en un matrimonio sin amor, sin respeto mutuo y sin conmiseración. Las señoritas Urruchurto, por su parte, sintetizan su saber pedagógico en la disciplina del reglazo y la autoridad del desprecio y escarnio público. La mayor de ellas, la señorita Magola Urruchurto, es un “marimacho de 1,85m. de alto por 0,80 m. de ancho provista de un bigote [...] y dotada de una voz que ya hubiera querido para sí un mariscal alemán.” (Salom Becerra. 1976, p. 52). La menor, Josefina Urruchurto, “[es] miopeamente miope, circunstancia que la oblig[a] a usar unos anteojos, de gruesos lentes, que le da[n] el aspecto de una lechuza convaleciente de un tifo” (ibídem). Solteronas por obligación, reservan sus dadivas para los alumnos más pudientes y sus vejámenes para los alumnos con una notable carencia económica, como Simeón. La última del grupo, Bonifacia Recaman, reúne las peores características de sus antecesoras: “Un sargento con órganos genitales femeninos [...] la negación de la feminidad [...] que para que un hombre se enamorara de ese marimacho tenía que ser homosexual [...] su boca era el cráter que arrojaba permanentemente la lava de su resentimiento (Salom Becerra, 1990c, p. 20- 21). “La enemiga”, seudónimo que su esposo Bernabé le endilga después de darse cuenta que la viudez era la única salvación para el calvario que la vida le ofrecía al lado de su mujer, está habituada a recriminar y humillar a Bernabé por su pusilanimidad y cobardía. El régimen de afrentas y desprecios al que Bonifacia tiene sumido a su esposo es un gran

suplicio para éste, quien al salir de la cárcel confiesa: “El cautiverio, además, equivalió para mí a unas justas y muy merecidas vacaciones de mi hogar. Durante largos meses deje de ver el rostro desaplacible y agrio de mi enemiga y de oír sus denuestos y vejámenes (Ibídem, p. 154)

En este tercer grupo el género femenino se ilustra como un juez implacable y despiadado, lleno de resentimiento e inquina, quien al creer que es superior clava su déspota mirada en los que lo rodean con el fin de dirígele sus severos comentarios.

Ya sea como madre y esposa abnegada, mujer sensual y libertina o como enjuiciadora desalmada, las mujeres en las novelas de Salom Becerra son retratadas como fuente de desdicha y adversidad para el género masculino. Tal parece que estas mujeres fueran herramientas que el destino utiliza para castigar al hombre. De acuerdo a la descripción de los narradores, ninguna de ellas posee la inteligencia, el coraje y osadía para ser las heroínas de su propia historia, sólo soportan pasivamente el devenir, se valen de artimañas para surgir o son una maquinaria de recriminación constante. Este tipo de representación femenina que Salom Becerra exhibe en sus novelas es tan evidente y mordaz que su efecto en la audiencia femenina se puede resumir en las palabras de la señora Graciela Mateus de Triviño, una lectora asidua de la revista carrusel en el tiempo que Salom Becerra ejercía como escritor de la publicación:

...en sus libros, que por otra parte son muy simpáticos, nos trata malísima mente. Las mujeres que pinta en ellos son o unas imbéciles, como la esposa de Simeón Torrente, o unas fieras, como la de Bernabé Bernal, a quien el autor califica como “un sargento con órganos genitales femeninos”. ¡Qué galantería! ¿Conque los hombres son unos esclavos y nosotras unas tiranas? Se necesita mucha frescura y mucho cinismo para decir eso. [...] ¿Conque el mundo sería un paraíso sin nosotras? ¿Se puede saber quién trajo al mundo al señor Salom? Supongo que fue su madre. (en Villanueva, 2014, p. 150)

Como se ilustró previamente, las novelas de Salom Becerra contienen elementos de la picaresca que se pueden evidenciar en la narrativa, en los personajes y en la sociedad que retratan. Con algunas desviaciones de la clásica picaresca como el *Lazarillo*, *Guzman de Alfarache* y *el periquillo Sarniento* en latinoamérica, la narrativa de Salom Becerra guarda algunas semejanzas con las anteriores, por cuanto relatan cínica y sarcásticamente los infortunios o la decadencia moral (en el caso de *El Delfín*) de un personaje quien impelido por la necesidad debe recurrir a engaños en su afán de obtener beneficios materiales, progresar o ser aceptado en la sociedad corrupta que lo rodea. Los protagonistas, sean los clásicos pícaros o no, se ven enfrentados a la corrupción de sus propios principios en pro de su supervivencia en la sociedad a la que forzosamente pertenecen. Todos, unos en mayor grado que otros, ceden a la presión y se ingenian artimañas para continuar subsistiendo. Su escabrosa experiencia de vida los conduce a una constante reflexión y finalmente al desengaño. Sin embargo el rasgo picaresco más notorio que presenta la narrativa de Salom Becerra es la representación de la sociedad pícara en los personajes secundarios. Son estos personajes los que con mayor fidelidad personifican la ruindad,

sagacidad y descaro del pícaro. Ellos conforman el bajo mundo por el que los protagonistas deben navegar y son fuente de la crítica social mordaz del autor. Además de lo anterior, está presente el valor didáctico que Casas de Faunce (1979, p. 966) le adscribe a la picaresca. Al ilustrar la decadencia de la sociedad a través de la desventura de los protagonistas, Salom Becerra invita a la audiencia a meditar sobre la crisis moral y ética que vivía la sociedad en su tiempo y como cada actor se acomoda a lo que esta demanda. Hay que recordar también que las novelas al ser dirigidas a la gente del común de clase media que en aquel tiempo sufría las arbitrariedades del sistema socio-económico, podía llegar a identificarse con los personajes y, de esta manera, hacer un proceso de catarsis moral y reírse junto con estos de las contradicciones y absurdos sociales propios de su tiempo.

Conclusión

A pesar de la poca difusión de su obra, Álvaro Salom Becerra logró cautivar en su tiempo a un gran número de fieles lectores capitalinos que se identificaba con el entorno creado en sus historias y se deleitaba con la narrativa humorística de sus relatos. En *Un tal Bernabé Bernal*, *Don Simeón Torrente ha dejado de deber*, *El Delfín* y *Al pueblo nunca le toca* los protagonistas se ven enfrentados a la arbitrariedad del estado, la corrupción administrativa y gubernamental, el favoritismo político y la beligerancia bipartidista. Algunos de ellos se dejan tentar y otros, al contrario, intentan mantener sus principios a pesar de ser castigados por ello. De esta manera, a través de la vida de Bernabé Bernal, Simeón Torrente, Baltasar Riveros, Casiano Parto y Julián Arzayús, Álvaro Salom Becerra intenta proyectar satíricamente el contexto sociopolítico de la ciudad de Bogotá desde principios del siglo XX hasta la década de los 70's. Además de los hechos históricos integrados en las novelas, Salom Becerra se sirve de su experiencia personal al servicio del estado y otro tanto como ciudadano capitalino y observador crítico de los acontecimientos nacionales para crear en sus historias un sistema gubernamental política- y administrativamente corrupto que desvaloriza los principios de igualdad y de justicia a través de una narrativa que se caracteriza por el lenguaje sarcástico, la yuxtaposición de situaciones irónicas y las acciones o discursos paródicos. A parte de las referencias intertextuales de pasajes bíblicos y, en general, de la cultura bogotana, sus novelas, dirigidas al bogotano promedio de clase media que conoce y padece bajo un sistema económico, político y social leonino, contiene una crítica mordaz de los supuestos ideales democráticos en los que se basa la estructura y el manejo del estado colombiano, los cuales van en decadencia o son burlados por la misma autoridad. Su sátira, asociada a la sátira menipea, busca evaluar, a través de su crítica, tanto el imaginario democrático como la filosofía ética y moral detrás del mundo hedonista y nepotista que el autor describe en sus escritos, y paralelamente exponer su falsedad.

Sumado a lo anterior, la estructura ficcional de las novelas de Salom Becerra presentan algunas características básicas de la picaresca. Aunque *Un tal Bernabé Bernal* podría considerarse como la novela que más se acerca a la picaresca en sus inicios, por contar con una narración autobiográfica y con una final abierto, las demás novelas se enmarcan en las nuevas formas de la picaresca latinoamericana, las cuales subvierten algunos elementos de la forma picaresca original pero aún mantienen su principio fundamental: retratar dilemas morales a través de un ente (o entes) pícaro(s) subyugado(s) al azar en medio de un ambiente abyecto en donde trata(n) de sobrevivir. De esta manera, aunque los demás escritos introducen un narrador heterodiegético y el personaje principal fallece, cada uno de los protagonistas en las historias de Salom Becerra está ineludiblemente sujeto al devenir que la sociedad corrupta le imponga, la cual está representada por personajes ladinos quienes son los que más fielmente retratan la decadencia, el cinismo, la sinvergüencería y la vileza del típico pícaro. A pesar de que la mayoría de los protagonistas no

personifican el pícaro estereotípico por cuanto tratan de mantener inexpugnablemente el escudo de la moral, terminan siendo tentados y se ingenian una y otra artimaña para subsistir. Otros, como el protagonista de *El Delfín*, caen rápidamente en la espiral de la mezquindad y la villanía. Igualmente, elementos característicos de la picaresca como la inexorable pobreza, la orfandad y la lucha por sobrevivir, la cual se traduce en un constante dilema entre hacer lo correcto y ser castigado, o seguir la ley de la bellaquería y prosperar, marcan la vida de los personajes. Las disyuntivas que presentan sus desventuras los conducen a una constante reflexión que termina en el desencanto. Por medio de estos dos elementos Salom Becerra manifiesta su crítica social sintetizada en la falta de honestidad, humanidad y coherencia moral en el sistema económico y administrativo, los medios informativos, las instituciones religiosas, y, en general, en la sociedad capitalina. Además de la crítica social, un rasgo particular en las novelas de Salom Becerra es el papel que las mujeres representan en ellas. Las osadas descripciones del género femenino junto a los comentarios poco halagadores de los narradores y los personajes hacen eco de figuras femeninas como Eva o Pandora, las cuales retratan a las mujeres como la perdición del hombre, o de figuras dictatoriales que las personifican como inquisidoras.

Bien sea desde la sátira o a través de la estructura picaresca en sus novelas, Álvaro Salom Becerra deja consignada en las páginas de sus relatos tragicómicos, personajes lamentablemente anodinos y otros extravagantemente altivos cargados de una punzante crítica social y política en la Bogotá que albergo a su creador durante tantos años. Como si se tratara de un juicio atemporal, su crítica aún es actual y se ve reflejada en los constantes favoritismos políticos, los crecientes desfalcos al tesoro nacional, la imperante corrupción administrativa, la negligencia judicial, el notorio arribismo socioeconómico y la predilección por el bienestar individual que todavía prevalece en el “tinglado de la farsa nacional” (Salom Becerra, 1990a, p. 194).

Bibliografía

- “8 y 9 de Junio día del estudiante”. (2017) *CVN Ministerio de Educación Nacional*, 6 de Abril. Disponible en: <http://www.mineducacion.gov.co/cvn/1665/article-162947.html> (Consultado 24-03-2017)
- Acuña Rodríguez, Olga Yanet. (2016) “La guerra con el Perú, una perspectiva en la construcción de la nación colombiana”, *Pensamiento y acción*, 1 (21) pp. 28-41. Disponible en: http://revistas.uptc.edu.co/index.php/pensamiento_accion/article/view/5404/4485 (Consultado 31-03-2017)
- Acuña Rodríguez, Olga Yanet (2002) “Vicisitudes del Sufragio en el Estado Soberano de Boyacá”, *Anuario Historia Regional y de las Fronteras*, 7, pp. 113-122. Disponible en: <http://revistas.uis.edu.co/index.php/anuariohistoria/article/view/1306/1704> (Consultado 31-03- 2017)
- Agro Ingreso Seguro, historia de un fraude al campo colombiano. (n.d.) *El Espectador* Disponible en: <http://static.elespectador.com/especiales/2011/06/b827b0c8725d045e3274e6948355e22f/index.html> (Consultado 12-10-2017)
- Arciniegas, Germán, (1999) “La defensa del peatón”, *El Tiempo*, 12 de enero. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-867429> (Consultado 23-03- 2018)
- Archila, Mauricio (2012) “El movimiento estudiantil en Colombia”. *Revista el observatorio social de América Latina*, 8(31), pp. 71-103. Disponible en: http://soda.ustadistancia.edu.co/enlinea/pazatiempo/eje1/mod2/unidad1/Archila_mov_estudiantil_Colombia.pdf (Consultado 31-03- 2017)
- Atehortúa Cruz, Adolfo León (2010) “El golpe de Rojas y el poder de los militares”, *Revista Folios*, 31, pp. 33-48. Disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/3459/345932034003.pdf> (Consultado 12-04- 2017)
- Auden, W. H. (1962). “Notes on the Comic”. *The dyer's hand and other essays*. Random House. New York pp. 371-385. Disponible en : <http://www.solearabiantree.net/namingofparts/pdf/articles/audendyershand.pdf>
- Bakhtin, Mikhail. (1999) “Chapter four: Characteristics of Genre and Plot Compositions in Dostoevsky’s works”: *Problems of Dostoevsky's Poetics*, Editado y traducido por Caryl Emerson, 8a ed. Mineapolis: University of Minnesota
- Bautista, Myriam. (2014) “Colombia: la tormenta de los 60’s”, *El Tiempo*, 2 de Septiembre <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-14475097> (Consultado 19- 10-2017)
- Bejarano, Jesus A. (1982) “La economía”, *Manual de historia de Colombia*, Jaramillo Uribe, Jaime (ed.), Bogotá, 3, pp. 17-77.
- Borja, Jaime Humberto (2004) “Marzo 9 de 1687,
 Los tiempos del ruido”, *Revista Semana*, 30 de Mayo. Disponible en: <https://www.semana.com/especiales/articulo/marzo-1687brlos-tiempos-del-ruido/65955-3> (Consultado 20-10-2018)
- Cardeno Mejia, Fredy Arturo. (2007) “Historia del desarrollo urbano del centro de Bogotá”. *Instituto Colombiano de Antropología e Historia – ICANH área de historia colonial*, Disponible en: http://www.culturarecreacionydeporte.gov.co/observatorio/documentos/investigaciones/estadosArte/HistoriaBta_Martires.pdf (Consultado 12-04- 2017)

Cano Vargas Alexander (2013) “El texto de Henao y Arrubla y la construcción de identidad nacional, después de la celebración del primer siglo de la emancipación colombiana”, *Instituto Colombiano De Antropología E Historia – ICANH Área de historia colonial*. Disponible en: <http://www.icanh.gov.co/f0163bf9-180e-444f-a13e-9e2cca2c0608>

Carrell, Amy (1997). “Humor communities”. *International Journal of Humor Research*, 10(1), pp. 11-24.

Casas de Faunce, Maria (1979) “La novela Picaresca Hispanoamericana: una teoría de la picaresca literaria”, *La Picaresca: Orígenes, Textos y Estructuras, Actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca*, Madrid: Fundación Univ. Española, pp. 965-973

Castaño Zuluaga, Luis Ociel, (n.d.) “Herrera, Benjamín”: *Biografías Biblioteca Virtual del Banco de la República*. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/herrbenj.htm> (Consultado 29-03-2017)

Castro, M. D. (2014) “Territorios urbanos a partir de las imágenes mediáticas: Desfiles, carnavales, manifestaciones y revueltas en Bogotá”: *Cuadernos De Música, Artes Visuales y Artes Escénicas*, 9(1), pp. 95-138. Disponibles en: <https://search.proquest.com/docview/1666971599?accountid=14682> (Consultado 23-03-2017).

Cepeda Ulloa, Fernando (2011) *Narcotráfico, Financiación Política Y Corrupción*. 2a. ed, Bogotá, Ecoe ediciones. Disponible en: EBSCOhost,search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=e000xat&AN=519632&site=ehost-live (Consultado 23-03-2017).

Chaves Bustos, Mauricio. (2015) “Un ipialeño, el primer martir en Colombia”, *pagina10.com*, 6 de Junio Disponible en: <http://pagina10.com/index.php/tecnologia/item/1357-gonzalo-bravo-pérez-de-ipiales-primer-martir-estudiantil-en-colombia#.WOX5ZIVOJYf> (Consultado 23-03-2017).

Cohen, Shai. (2012) “La picaresca y la manifestación del pícaro, anti héroe y súper anti héroe”: *Neophilologus: An International Journal of Modern and Mediaeval Language and Literature*, 96(4), pp. 553-563. Disponible en: <https://link.springer.com/content/pdf/10.1007/s11061-011-9283-z.pdf> (Consultado 12-04-2017).

Condren, Conal. (2012) "Satire and definition" *Humor*, 25(4), pp. 375-399. Disponible en: <https://doi.org/10.1515/humor-2012-0019> (Consultado 22-03-2017).

Cros, Edmond. (1979) “Aproximación a la Picaresca”: *La Picaresca: Orígenes, Textos y Estructuras, Actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca*, Madrid: Fundación Univ. Española, pp. 31-38

-----, (2001) “La Noción De Novela Picaresca Como Género Desde La Perspectiva Sociocrítica”: *Edad de Oro*, Seminario internacional sobre literatura española y edad de oro, Universidad Autónoma de Madrid, 20, pp. 85-94. Disponible en: <https://revistas.uam.es/edadoro/issue/viewIssue/edadoro2001.20/75> (Consultado 22-03-2017).

Díaz Jaramillo, José Abelardo. (2012) “El 8 de junio y las disputas por la memoria, 1929-1954”, *Historia y Sociedad*, 22, pp. 157-189, Disponible en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/32785/1/32366-119701-1-PB.pdf> (Consultado 29-03-2017)

Elías Caro, Jorge Enrique. (2011) “La masacre obrera de 1928 en la zona bananera del Magdalena-Colombia. Una historia inconclusa”. *Scielo*, 22(1). Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1668-80902011000100004&script=sci_arttext&tlang=en (Consultado 29-03-2017)

Fallas L., Luis Alberto; Cardenas M., Luz Gloria (2006). “Capítulo Quinto: Dos filosofías desde lo singular en el pensamiento antiguo: cénicos y cirenaicos”: *En dialogo con los griegos: introducción a la filosofía antigua*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, pp. 91-105

Fernández de Lizardi, José Joaquín (1842) *El Periquillo Sarniento, Tomo II*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-periquillo-sarniento-tomo-ii/html/9a5af3d9-3789-465a-850f-5279dda532ef.html> (Consultado 12-05-2018)

Fernández, Teodosio. (2001) “Sobre La Picaresca En Hispanoamérica”: *Edad de Oro*, Seminario internacional sobre literatura española y edad de oro, Universidad Autónoma de Madrid, 20, pp. 95-104. Disponible en: <https://revistas.uam.es/edadoro/issue/viewIssue/edadoro2001.20/75> (Consultado 12-05-2018)

Ferrán, Jaime. (1979) “Algunas constantes en la Picaresca”, *La Picaresca: Orígenes, Textos y Estructuras, Actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca*, Madrid: Fundación Univ. Española, pp. 53-62

Frye, Northrop (2000). *Anatomy of Criticism: Four Essays*, 15a ed. New Jersey. Princeton University Press,

Gomez Latorre, Armando (1996) “Los cochinitos del general Reyes”, *El Tiempo*, 15 de abril. Disponible en: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-318273> (Consultado 29-03-2017)

González Arana, Roberto; (2004) "La política exterior de Colombia a finales del siglo XX. Primera aproximación". *Investigación & Desarrollo*, 12(2), pp. 258-285. Disponible en: <http://www.redalyc.org/html/268/26810202/> (Consultado 19-10-2017)

Gómez Dugand, Alejandro. (2012) “El crimen de la Santamaría”, *Cerosetenta*, 3 de Julio <https://cerosetenta.uniandes.edu.co/el-crimen-de-la-santamaria/> (Consultado 02-09-2017)

Gullaván Vera, Fabián Andrés (n.d.) “Editorial La Oveja Negra, reconfiguración de un canon nacional” Disponible en: <https://studylib.es/doc/6947320/ponencia---fabi%C3%A1n-gullav%C3%A1n-vera> (Consultado 29-03-2017)

Huertas Díaz, Omar Jesús; Mora Calvo, Darío. (2014) “El genocidio político como expresión de violencia política en Colombia en la segunda mitad del siglo XX”: *Grafía*, 7, pp. 92-105. Disponible en: http://www.fuac.edu.co/recursos_web/descargas/grafia/grafia7/092-105.pdf (Consultado 30-03-2017)

Iriarte, Alfredo. (1988) *Breve Historia de Bogotá*, Bogotá: Fundación Misión Colombia

Jaramillo, Carlos Eduardo. (2000) “La última guerra del siglo XIX, la primera del XX”: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 37(54), pp. 3-10. Disponible en: https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/1399/1452 (Consultado 30-03-2017)

Jaramillo Gabanzo, Nicolás Javier. (2016) “La construcción de identidad bogotana: una lectura desde las novelas de Álvaro Salom Becerra”, *Latinoamérica y Rusia en busca de su identidad*, Urdapilleta Muñoz, Marco; Jvoshev, Vladimir; Malishev, Mijaíl (Eds.), México D.F.: Universidad Autónoma del estado de México. Disponible en: <http://ri.uaemex.mx/handle/20.500.11799/64615> (Consultado 31-03-2017)

Jaramillo Uribe, Jaime. (1982) “El proceso de la educación, del virreinato a la época contemporánea”, *Manual de historia de Colombia*, Jaramillo Uribe, Jaime (ed.), 3, pp. 248-339.

Klim, el caballero de la sátira, (2013) *Revista Semana*, 8 de Marzo. Disponible en: <https://www.semana.com/cultura/articulo/klim-caballero-satira/352917-3> (Consultado 31-03-2017)

Lara Sallenave, Ana María. (2014) “Álvaro Salom Becerra, retratista de bogotanos insignificantes”. *Señal memoria*, 8 de Noviembre <https://www.senalmemoria.co/articulos/alvaro-salom-becerra-retratista-de-bogotanos-insignificantes> (Consultado 24-03-2017)

La Vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades (Anon., 1554) Edición de Burgos. Disponible en: <http://files.lenguajeinsuco.webnode.es/200000012-d1478d33ac/La-vida%20del%20lazarillo%20de%20Tormes%2C%20Jos%C3%A9%20Zorrilla.PDF> (Consultado 12-05-2018)

Melo, Jorge Orlando. (1999) “Alberto Lleras Camargo”, *Credencial Historia*, 109. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/node/32499> (Consultado 15-10-2017)

Mesa, Dario. (1982) “La vida política después de Panamá”: *Manual de historia de Colombia*, Jaramillo Uribe, Jaime (ed.), vol. 3, Bogotá: Olcultura, pp. 77-176.

Mejía Duque, J. (1988) “Recordando a Álvaro Salom Becerra”: *Consigna*, Bogotá, pp. 32-33

Meyer-Minnemann, Klaus, (2008) “El género de la novela picaresca”: *La novela picaresca: concepto genérico y evolución del género (siglos XVI y XVII)*, Meyer-Minnemann, Klaus; Schlickers, Sabine (Eds.), Madrid iberoamericana, pp. 13-40

Molano Bravo, Alfredo. Talante conservador, (2011) *El Espectador*, 26 de Junio. Disponible en: <https://www.elespectador.com/opinion/talante-conservador> (Consultado 23-03-2017)

----, Asalto a Marquetalia, (2014) *El Espectador*, 14 de Julio. Disponible en: <https://www.elespectador.com/noticias/nacional/asalto-marquetalia-articulo-498380> (Consultado 19-10-2017)

Morales De Gómez, Teresa (2003) “Tratado Urrutia-Thomson: Dificultades de política interna y exterior retrasaron siete años su ratificación” *Credencial Historia*, 165. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-165/el-tratado-urrutia-thomson> (Consultado 23-03-2017)

Murcia Ijjasz, Ilona. (2010) “El desarrollo del espacio doméstico en Bogotá en el siglo XX: un reflejo de la construcción de la identidad local”. *DEARQ*, 7(2), pp. 18-35. Disponible en: <http://dearq.uniandes.edu.co/?q=node/342> (Consultado 23-03-2017)

Navarrete Cardona, Steven (2014) “60 años de una tragedia estudiantil”, *El Espectador*, 9 de Junio. Disponible en: <http://www.elespectador.com/noticias/nacional/60-anos-de-una-tragedia-estudiantil-articulo-497368> (Consultado 31-03-2017)

Ocampo Lopez, Javier (1996), *Leyendas populares Colombianas*. Bogotá, Plaza and Janés Editores Colombia S.A.

Orozco Espinel, María Paula (2016), “La violencia en Boyacá un acercamiento cuantitativo a la década de 1930”, *Goliardos*, 20 p. 80-91. Disponible en: <http://bdigital.unal.edu.co/65540/1/61184-310625-1-SM.pdf> (Consultado 20-10-2017)

Palacios, Marco (1971) *El populismo en Colombia*. Bogotá: Ed. Siuasinza.

Piedrahita B, Juan Carlos. (2017) “Bogotá en tiempos de Rock”, *El Espectador*, 29 de Junio. Disponible en: <https://www.elespectador.com/noticias/cultura/bogota-en-tiempos-de-rock-articulo-700644> (Consultado 19-10-2017)

Perea, Carlos Mario. (1998) “Esa tarde inenarrable e inútil”. *Historia crítica*, 17. Disponible en: <https://historiacritica.uniandes.edu.co/view.php/198/index.php> (Consultado 31-03-2017)

Preguntas y respuestas para entender qué es el caso Odebrecht, (2017) *El Espectador*, 27 Agosto, Disponible en: <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/preguntas-y-respuestas-para-entender-que-es-el-caso-odebrecht-articulo-710117> (Consultado 12-10-2017)

Rall, Dietrich. (1981) “la teoría de la recepción: el problema de la subjetividad”, *Acta poética*, 3(1-2), pp. 181-205. Disponible en: <https://revistas-filologicas.unam.mx/acta-poetica/index.php/ap/article/view/657/661> (Consultado 31-03-2017)

Ramirez Tobón, William. (2001) “La crónica roja en Bogotá”. *Historia crítica*, 21. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2180515> (Consultado 31-03-2017)

Raskin, Victor. (1979) “Semantic Mechanisms of Humor” *Proceedings of the Fifth Annual Meeting of the Berkeley Linguistics Society*, 5 pp. 325-335. Disponible en: <https://journals.linguisticsociety.org/proceedings/index.php/BLS/article/view/2164/1934> (Consultado 29-03-2017)

Rodríguez Garavito, A. (1969) “El mundo del libro” , *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 12(4), pp. 59-60. Disponible en: https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/3887 (Consultado 23-03-2017)

Rojas, Diana. (2010) “La alianza para el progreso de Colombia.” *Análisis Político*, 23(70), pp. 91-124. Disponible en: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/45595/46963> (Consultado 19-10-2017)

Salom Becerra, Álvaro. (1976) *Don Simeón Torrente ha dejado de... deber*. 14 ed. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

-----, *Al pueblo nunca le toca*. (1990a) 13 ed. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

-----, *El Delfín*. (1990b) 19 ed. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

-----, *Un tal Bernabé Bernal*. (1990c) 19 ed. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

Sánchez Angel, Ricardo. (2008) “Gaitanismo y el 9 de Abril”. *Papel político*, 13(1), pp. 13-49. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/revista/10961/A/2008> (Consultado 24-03-2017)

Simpson, Paul. (2003) *On the Discourse of Satire: Towards a Stylistic Model of Satirical Humor*. Philadelphia: John Benjamins Publishing Co. Disponible en: EBSCOhost, search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=e000xat&AN=148653&site=ehost-live. (Consultado 23-03-2017)

Tirado Mejía, Alvaro. (1996) “Colombia: Siglo y Medio de Bipartidismo”, *Colombia hoy*, Melo González, Jorge Orlando (Eds.), Bogotá: Presidencia de la República Santa Fe de Bogotá, pp. 86-143. Disponible en: <http://babel.banrepcultural.org/cdm/ref/collection/p17054coll9/id/5> (Consultado 29-03-2017)

Urrutia, Miguel (1982) “El desarrollo del movimiento sindical y la situación de la clase obrera”: *Manual de historia de Colombia*, Jaramillo Uribe, Jaime (ed.), Vol. 3, pp. 178-246.

Van der Linde, Carlos-Germán. (2007) “¡Yo mando aquí! –Sátira y novela latinoamericana del dictador”: *Revista de Artes y Humanidades UNICA*, 8(20), pp. 13–35. Disponible en: http://www.unica.edu.ve/revistaunica/articulos/a8n20_2007a1.pdf (Consultado 23-03-2017)

Vilahomat, José R. (2010) “Sátira híbrida y sujeto menipeo: la literatura cubana y latinoamericana actual”: *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, 44. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3177833> (Consultado 31-03-2017)

Villanueva Osorio, Christian Camilo. (2014) “La construcción del héroe de la clase media en las novelas de Álvaro Salom Becerra”. MA tesis , Universidad Nacional de Colombia. Disponible en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/46324/1/848068.2014.pdf> (Consultado 27-02-2017)

Weber, Alison. (1979) “Cuatro Clases de Narrativa Picaresca”, *La Picaresca: Orígenes, Textos y Estructuras, Actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca*, Madrid: Fundación Univ. Española, pp. 13-18

Zambrano Pantoja, Fabio. (2002), "De La Atenas Suramericana a La Bogotá Moderna. La Construcción De La Cultura Ciudadana en Bogotá." *Revista De Estudios Sociales*, 11, p. 1. Disponible en: <https://de.scribd.com/document/43336591/De-La-Atenas-Suramericana-a-La-Bogota-Moderna> (Consultado 30-03-2017)

Zusammenfassung

Trotz seiner kaum gegenwärtigen literarischen Anerkennung erweckte Álvaro Salom Becerra das Interesse des Publikums der Hauptstadt Kolumbiens mit seiner scharfen Satire auf das sozialpolitische System und die gesamte Verwaltung der staatlichen Institutionen der Stadt Bogotá von Anfang des XX Jahrhunderts bis 1978. Die Protagonisten seiner Romane zeigen durch Ironie und Parodie ein elendes Dasein, das von einer korrupten, ungerechten und opportunistischen Sozial- und Wirtschaftspolitik unterdrückt ist. Infolgedessen erfasst die nachstehende Diplomarbeit eine literarische Analyse der politischen und sozialen Satire dieses kolumbianischen Autors und legt die satirischen Bausteine dar, die die Kritik des Autors an der jeweiligen Regierungseinrichtungen wiedergeben. Darüberhinaus bildet Salom Becerra Romane unterschiedliche Schelme ab, die im öffentlichen Dienst angestellt sind und machen die schändliche Gesellschaft aus, indem die Protagonisten leben müssen. Sie werden konfrontiert mit ethischen Dilemmas die die Protagonisten zum Entwicklung leidvolle Listen führen um zu überleben inmitten der Armut, der Not, des Waisentum und einer dem politischen Spiel überlassenden menschlichen Existenz. In dieser Hinsicht und nach einer kritischen Auseinandersetzung mit der fiktionalen Struktur der Romane, strebt diese Diplomarbeit nach einer Verbindung von den Werken des Salom Becerra mit der neuen entwickelten lateinamerikanischen Schelmenromane, die einige Merkmale der ersten Schelmenromane (bzw. El Lazarillo de Tormes und Guzmán de Alfarache) unterwandern und daher die Romane dieses Autors das moderne Schelmenroman näher bringen.

Síntesis

Álvaro Salom Becerra, un autor que en la actualidad tiene poco reconocimiento literario, despertó el interés de una gran audiencia capitalina en los años 70's con la mordaz sátira sociopolítica presente en sus cuatro novelas. Los protagonistas inmersos en la historia sociopolítica de la Bogotá de principios del siglo XX hasta la década de los 70 muestran irónica y paródicamente como un sistema sociopolítico corrupto, injusto y ventajoso rige su destino y el de miles de otros connacionales. En este trabajo escrito se presenta el análisis satírico detrás de los relatos de Salom Becerra y, de esta manera, expone los principales mecanismos satíricos de los cuales se sirve el autor para expresar su dura crítica a las instituciones estatales en su tiempo. Además, sus novelas retratan una serie de pícaros al servicio del estado e instituciones capitalistas que conforman la sociedad oportunista a la que están subyugados los protagonistas. En manos del azar sociopolítico y en medio del oprobio, la necesidad y la orfandad, los protagonistas se enfrentan a encrucijadas morales que los obligan a ingeniarse uno que otro ardid para continuar en la lucha por la supervivencia. De esta manera, al examinar detalladamente la estructura novelesca de las novelas de Salom Becerra, este trabajo también pretende vincular sus escritos con las nuevas formas de la picaresca latinoamericana que subvierten algunos elementos de la picaresca original presentes en El Lazarillo de Tormes y Guzmán de Alfarache y podrían incluir las obras de este autor en la picaresca moderna.